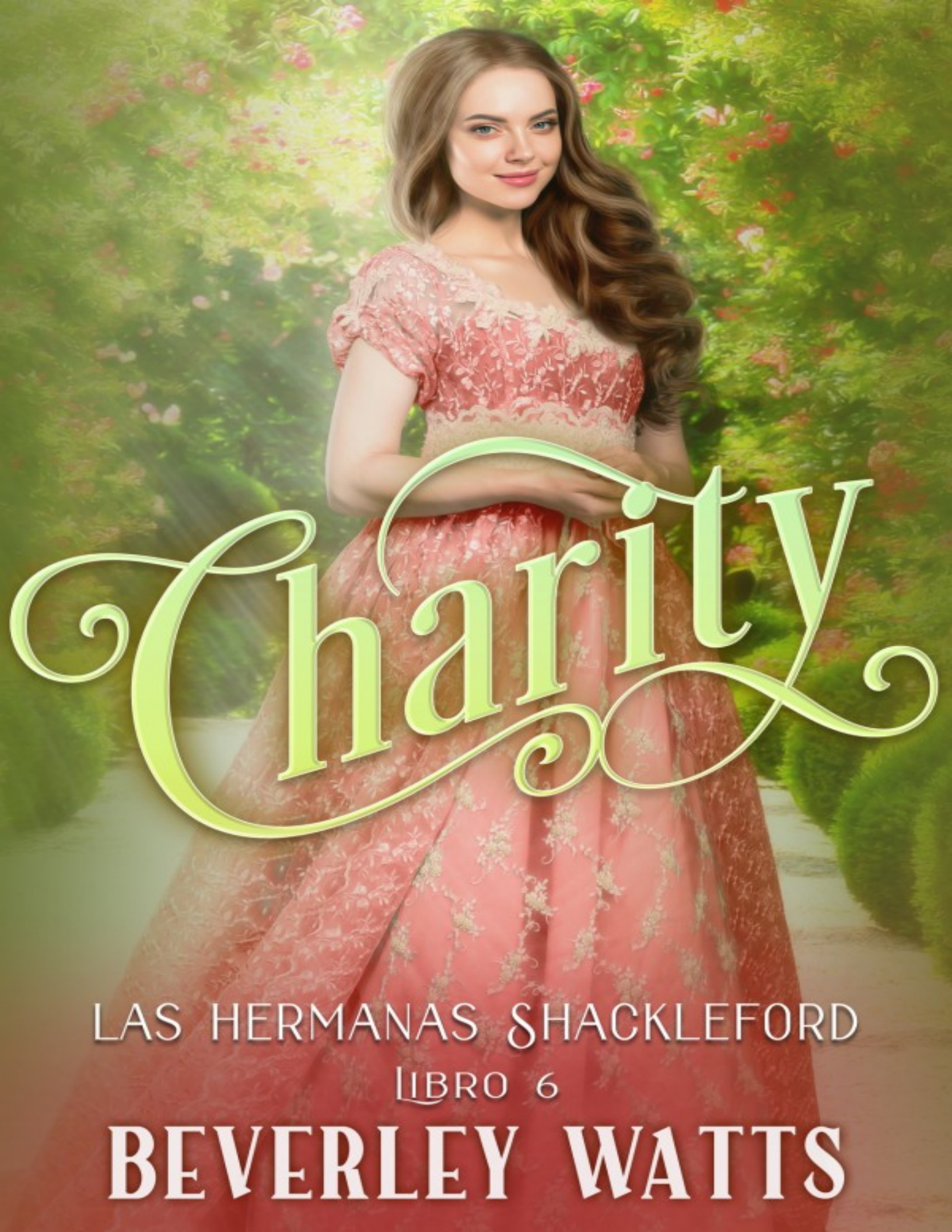

Charity
LAS HERMANAS SHACKLEFORD
LIBRO 6
BEVERLEY WATTS

Charity

LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO SEIS

BEVERLEY WATTS

TRADUCIDO POR

ROSA CALVO LUQUE

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Contacta conmigo
Chastity
Chastity
Serie «Las hermanas Shackleford»
Sobre la autora

Sin título

Uno

Sentado en su mesa habitual de la posada Red Lion, el reverendo Shackleford apuró un buen trago de su jarra de cerveza negra y se felicitó, no solo por tener ahora cinco yernos influyentes —y, para qué negarlo, muy ricos—, sino porque sus arcas iban engordando a buen ritmo. Pronto habría suficiente dinero para asegurar que Anthony pudiera abrirse camino en la alta sociedad, con recursos propios y no como un pariente pobre. Aunque, siendo sinceros, no era ninguna deshonra ser el pariente pobre de un duque, un conde, un marqués y un vizconde.

Ahora, con doce años, el muchacho recibía clases cada día en Blackmore, junto a Peter, el hijo de Nicholas y Grace. Todo iba sobre ruedas, salvo por el pequeño detalle de que, según el preceptor, Anthony no era precisamente la mejor influencia para el heredero de seis años del ducado de Blackmore.

Augustus Shackleford frunció el ceño, notando cómo se agriaba un poco su buen humor. La verdad, Anthony era demasiado espabilado para su edad. Tampoco era de extrañar, si consideraba que había crecido a la zaga de sus ocho hermanas, que siempre andaban tramando algo y nunca se preocupaban lo más mínimo por las apariencias.

Suspiró y volvió a levantar la jarra. Había sido un camino largo y lleno de tropiezos, y no podía evitar la sensación de haberlo recorrido casi siempre a la pata coja. Pero ya solo le quedaban tres hijas solteras, y estaba convencido de no haberlo hecho tan mal.

Claro que le inquietaba que, a sus dieciocho años, ni Charity ni Chastity mostraran el menor interés en casarse. Pero dejando a un lado la sinceridad excesiva de Charity, estaba seguro de que ambas eran más que aceptables en cuanto a belleza, y albergaba la esperanza de que al menos una de ellas se atreviera a probar suerte en la Temporada londinense.

El reverendo Shackleford dio otro trago, convencido de que, tarde o temprano, alguno de sus yernos terminaría pagando los gastos de la presentación en Londres de las gemelas.

De forma inevitable, sus pensamientos volvieron a Prudence, y un leve escalofrío le recorrió la espalda antes de sobreponerse. La muchacha tenía dieciséis años, así que aún tenía tiempo de encauzarla. El señor Shackleford apartó de inmediato esos pensamientos, no fuera a acabar con una úlcera, y centró su atención en su único hijo varón.

Anthony, al fin y al cabo, se comportaba como cualquier chico: ponía a prueba los límites, como corresponde a cualquier joven caballero que se precie. Aunque, para ser justos, no conocía a ningún caballero de la edad de su hijo para poder confirmarlo. Volvió a pensar en sus hijas. Ellas no es que hubieran tanteado los límites: sencillamente, los habían ignorado por completo. Pero a los muchachos se les suponía revoltosos, y pensaba hablar con Anthony, de hombre a hombre, esa misma tarde.

La verdad era que sentía que el Altísimo por fin iba a recompensarle por tanta dedicación. Haciendo un gesto al posadero, el reverendo decidió premiarse con un pudin de carne y riñones, convencido de que ya había pasado lo peor.

Aquel mes de febrero se presentaba insólitamente cálido: los narcisos y los azafranes silvestres ya florecían en los setos y los campos de Blackmore. Nada que ver con la guerra sangrienta que llevaba asolando Europa más de veinte años. Pero, por primera vez, se vislumbraba la luz al final del túnel. En octubre, Napoleón había sido derrotado en Leipzig, lo que auguraba el derrumbe del imperio francés al este del Rin. El autoproclamado emperador se replegaba hacia París, acosado por las tropas de Rusia, Prusia, Austria y Suecia. Los periódicos aseguraban que el duque de Wellington ya estaba en el suroeste de Francia, tras expulsar a los franceses de España, y avanzaba directo hacia París. Ya casi daban la guerra por terminada.

Grace observó cómo el carruaje de su esposo desaparecía por las verjas de la finca de Blackmore. A pesar de llevar casi ocho años casada con Nicholas, nunca se acostumbraba a esas ausencias impuestas y, en el fondo, sabía que él sentía lo mismo.

En esta ocasión, la situación en Europa le obligaba a marcharse, pero al menos las noticias eran buenas. Napoleón estaba en retirada y parecía solo cuestión de tiempo que se viera forzado a abdicar. Nicholas había sido convocado a una reunión urgente de los lores en Westminster.

No era tan grave. Nicholas estaría fuera unas semanas, pero ella se reuniría con él en Londres poco después. De hecho, casi toda la familia iba a encontrarse por primera vez desde la boda de Patience con el marqués de Guildford, hacía dieciocho meses.

Tras aquel enlace, la frialdad que la reina Carlota había mostrado siempre a los Shackleford quedó en el pasado. Más sorprendente aún fue el cariño inesperado que Su Majestad le tomó a Patience.

Grace, sentada junto al fuego, no pudo evitar una sonrisa. Aunque su hermana casi nunca pretendía ser graciosa, en cierta ocasión le soltó a la reina que el Mayordomo Mayor le recordaba a Freddy, su sabueso.

Así que, allí estaban todos, de nuevo gozando del favor de la reina. Por ahora...

Los únicos ausentes en la reunión londinense serían su hermana Faith y Roan, ya que aquella acababa de tener una niña. Por eso, Grace había decidido aprovechar dos de las cuatro semanas lejos de su marido para visitar Torquay y conocer a su nueva sobrina.

La duquesa miró a su hija, que andaba limpiando los cristales del salón con una servilleta. Grace frunció el ceño ante las manchas que dejaba la niña en el vidrio, pensando que la misma servilleta había servido minutos antes para quitarle de los dedos los restos del premiado pastel de chocolate de la señora Higgins.

Jennifer, que estaba a punto de cumplir tres años, ya empezaba a mostrar rasgos inquietantes, muy propios de las mujeres de su familia. Grace negó con una sonrisa resignada. La verdad, Nicholas era demasiado blando con la pequeña.

Un golpe repentino en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante —dijo, sirviéndose otra taza de té.

La puerta se abrió y apareció Jimmy, el chico para todo de su marido... o eso suponía ella, porque nadie parecía saber muy bien qué hacía realmente Jimmy para Nicholas. Cuando se le preguntaba, el duque solía reír y guiñar un ojo. Grace sabía que su esposo le tenía un especial cariño y sospechaba que lo mantenía cerca para evitar que se metiera en líos. Y, gracias a ese patronazgo, la madre viuda del muchacho tenía siempre la despensa llena.

Grace observó al joven, que se quitó la gorra con educación. En realidad, Jimmy ya no era ningún niño. Con casi dieciocho años, el pelo color del oro viejo y los ojos azul aciano, ya llamaba la atención de todas las jóvenes solteras en varios kilómetros a la redonda.

—Con el permiso de Su Excelencia —murmuró Jimmy—, la señorita Charity me ha encargado entregarle esta nota. —Le tendió un sobre —. Ha insistido en que solo podía dársela a usted.

Grace frunció el ceño y tomó la carta, preguntándose si su hermana habría tenido algún problema. Lo cierto era que todo había estado sorprendentemente tranquilo en la vicaría desde la boda de Patience. Si las gemelas tramaban algo, lo mantenían muy bien oculto. Pero, a sus dieciocho años, ya eran mujeres hechas y derechas, y parecía lógico dejar atrás las travesuras infantiles. Mientras rompía el sello, Grace decidió ignorar la vocecilla que le advertía que ser adulta no le había quitado del todo el gusto por un buen embrollo.

—¡Maldita sea! —exclamó al leer el contenido.

Las gemelas podían considerarse ya adultas, pero ni Charity ni Chastity habían mostrado nunca el menor deseo de participar en la Temporada londinense, ni en ninguna otra. Y aunque deseaba verlas bien casadas, Grace había aprendido la lección con Patience: obligar a alguien por la fuerza rara vez salía bien. Que la jugada les saliera bien aquella vez fue, desde luego, cosa del azar y no de ninguna maquinación suya ni de Tempy. Aun así, confiaba en que, con un poco de tiempo, las gemelas cambiarían de opinión.

Sin embargo, al leer la nota, no pudo evitar pensar que, quizá esta vez, su prudencia se le habría vuelto en su contra.

—El amor verdadero no conoce barreras —declaró Chastity con aire dramático, posando la mano sobre el pecho, a la altura del corazón.

—No digas bobadas —bufó Charity—. Si solo has hablado con él del maldito tiempo. —Hizo una pausa y apretó los dientes, frustrada. Quería mucho a su gemela, pero esa tendencia de Chastity a ver un romance en cualquier hombre menor de sesenta y en posesión de sus propios dientes era para perder la paciencia. Charity se dejó caer en el diván del salón, que normalmente ocupaba su madrastra Agnes. Por suerte, esa tarde había decidido echarse la siesta en su dormitorio, cosa de agradecer, dado el tema de conversación—. Y además —prosiguió Charity, ya al borde de la desesperación—, la

persona de la que hablas vive en una casita de una sola habitación, con su madre y tres hermanas.

Chastity frunció el ceño.

—¿De veras?

Charity asintió, preguntándose si por fin lograría hacerle entrar en razón. En realidad, habría preferido que su hermana aceptara pasar la Temporada en Londres. Con su romanticismo, seguro que acababa encontrando, si no un lord, al menos alguien con medios suficientes.

Por desgracia, la negativa de Charity a participar en el mercado matrimonial había hecho que su hermana menor se sacrificara con gran nobleza a la soltería. Y esa supuesta nobleza había venido acompañada de proclamas teatrales: que prefería morir antes que renunciar al hombre que, entre otras lindezas, era «lo más cercano a su corazón; su otra mitad; el sol de su luna; la noche de su...». A esas alturas, Charity ya no la escuchaba.

Suspiró resignada. De las dos, Chastity era la más predispuesta para el matrimonio. Pero empezaba a parecer que la única manera de que la pobre insensata encontrase un hombre medianamente adecuado era que ella misma accediese a asistir a la dichosa Temporada en Londres junto a su gemela.

Charity frunció el ceño, al darse cuenta de que Chastity le estaba hablando otra vez.

—Pues el señor Timson me informó de que le habían ofrecido un destino en Brixham —comentó Chastity—. Insistió mucho en que la oferta incluía un pequeño apartamento.

Charity frunció el ceño. Si su hermana había llegado a mantener una conversación de verdad con el odioso sapo de Obadiah Timson, la situación era aún peor de lo que imaginaba.

—¿Y cuándo has tenido tú esa conversación con el señor Timson? —le preguntó Charity, procurando que su tono sonara ligero y natural,

aunque por dentro sentía un nudo en el estómago. Al ver que su hermana se sonrojaba, a Charity se le cayó el alma a los pies.

—Simplemente dimos un paseo después de salir de la iglesia, el domingo —admitió Chastity.

—Tú dijiste que ibas a llevarle un trozo de tarta de manzana a la señora Peterson, en el pueblo —la acusó Charity.

—Eso hice —replicó Chastity—. Y el señor Timson tuvo la amabilidad de acompañarme.

Charity contempló a su hermana con horror.

—Pero ¿en qué estabas pensando, Chastity? —le espetó, esforzándose por no perder la calma—. Padre va a enfurecerse en cuanto lo sepa. Bastante suerte tendrás si no te encierra en el desván durante seis meses. ¿Es que has perdido el poco juicio que te queda?

—Yo más bien diría que será más probable que te mande a la Residencia para Mujeres Descarriadas de la señora Brandreth —dijo una voz desde la puerta.

Ambas hermanas se giraron y vieron a Prudence, que entraba tranquilamente en el salón y se servía una galleta de la bandeja.

—¿No se suponía que ibas a buscar a Anthony a Blackmore? —le espetó Charity con sequedad.

—He visto un anuncio de ese establecimiento en el despacho de padre —prosiguió Prudence, haciendo caso omiso a la pregunta de su hermana.

—¿Qué anuncio? Yo jamás he oído hablar de ese sitio —replicó Charity, en un tono sarcástico que no lograba ocultar del todo su inquietud.

—Te obligarán a fregar suelos desde el amanecer hasta la noche, y solo te darán pan y agua antes de mandarte a la cama. Un poco

como aquel horrible lugar donde encerraron a Patience.

—No digas disparates, Pru —protestó Charity—. Ese sitio no existe.

Prudence se encogió de hombros y cogió otra galleta.

—Puedes comprobarlo tú misma —sugirió—. El panfleto está encima de su escritorio.

—¿Y qué hacías tú en el despacho de padre? —inquirió Chastity, tratando de espantar de su mente imágenes de cepillos y cubos de fregar.

—Estaba buscando a Freddy —respondió Prudence con toda naturalidad—. Pensaba llevármelo para ir a recoger a Anthony.

—Estoy segura de que sabes perfectamente que padre está en el Red Lion y que seguramente tendrá a Freddy con él —replicó Charity, lanzando a su hermana una mirada desafiante.

—Pues eso te da tiempo de sobra para hacer desaparecer el panfleto del escritorio de padre, ¿no te parece? —declaró Prudence con una sonrisilla traviesa, antes de salir de la habitación.

—No deberíamos haberlo cogido —susurró Chastity, una hora después. Estaban sentadas en su dormitorio, con el dichoso anuncio desplegado sobre la cama.

—No entiendo por qué susurras —gruñó Charity—. Nadie puede oírte. Y, además, ¿de veras quieres arriesgarte a que...? —Hizo una pausa y leyó el papel sobre la colcha—. ¿A «desterrar los malos pensamientos gracias a la oración y el trabajo duro»?

Chastity negó con la cabeza, muda, mientras su hermana se recostaba sobre los talones.

—Bueno, si padre se entera de lo de Obadiah Timson, más te vale ir preparando las rodillas, porque te van a salir callos de tanto rezar. —Charity sabía que estaba siendo dura. También sabía que la idea de

que su padre pudiera enviar a una de sus hijas a una residencia para mujeres descarriadas era tan improbable como que casara a alguna de ellas con Percy. Frunció el ceño. Aunque el panfleto seguía en su escritorio...

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Chastity, luchando por contener las lágrimas.

Charity suspiró y negó con la cabeza.

—Lo de siempre —murmuró—. Avisar a Grace...

Dos

—Ay, Chastity —dijo Grace—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—Él me dijo que yo era guapa —balbuceó Chastity.

—¿Se te nubla la cabeza con tanta facilidad como para hacerle caso a cualquier zopenco meloso que se cruce en tu camino? —intervino Charity, incapaz de contener la irritación que le despertaba semejante insensatez por parte de su hermana.

Las gemelas habían sido recibidas en la sala de estar de Blackmore, después de haberle enviado la misiva a su hermana mayor la tarde anterior. Grace no había tardado ni un instante en responder, y el sello de su nota dejaba claro que hablaba como Su Excelencia, la duquesa. Su invitación para que sus hermanas acudieran a Blackmore a la mañana siguiente era una orden, no una petición.

—Discutir no nos llevará a ninguna parte —suspiró Grace, alzando su taza de té—. Será mejor que empieces por el principio, Chastity. —Entornó los ojos antes de advertir—: Y no servirá de nada que te dejes un solo detalle. No puedo lidiar con lo que no sé.

Quince minutos más tarde, Grace tenía el rostro lívido y Charity miraba a su hermana con una ira inusual.

—¿Le permitiste que te besara? —le preguntó Grace—. ¿Te has vuelto chiflada por completo? Obadiah Timson... Por favor, dime que sabes que ese reptil presume de tener conquistada a media aldea.

—Es muy apuesto —se defendió Chastity. Frunció el ceño—. Pero, la verdad, el beso fue un poco... decepcionante. Tenía los labios secos... y... bueno, algo agrietados.

Grace y Charity se estremecieron ante la imagen que aquello evocaba. De hecho, Grace tuvo que tragar saliva para que las tostadas de su desayuno no le subieran por la garganta.

—Sé que he sido una necia —susurró Chastity al ver el horror dibujado en los semblantes de sus hermanas—. Podéis estar tranquilas: le diré al señor Timson que no deseo volver a verle ni a hablar con él.

—No harás tal cosa —la cortó Grace, que prefería recuperar la compostura—. Tú no volverás a ver ni a hablar con el señor Timson jamás. —Alzó la mirada al cielo mientras agradecía a su buena estrella que, por una vez, Nicholas no estuviera allí. Sin embargo, ahora ella debía decidir qué hacer con su atolondrada hermana sin el consejo sensato y práctico del duque...

Dejó escapar un hondo suspiro. Puede que el rostro de Obadiah Timson fuera agradable, pero, según Jimmy, su carácter distaba mucho de serlo, y Grace tenía pocas dudas de que un individuo tan odioso no intentase crear problemas, sobre todo, en ausencia del señor de Blackmore. Estaba claro que debían alejar a Chastity de allí cuanto antes. Eso, en sí, no planteaba dificultad alguna. Chastity podía acompañarla a casa de Faith y Roan. Un par de manos extra serían más que bienvenidas.

La cuestión más acuciante era si debían involucrar o no a su padre...

—¿Estás ahí, Percy? —El reverendo asomó la cabeza en la penumbra de la sacristía. Ninguna de las velas estaba encendida, lo cual ya era extraño a las tres de la tarde. Por regla general, Percy era de una

fiabilidad absoluta y siempre se encontraba justo donde debía a cualquier hora del día. El reverendo Shackleford frunció el ceño. Aunque, a esas alturas, era evidente que en esta ocasión su coadjutor no estaba donde debía. Qué hombre tan condenadamente desconsiderado... Echó un vistazo a Freddy y se le ocurrió una idea. Si Percy se había ido de picos pardos, entonces el legendario olfato del sabueso descubriría su paradero en un santiamén. Sobre todo, porque Percy era uno de sus humanos preferidos.

Avanzando hacia la sacristía, Augustus Shackleford buscó algún objeto pequeño que perteneciera a su coadjutor. A medida que sus ojos se acostumbraban a las sombras de media tarde, distinguió un papel sobre el escritorio. Pensando que sería el primer borrador del sermón dominical, el reverendo se apresuró hacia él. Quizá leerlo ahora evitaría que Percy llenara el oficio de descripciones demasiado vívidas sobre el más allá que aguardaba a los habitantes de Blackmore si seguían por el camino del pecado. Intentar suavizar en el púlpito los mensajes apocalípticos de Percy siempre suponía un reto, y más aún si lo tomaban desprevenido.

Al llegar al escritorio, el reverendo cogió la hoja. Si aquello era el sermón, Percy no había avanzado mucho. El coadjutor solía escribir al menos doce páginas, a veces incluso más. Mascullando, Augustus buscó sus lentes en los bolsillos. Tras encontrarlas por fin, se las colocó en la nariz y miró el papel. Era una carta.

Sin pensárselo dos veces, leyó los garabatos que Percy llamaba caligrafía. Poco a poco, un sudor frío le perló la frente. Justo cuando creía que sus problemas habían terminado... Alzó la vista y suspiró. Debería haberlo imaginado. Si algo había aprendido en todos sus años como hombre de Iglesia era que el Altísimo poseía un sentido del humor de lo más peculiar.

—¿Cómo que Percy se ha marchado? — La incredulidad de Grace no habría podido ser mayor si su padre le hubiera dicho que el

coadjutor había encontrado de repente una esposa—. ¿Adónde ha ido?

El reverendo Shackleford se removió con incomodidad.

—Creo que ha decidido visitar a su madre en Salcombe.

—¿Percy tiene madre? —soltó Charity, tan asombrada como Grace.

—No lo trajo una cigüeña al mundo, desde luego —murmuró el reverendo, dejando que la exasperación superara su incomodidad.

—Yo creía que era huérfano —dijo Grace—. Desde luego, no tenía ni idea de que tuviera familia y mucho menos que viviera tan cerca. ¿Por qué no la visita con regularidad?

—Eh... creo que... Ejem... tengo entendido que la madre de Percy no es de la misma... fe.

—¿Es católica?

—No exactamente.

—Bueno, o lo es o no lo es —le espetó Grace—. ¿Cuál de las dos?

El reverendo sintió cómo empezaba a sudar bajo su chaqueta de clérigo. Si hubiera existido la más mínima posibilidad de mantener a su hija en la ignorancia, la habría aprovechado. Por desgracia, como su único caballo —un semental de mal genio llamado con acierto Lucifer— había sido retirado a pastar hacía seis meses, la única forma que tenía de llegar a Salcombe era en un carruaje. En concreto, uno perteneciente al duque de Blackmore.

—La madre de Percy no profesa ninguna religión —aseguró el reverendo, procurando que su voz mostrase la pena adecuada ante el oscuro destino que, según él, aguardaba al alma inmortal de la señora Noon cuando esta estirase la pata.

—¿Entonces está en su lecho de muerte? —preguntó Charity—. ¿Ha ido Percy a rezar por ella?

El reverendo asintió con gran fervor.

—Sin la menor duda. —El alivio que rezumaba su voz hizo que sus dos hijas lo miraran con suspicacia—. ¿Qué clase de amigo sería yo, si no estuviera dispuesto a dejarlo todo para darle consuelo a mi buen coadjutor en una necesidad tan acuciante?

—Pero usted tiene un deber para con sus feligreses —protestó Grace —. ¿Qué hay de ellos?

—No me ausentaré mucho tiempo —proclamó el reverendo—. Me aseguraré de que mis obligaciones queden cubiertas. De hecho, creo que la madre de Percy abandonará pronto este valle de lágrimas para encontrarse entre los brazos del Altísimo.

—Pero si ha dicho que no era religiosa —replicó Charity.

—Todavía no —respondió su padre entre dientes.

—Yo diría que Percy es más que capaz de ocuparse de administrar los últimos sacramentos a su madre —alegó Grace—. Desde luego, es más piadoso que usted, padre.

El reverendo Shackleford emitió un bufido indignado, al tiempo que ofrecía una oración interior pidiendo perdón por las pequeñas falsedades que se veía obligado a pronunciar, y rogando también ser librado de unas hijas tan entrometidas.

—Estoy seguro de que será cuestión de días. Agnes no estará sola. Después de todo, tú y tu hermana ya sois mayores, Charity, y podéis proporcionar... eh... diversiones femeninas para mantener entretenida a vuestra madrastra.

Charity resopló.

—Lo único que necesita nuestra madrastra para entretenerse son sus revistas y sus sales aromáticas, y Prudence puede ocuparse de ello. —Negó con la cabeza—. Creo que debería acompañarte, padre.

—De eso nada. —La vehemente respuesta del reverendo no hizo más que aumentar la suspicacia de sus dos hijas.

—¿Qué nos está ocultando, padre? —preguntó Grace, entornando los ojos.

—¿Y qué pasa con Chastity? —contraatacó el reverendo, en lugar de responder—. ¿No querrás dejar atrás a tu gemela? Siempre estáis unidas por la dichosa cadera. Y, desde luego, no puedo llevaros a las dos. —Hizo una pausa y estrechó la mirada al percatarse de una inconsistencia—. Y, por cierto, ¿por qué tiene que ser Prudence quien distraiga a vuestra madrastra?

—Chastity vendrá conmigo a casa de Faith —declaró Grace de repente.

Augustus Shackleford frunció el ceño, convencido de que algo no terminaba de encajar.

—¿Y por qué solo Chastity? —Quiso saber—. ¿No les sentaría bien a las dos respirar el aire de la costa?

—Sería demasiado para Faith en su delicada situación —respondió Grace con firmeza—. Creo que Charity estará mejor a su lado. —Se levantó, dando por concluida la conversación—. Pediré a la señora Tenner que prepare unos remedios para aliviar el dolor. —Miró a su hermana—. Charity es perfectamente capaz de ofrecer la ayuda necesaria.

Y sin darle a su padre ocasión de responder, Grace salió de la estancia con Charity pisándole los talones, mientras el reverendo se quedó preguntándose cuál de las dos acababa de soltarle el mayor cuento chino.

A la mañana siguiente, sentada cómodamente en el segundo mejor carruaje del duque de Blackmore, Charity fingió dormir. Lo último que deseaba era un interrogatorio, y hasta con los ojos cerrados podía sentir que su padre la observaba con suspicacia. Era un

verdadero maestro en desviar la atención de sus propias patrañas para centrarla en las de los demás.

Acurrucada junto a Freddy y disfrutando del calor que le proporcionaba el sabueso, los pensamientos de Charity derivaron hacia su hermana gemela. Su padre tenía razón: habían estado muy unidas toda su vida. A diferencia de Faith y Hope, sus hermanas gemelas mayores, Charity y Chastity eran casi idénticas. Tanto en su forma de pensar como en su apariencia.

Hasta la inesperada boda de Patience.

En los últimos dieciocho meses algo había cambiado. Oh, seguían terminando las frases de cada una, se reían con las mismas tonterías, se burlaban de Anthony y volvían locos a su padre y a su madrastra..., pero algo era distinto. Como si, de pronto, sus caminos hubieran empezado a separarse.

Siempre les había gustado leer, a menudo el mismo libro y al mismo tiempo, pero, poco a poco, Chastity empezó a inclinarse cada vez más hacia las historias románticas —en su mayor parte, nada apropiadas para la hija de un clérigo—. Parecía pasarse el día suspirando por algún héroe imaginario... y apuesto.

Antes de que Patience se marchara, ambas habían pasado la mayor parte del tiempo al aire libre y rara vez permanecían dentro de la vicaría entre el desayuno y la cena. Sin embargo, últimamente, Chastity buscaba cualquier excusa para quedarse en casa. Se entregaba con auténtica avidez a hojear las revistas y gacetas de cotilleos de su madrastra, hablando sin descanso de lores y vizcondes. Ese repentino aire soñador le crispaba los nervios a Charity. Y ahora que la familia había vuelto a gozar del favor de la reina Carlota, sus hermanas mayores habían propuesto, como la cosa más natural, acudir a la Temporada en Londres.

Hubo un tiempo en que la sola idea habría horrorizado tanto a Chastity como a ella. Pero ahora, Charity sabía muy bien que la única razón por la que Chastity había despreciado la propuesta había

sido por lealtad hacia su hermana gemela, por muy teatral que hubiera sido su desenlace.

No era que Charity estuviera en contra del matrimonio. Desde luego, no sentía la misma aversión que Patience había mostrado, y era lo bastante pragmática como para saber que no podían vivir eternamente bajo el techo de su padre. Pero, dado que todas sus hermanas mayores habían logrado contraer matrimonios ventajosos —de hecho, muy por encima de cualquier expectativa—, Charity había comenzado a sentir como si un nudo corredizo se le cerrara alrededor del cuello. ¿Y si pasaba por todo el engorro de una Temporada y nadie pedía su mano? No era ninguna necia y sabía muy bien que tanto ella como su gemela poseían un atractivo más que aceptable. Ambas lucían una abundante melena castaña que se ondulaba con facilidad, piel clara y curvas agradables. Al menos, eso era lo que decía Tempy.

Pero mientras Chastity contaba con un carácter luminoso que encajaba a la perfección con sus ideas románticas y su bonito rostro, el ingenio de Charity se inclinaba sin remedio hacia el sarcasmo y, lo que era peor, hacia una incapacidad absoluta para reprimir su sinceridad. Hablar sin rodeos la había metido en problemas en demasiadas ocasiones, aunque Chastity, con su sentido de la lealtad, había asumido la culpa de muchos de los deslices de Charity. En ese sentido, Charity suponía que ella misma se parecía un poco a Patience. Aunque, a diferencia de su hermana mayor, disfrutaba de la compañía ajena y no era grosera de forma deliberada.

Suspirando para sus adentros, los pensamientos de Charity regresaron al presente. Se dio cuenta de que estaba siendo completamente injusta con su gemela por su negativa a participar en el mercado matrimonial. Y la naturaleza idealista de Chastity, por no hablar de su absurda tendencia a confiar en todo el mundo, ya la había metido en un embrollo. Desde luego, aquello podría haber ido a más, y la próxima vez... Charity se estremeció. Esto no podía continuar. En cuanto ella y su padre regresaran de Salcombe, le enviaría una nota a Grace planteando la posibilidad de asistir a la

Temporada. Con un poco de suerte, antes de que Chastity acabara arruinándose a sí misma para siempre.

Tres

Jago Carlyon entró en el interior en penumbra de la posada Seven Stars, en el puerto pesquero de Dartmouth, y se detuvo a esperar a que sus ojos se acostumbraran a la escasa luz. Le habían indicado que la cita sería a las cinco en punto, pero Jago había optado por llegar con bastante antelación. Tal vez estaba siendo excesivamente precavido, pero esa cautela le había salvado la vida en más de una ocasión. Con su jarra de cerveza en la mano, se dirigió hasta el fondo del local y tomó asiento en un rincón discreto, colocando la silla de modo que quedara de cara a la sala. La posada estaba tranquila, con solo unos pocos pescadores agrupados en torno a la barra. Jago sabía que atraería más de una mirada furtiva, pero era lo bastante conocido en la zona como para disipar las suspicacias de todos, salvo de los lugareños más recelosos.

Naturalmente, si los habituales de la taberna hubieran sabido la verdadera razón por la que Jago se encontraba allí, sin duda le habrían concedido un margen mucho mayor. Tal como estaban las cosas, lo tomaban por un simple jornalero, aunque de modales educados, y asumían que se estaba dando el gusto de tomarse una merecida jarra de cerveza después de un duro día de trabajo.

Sin embargo, se equivocaban en ambos extremos. De hecho, creían que su nombre era Cardell, pero aquel nombre era tan ficticio como su ocupación. Sí, ayudaba sin problemas a descargar la mercancía

de los barcos mercantes atracados en el muelle, pero aquello no era más que una tapadera para ocultar el verdadero motivo por el que se encontraba en Dartmouth.

Ahora, tras dos años viviendo en las sombras, Jago creía que por fin estaba cerca de desenmascarar al hombre que había asesinado a su hermana.

Contra todo pronóstico, Charity acabó quedándose dormida, arrullada por el balanceo del carruaje. Al despertar, pensó durante un segundo que ella y Chastity se dirigían a Ravenstone. Cuando su memoria regresó de golpe, la invadió una súbita sensación de pérdida. Por muy exasperante que Chastity resultara a menudo, Charity se descubrió echando de menos a su gemela con una intensidad inesperada.

Charity abrió los ojos de mala gana y se inclinó hacia delante para mirar por la ventanilla. El paisaje parecía ser el de siempre: colinas verdes ondulantes y altos setos que no daban pista alguna de cuánto habían avanzado en su trayecto. Sin embargo, el sol estaba ahora mucho más bajo en el cielo, indicaba que ya era bien entrada la tarde.

Mientras picoteaba el pan y el queso que la señora Tomlinson había preparado para el viaje, Charity observó a su padre, que estaba sentado frente a ella roncando. Aquella era, casi con toda seguridad, la primera vez que pasaba tiempo a solas en su compañía. De hecho, a lo largo de los años, ella y su gemela habían perfeccionado el arte de evitar a su irascible progenitor fuera de la hora de la cena.

Charity partió un trozo de queso y se lo ofreció a Freddy, que yacía despatarrado sobre su regazo, convertido en una auténtica manta de pelo.

Acariciándole la cabeza con suavidad, se preguntó por la madre de Percy. Esperaba que la anciana matrona no hubiera fallecido antes de que ella y su padre llegaran a su destino. Charity nunca había

estado en Salcombe. Sabía que el pequeño pueblo pesquero se encontraba en la costa sur de Devon, cerca de los puertos mayores de Kingsbridge y Dartmouth, pero no tenía ni idea de que Percy tuviera parientes allí. Resultaba difícil imaginar al coadjutor de su padre como un niño; él había formado parte de su vida desde que Charity alcanzaba a recordar. Él era... bueno, él era... Percy.

Un largo suspiro la hizo apartar la vista del áspero pelaje del sabueso. Su padre estaba despierto y miraba por la ventanilla del carruaje, con el ceño fruncido como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros. De forma inesperada, Charity sintió un atisbo de compasión. Su padre debía de estar realmente preocupado para haber dejado atrás sus obligaciones para acudir a toda prisa en ayuda de Percy. Aquello demostraba que, aunque su padre no solía exteriorizar la compasión, sí sentía un profundo afecto por su coadjutor.

—Estoy segura de que Percy le estará enormemente agradecido por su presencia, padre, en un momento tan difícil —murmuró Charity en voz baja.

Al principio creyó que él no la había oído, pero, unos segundos después, él se volvió hacia ella y negó con la cabeza antes de hablar.

—No tiene sentido andarse con rodeos —declaró el reverendo, y la brusquedad de su voz hizo que a Charity se le acelerara el corazón de forma desagradable—. Más vale que sepas en qué nos estamos metiendo.

—No me es ajeno el lecho de un enfermo, padre —le interrumpió ella con valentía.

Su padre soltó un bufido poco elegante.

—Entonces es una suerte que no vayas a visitar ninguno. La vieja señora Noon no está a punto de estirar la pata, aunque eso podría cambiar con bastante rapidez si yo no intercedo por ella.

Charity frunció el ceño.

—¿No podría haber hecho eso desde casa, padre? Al fin y al cabo, el mejor lugar para rezar es la iglesia.

—El alma de Mary Noon no es un asunto que el Altísimo y yo vayamos a debatir en breve —replicó el reverendo—. Y, además, ese es el cometido de Percy. Si existe la más mínima posibilidad de que su madre se cuele por la puerta trasera del cielo, estoy convencido de que Percy la encontrará.

Charity lo miró, desconcertada.

—Entonces ¿por qué ha decidido ir en ayuda de la mujer con tanta urgencia? —preguntó—. Si no es a Dios, ¿a quién piensa dirigirse?

—Al oficial de Aduanas de Dartmouth —le espetó su padre con sequedad—. Han sorprendido a Mary con media docena de vejigas de *brandy* cosidas dentro del corsé. Es un milagro que pudiera caminar.

Al final, todas las precauciones adicionales que Jago había tomado resultaron inútiles. El hombre no apareció. Aunque por dentro hervía de rabia, Jago se aseguró de quedarse casi hasta el cierre de la posada. No habría sido prudente llegar y marcharse antes de la hora de mayor afluencia; la gente solía recordar esas cosas. Pidió jamón con huevos para cenar, procurando prestar la atención justa a la joven y atractiva tabernera. No le resultó difícil. Ella aún conservaba la mayoría de los dientes y su sonrisa no se había vuelto del todo cínica.

Cuando por fin salió al aire frío y húmedo, Jago permitió que la frustración lo desbordara por un instante. Y aquel breve descuido fue suficiente. En cuestión de segundos, un brazo se le enroscó alrededor del cuello y le pusieron un cuchillo en la garganta.

—¿Esperas a alguien? —susurró una voz junto a su oído. El olor rancio de un aliento se filtró por su nariz, provocándole una arcada. Jago maldijo para sus adentros y reprimió su furia por haberse dejado sorprender con los pantalones bajados, por decirlo de alguna

manera. Toda su cautela desperdiciada en un acceso momentáneo de malhumor. La calle estaba desierta, por lo que era poco probable que recibiera ayuda.

Jago inspiró tan hondo como se atrevió, con el filo del cuchillo clavándose en su cuello. Luchando por mantener la calma, habló en voz baja y controlada.

—Tenía una cita con Jack.

—¿Eso quién lo dice?

El desconocido aumentó la fuerza de su agarre, y Jago se sintió aún más furioso.

—Sabes quién soy —susurró Jago entre dientes—, o ya me habrías degollado. Llévame con Jack y acabemos con esto. Tengo información para él. —Hizo una pausa y notó cómo el sudor empezaba a brotarle en la frente cuando la hoja del cuchillo presionó su cuello—. Dile que quiero entrar. No se arrepentirá —dijo Jago con voz ronca, esforzándose por no revelar su desesperación.

Lentamente, la hoja metálica se apartó de su garganta. Jago respiró hondo y apretó los puños para contener el temblor de las manos. Luego, se giró despacio hasta quedar frente a su atacante.

—Jack no va a venir —dijo este—. Me ha enviado a mí en su lugar.

Jago rechinó los dientes, decepcionado. Le había llevado casi dos años llegar tan lejos. Y ahora, justo cuando estaba a punto de descubrir la verdadera identidad del esquivo Jack, el muy bastardo volvía a escabullirse. Estudió al individuo de aspecto miserable que lo observaba. Era casi noche cerrada, y la única luz procedía de la posada Seven Stars a sus espaldas, pero bastaba para revelar a un hombre alto y escuálido, con la ropa hecha jirones y un rostro que probablemente no había visto el agua en años. Estaba claro que ese tipo era prescindible para el misterioso cabecilla de la red de contrabando que operaba en aquel tramo de costa.

—Dile a Jack que quiero entrar —repitió Jago, con toda la serenidad que fue capaz de reunir—. Tengo información que le interesará, pero no pienso entregársela a un maldito lacayo. Cara a cara o nada.

—No tienes ninguna posibilidad de que eso ocurra —se burló el mensajero—. Jack no se molesta por gente como tú.

Jago negó con la cabeza y luego se arriesgó.

—La confianza funciona en ambos sentidos —declaró—. Yo tengo algo que Jack quiere. Él tiene algo que yo quiero. Dile que solo tiene que dejarme entrar, y juro que nos haré ricos a los dos.

Tras apenas arañar la superficie de aquello en lo que «se estaban metiendo», el reverendo se mostró reacio a responder más preguntas de Charity, limitándose a informarle de que se dirigían a Dartmouth y no a Salcombe, ya que allí era donde Mary Noon estaba encarcelada. Con el tiempo, Charity se sumió en un silencio frustrado, y se preguntó qué demonios diría Grace cuando se enterara.

Como si pudiera leerle el pensamiento, su padre le arrancó la promesa de que bajo ningún concepto le mencionaría a nadie la verdadera misión de su viaje. Especialmente, a su hermana mayor. Y, de forma muy expresa, al esposo de su hermana mayor.

En un repentino arrebato de lucidez, Charity miró a su padre con recelo.

—¿Por qué desea exactamente que guarde silencio, padre? —exigió —. ¿Podría ser porque usted es, quizá, uno de los beneficiarios de las ganancias ilícitas de la señora Noon?

El indignado tartamudeo del reverendo lo delató, pero Charity no se rindió.

—¿Sabe Percy que usted utiliza a su madre como... como... proveedora de contrabando? —insistió ella, horrorizada.

Su padre resopló, visiblemente incómodo, pero no dijo nada.

—Apuesto a que no lo sabe —continuó ella, lanzada ya—. Usted es un hombre de la Iglesia, padre. No puedo concebir cómo puede pensar que es correcto y adecuado comprar productos de contrabando. Si no tiene cuidado, podría acabar en la celda contigua a la de la madre de Percy.

—Solo acepto alguna botella de vez en cuando —se defendió Augustus al fin, en el tono de un niño enfadado—, solo para ayudar un poco a la pobre madre de Percy. Ella no tiene gran cosa, y...

—Ni se le ocurra presentar esto como un acto de pura bondad, padre. Con razón ha ido usted corriendo. No tiene nada que ver con su preocupación por Percy, sino con su miedo a que lo descubran.

Ambos guardaron un silencio incómodo hasta que el reverendo soltó un suspiro y comenzó a hablar.

—Tienes razón en todo lo que has dicho, hija mía —admitió—. Pero, a decir verdad, lo hacía sobre todo para ayudar a la madre de Percy. No tiene ni un centavo. —Se encogió de hombros y continuó con un deje pesaroso—: El *brandy* está muy bien, pero olvidas que tengo cinco yernos que estarían encantados de mantenerme borracho hasta el día en que me toque brindar con el Altísimo. —Negó con la cabeza antes de añadir—: No hablamos de ello. Pero creo que Percy lo sabe. Por eso se marchó sin despedirse de mí.

Charity miró a su padre, solo un poco apaciguada, mientras se debatía entre la aprensión y la frustración. Ella había creído que su viaje tenía un propósito caritativo, pero ahora... No tenía ni idea de qué les aguardaba en Dartmouth, y no estaba preparada para lidiar con nada más que secar frentes sudorosas o cambiar vendajes. Ella y su hermana se habían visto envueltas en todo tipo de líos a lo largo de los años, pero nunca habían hecho nada ilegal.

Dejó escapar un bufido irritado. No tenía sentido seguir discutiendo con su padre; nada cambiaría la situación en la que se encontraban.

Charity hizo una mueca y le dio el resto del pan y el queso a Freddy, pues había perdido el apetito por completo.

Durante la hora siguiente permanecieron callados, pero cuando la tarde dio paso al crepúsculo, Charity sugirió detener el carruaje antes de que oscureciera demasiado, para que Freddy pudiera hacer sus necesidades. Por desgracia, en cuanto dejaron salir al perro, este desapareció entre los setos, y pasaron treinta tensos minutos esperando a que el desobediente sabueso regresara. Ir tras él era impensable, ya que uno de ellos, o ambos, podrían acabar perdidos sin remedio.

Para cuando Freddy reapareció junto al carruaje, ya había caído la noche, pero tanto el reverendo como Charity estaban demasiado aliviados por su regreso como para reprenderlo en exceso.

Hasta que notaron el tufo que los envolvía.

—Creo que ha debido de comerse algo que llevaba muerto mucho tiempo —murmuró el reverendo, arrugando la nariz por primera vez. Charity no se arriesgó a hablar, pues hacerlo habría implicado inspirar por la nariz. En su lugar, se llevó un pañuelo al rostro en un intento por mitigar el espantoso hedor, aunque no pudo hacer nada para contener el lagrimeo de sus ojos.

Cuando el carruaje atravesó por fin el empinado y accidentado camino que constituía el único acceso a Dartmouth, el olor se había vuelto tan insoportable que Charity estaba convencida de que iba a vomitar. El único aspecto positivo de aquella lamentable situación era que Freddy, hasta el momento, no había depositado dentro del carruaje los resultados de su malestar estomacal.

—Tenemos que parar, padre —murmuró Charity tras el pañuelo—. El pobre Freddy debe de estar sufriendo horrores.

—Ya te daré yo «pobre Freddy» —replicó el reverendo, golpeando el techo para llamar la atención del cochero. Este detuvo enseguida el carruaje a un lado del camino, cerca de un amplio descampado.

Charity trasteó con la portezuela hasta que consiguió abrirla y salió tambaleándose. Acto seguido, el sabueso saltó por delante de ella y corrió hasta perderse en la oscuridad.

—Soy demasiado viejo para andar deambulando por el maldito campo —murmuró el reverendo mientras bajaba del coche con dificultad. Charity no respondió, demasiado ocupada en llenar los pulmones con el aire fresco.

—¿Puedo ayudarles en algo?

La voz, surgida de la nada, era fuerte, educada, e inconfundiblemente masculina.

Cuatro

La única respuesta de su atacante fue un resoplido incrédulo y, con una última mirada burlona, el hombre se dio la vuelta y desapareció en la oscuridad. Jago murmuró una maldición y se metió las manos en los bolsillos, reprimiendo su rabia por haber sido burlado una vez más. Ahora, más que nunca, era esencial mantener la cabeza fría. Yacer en un callejón con la garganta cortada no era como había imaginado que terminaría su misión.

Con un suspiro, Jago emprendió el largo camino de vuelta a su alojamiento, agotado por completo. Cómo echaba de menos su casa en Tredennick... Pero, por mucho que lo deseara, no podía volver a Cornualles hasta que hubiera hecho justicia por su hermana.

En realidad, no parecía que hubieran pasado dos años desde la muerte de Genevieve. Por milésima vez, Jago recordó el día en que se enteraron de que su muerte no había sido un accidente. La habían empujado por aquel acantilado. Su único delito había sido estar a bordo de un barco que se creía que transportaba té.

Genevieve se alojaba con unos amigos en Londres cuando el navío mercante *Endeavour* atracó en el puerto. Tras descargar su mercancía, el barco se dirigía al puerto de Falmouth, el puerto base de su capitán. Como viejo amigo de la familia, el capitán Johnson se había ofrecido a llevar a Genevieve a Tredennick, a un paso de

Falmouth. Hacer ese viaje en barco sería más cómodo y mucho más rápido que en un carruaje.

Evidentemente, la información que habían recibido los contrabandistas era falsa. El *Endeavour* no transportaba té, pero eso no impidió que el cabecilla de la banda ordenara la muerte de todos los que iban a bordo. Después, el barco fue hundido y se difundió la noticia de que había naufragado en una tormenta.

Por muy trágico que fuera el suceso, todo habría terminado ahí de no haber habido un superviviente que revelara lo ocurrido: Genevieve Carlyon había sido asesinada junto con su doncella, el capitán y toda la tripulación.

Cuando el padre de Jago supo la verdad, la angustia le provocó un derrame cerebral que lo dejó inválido. Para su vergüenza, Morgan Carlyon se vio obligado a permanecer en cama mientras su hijo buscaba la venganza que él no podía llevar a cabo.

Jago suspiró de nuevo y se obligó a regresar al presente. No podía ayudar a su padre a volver a caminar, pero esperaba que enviar a la horca al asesino de Genevieve le proporcionara al menos un poco de paz.

Cerca de su alojamiento, Jago vio un carruaje que se dirigía hacia él. Frunció el ceño y se detuvo, preguntándose cuál sería su destino. Pese a la oscuridad, la escasa luz de los candiles que llevaba el cochero le permitían ver que no se trataba de un coche de alquiler. Y ya era tarde.

De repente, el carruaje se paró, se abrió la portezuela y un perro salió disparado, desapareciendo con rapidez entre la maleza al lado de la carretera. Acto seguido bajó una mujer, tambaleándose. Ella apoyó su espalda en el coche y comenzó a respirar profundamente; era evidente que estaba angustiada. Preocupado, Jago fue a su encuentro, justo cuando un hombre mayor empezaba a bajar por los estribos del carruaje.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Jago en voz alta. Sobresaltada, la mujer se volvió hacia él. Bajo la luz de los candiles, Jago pudo distinguir que era joven, pero poco más.

—¡No se acerque! —gritó ella en tono frenético.

—No tiene por qué preocuparse, señora —respondió Jago, deteniéndose como la dama le había pedido—. Solo regresaba a mi alojamiento y la vi bajar del carruaje. Su actitud denotaba cierta incomodidad, y yo... —Se calló cuando un olor espantoso le golpeó la nariz. De forma instintiva, se la tapó con la mano. ¿Qué diablos era ese hedor? ¿Llevaban un cadáver dentro del carruaje?

—Creemos que el maldito perro se comió los restos podridos de algún bicho —aclaró el hombre, el cual Jago veía ahora que era un clérigo—. No estoy seguro de que podamos quitarnos de encima este tufo. Nicholas no va a estar contento.

Jago giró la cabeza hacia donde había visto desaparecer al perro. No había ni rastro del animal.

—Tendremos que buscarlo, padre —declaró la joven—. Solo espero que consiga purgar lo que sea que haya comido.

—Según mi experiencia, los animales son mucho más eficaces que los humanos a la hora de eliminar el veneno —comentó Jago con solicitud. La muchacha se volvió hacia él con una expresión de sorpresa por el hecho de que estuviera aún allí. Inexplicablemente molesto por que ella hubiera olvidado tan pronto su presencia, Jago añadió—: ¿Quiere que le ayude a buscarlo?

Padre e hija hablaron al mismo tiempo.

—Eso no será...

—Eso sería muy...

Ambos se miraron fijamente.

—Bueno, soy demasiado viejo para arrastrarme por estos malditos arbustos —murmuró el clérigo al fin.

—No sabemos quién es este hombre —dijo la mujer, en un susurro alto que Jago pudo oír muy bien—. Podría tener la intención de asesinarnos... o algo peor...

Sacudiendo la cabeza, Jago luchó contra el impulso de marcharse sin más. Estaba cansado, y haber escapado por los pelos de la muerte lo había dejado bastante irritable.

—Señora —espetó—, si tuviera malas intenciones, no perdería el tiempo en mantener una conversación educada.

—¿Podemos ponernos en marcha de una maldita vez? —dijo una voz desde el pescante—. Se me están congelando las pelotas aquí arriba.

Jago miró al cochero con incredulidad, sin estar seguro de haber oído bien. Pero antes de que tuviera oportunidad de reprender al hombre por usar un lenguaje tan soez delante de una dama, esta levantó la vista y se disculpó.

—Perdóname, John, había olvidado que has hecho todo el viaje ahí fuera. Me esforzaré por encontrar a Freddy lo antes posible.

—Al menos no ha tenido que arriesgarse a morir por los vapores pestilentes —bufó el clérigo detrás de ella.

Ignorando a su padre, la dama se volvió hacia Jago.

—Si todavía se siente capaz de ayudarnos a buscar a Freddy, su oferta será muy bienvenida. —Ella hizo una pausa, indecisa—. Me llamo Charity Shackleford, y este es mi padre, el reverendo Augustus Shackleford. Le estamos muy agradecidos, señor.

Jago arqueó las cejas. Shackleford... Había oído ese nombre en alguna parte. Se encogió de hombros y apartó a un lado el pensamiento.

—Jago... Cardell, a su servicio, milady. —Hizo una ligera reverencia, esperando que no hubieran notado la pausa antes de decir su apellido. No podía arriesgarse a ser desenmascarado después de tanto tiempo. Miró al cochero—. Si me permite usar uno de los candiles, creo que tendremos mucho más éxito en encontrar al perro.

El cochero suspiró, desenganchó el candil más cercano a ellos y luego se inclinó para entregárselo a Jago.

—Padre, le sugiero que se resguarde del frío y entre en el carruaje. Con suerte, el olor será menos desagradable a estas alturas.

El reverendo no se movió, sin duda, preguntándose si estaba poniendo a su hija en manos de un sinvergüenza.

—Por el amor de Dios, padre —le urgió ella al notar su indecisión—, ahora no es momento de ser puritano. Estamos en un aprieto. Y cuanto más tiempo nos quedemos aquí discutiendo, más tardaremos en localizar a Freddy.

El reverendo resopló.

—Has cambiado de opinión, muchacha —dijo—. No te dejes engañar por su maldita cara bonita. —Sin embargo, se dio la vuelta y comenzó a subir al carruaje.

—¿Vamos, señorita? —murmuró Jago, sin prestar atención al rubor que coloreaba las mejillas de la joven bajo la luz del candil. Por supuesto, causado por las palabras de su padre. Ella no dijo nada, simplemente frunció los labios, se recogió las faldas y se dirigió hacia la sombría arboleda por la que había desaparecido el perro.

—Freddy —lo llamó ella en voz baja—. Ven aquí, chico.

Jago la siguió sosteniendo en alto el candil para iluminar todo lo posible a su alrededor. Él se mantuvo en silencio, por temor a que una voz extraña pudiera asustar al perro. Al cabo de unos cinco

minutos sin haber señales del sabueso, la voz de la muchacha se tornó ansiosa.

—¿Puedo hacerle una sugerencia, señorita Shackleford? —dijo Jago al fin. Sorprendida por su repentina intervención, ella se giró con rapidez y tropezó. Con un grito ahogado, cayó hacia él, agitando los brazos en un intento por recuperar el equilibrio. Obstaculizado por la lámpara de aceite que llevaba en la mano, Jago extendió con torpeza el brazo libre para frenar la caída de la muchacha. Por desgracia, la única parte de su cuerpo con la que su mano entró en contacto fue su pecho. Apenas tuvo tiempo de notar la tentadora sensación de sus curvas. Ella le dio una sonora bofetada en la cara y le apartó la mano de un tirón, con la mala suerte de que el brusco movimiento la hiciera girar y, en su caída, golpeara a Jago con un fuerte cabezazo en la nariz. Él lanzó un gruñido de dolor y cayó hacia atrás, aterrizando sobre su trasero con Charity Shackleford sentada en su regazo. Segundos después, la lámpara se apagó.

Se produjo un silencio sepulcral. De forma absurda, Jago sintió cómo comenzaba a agitarse bajo el contacto de ella contra su entrepierna, hasta que el escozor de su mejilla y el dolor en la nariz lo devolvieron a la realidad. En medio de una total oscuridad, notó que su carga comenzaba a temblar. Maldiciendo para sus adentros, abrió la boca para preguntarle si estaba herida, cuando de repente se dio cuenta de que la muchacha se estaba riendo Pero antes de que tuviera tiempo de procesar un acontecimiento tan inesperado, un estruendo surgió de la maleza frente a ellos. Segundos después, fueron abordados por una gran bestia peluda. Obviamente, Freddy no había salido muy mal parado de sus aventuras culinarias.

Percy se arropó hasta la barbilla con las mantas raídas. Tiritaba bajo el frío húmedo de la pensión mientras pensaba en el lío en el que estaba metido. Lo mirara como lo mirara, su primer deber era salvar el alma inmortal de su madre. Por supuesto, garantizar su liberación de la lúgubre celda en la que se encontraba actualmente era su

segundo objetivo. Y Percy no tenía ni idea de cómo iba a hacer ninguna de las dos cosas.

No estaba acostumbrado a lidiar con problemas tan complejos. Al menos, no sin ayuda. Recordó la carta que le había dejado al reverendo y ya se arrepentía de haber escrito que debía llevar a cabo él solo su misión. ¿En qué demonios había estado pensando?

Confesarle al reverendo que su madre estaba involucrada en asuntos de contrabando no era en absoluto lo mismo que admitirlo ante el duque de Blackmore. Y, de todos modos, era más que probable que el reverendo ya estuviera al tanto de tales actividades, dada la calidad del *brandy* que ambos disfrutaban casi todas las noches. Percy cerró los ojos con fuerza, preguntándose si el arresto de su madre era la forma en que el Señor lo castigaba por no haber hablado. Ignorar los trapicheos de su madre y la supuesta participación del reverendo era tan grave como perdonarlos.

Pero, sorprendentemente, en ese momento, a Percy no le importaba lo más mínimo si Augustus Shackleford era cómplice de los negocios ilegales de Mary Noon, solo deseaba que el reverendo estuviera allí para decirle qué hacer...

Era medianoche cuando el carruaje se detuvo frente al Castle Inn. De sus tres ocupantes, Freddy era sin duda el más animado. Lo que fuera que hubiera comido no había mantenido al perro quieto mucho tiempo. Sin embargo, tanto el reverendo como Charity parecían unos desenterrados, como sin duda habría dicho Prudence.

Charity sujetó la correa de Freddy y reprimió una mueca contraída cuando bajó del carruaje. Le dolían todos los huesos. Mientras esperaba a que su padre bajara, sus pensamientos volvieron de manera inevitable a la accidentada búsqueda del descarriado sabueso. Y más concretamente, al señor Jago Cardell.

No sabía nada de él, salvo que era alto. Ni siquiera había podido verlo bien en la oscuridad, por lo que solo podía imaginar su

aspecto. Aun así, había algo en él que le resultaba intrigante. Charity volvió a ruborizarse al recordar la comprometida situación en la que habían acabado. ¿Qué demonios habría pensado de ella? Sobre todo, después de aquel ataque de risa tan fuera de lugar. Reconocía que su reacción había rozado el histerismo, y eso no solía ser propensa a tales exageraciones.

Decidió apartar a un lado aquel asunto. Era improbable que volviera a encontrarse con ese hombre y, por el momento, debía concentrarse en ayudar a su padre a sacar a Mary Noon de la cárcel. Por muy culpable que fuera la mujer, también era la madre de Percy, y los Shackleford tenían con él una deuda difícil de saldar, aunque buena parte de esta se debiera a los repetidos e inútiles intentos de Percy por evitar que su superior se metiera en líos.

Una vez que los mozos de cuadra se llevaran el carruaje y los caballos, Charity y el reverendo tuvieron la suerte de que les asignaran sus propias habitaciones, pequeñas, pero agradablemente amuebladas. Al entrar en su alcoba, Charity se desabrochó la capa con cansancio, mientras una criada se afanaba en avivar el fuego de la chimenea y colocar un calentador en la cama.

En cuanto la criada se marchó, Charity se desnudó y se metió agradecida en la cama. En cuestión de minutos estaba profundamente dormida.

Cinco

—¿Vas a dejar que se pudra allí, Jack? ¿Y si decide contarlo todo?

—Mary sabe muy bien lo que hace. Si se le ocurre delatarnos, acabará dentro de uno de esos barriles.

El jefe de la banda de contrabandistas de Hope Cove, conocido simplemente como Jack, señaló con la cabeza los toneles de *brandy* que varios hombres arrastraban hasta la superficie. Había veinte en total; los habían traído hacía más de una semana y los habían mantenido bajo el agua, sujetos con pesas, para esconderlos de los recaudadores. Una vez fuera de la playa, llevarían el cargamento media milla tierra adentro y lo esconderían en el sótano del Kings Arms.

Jack echó un vistazo atrás y distinguió a los doce hombres fornidos encargados de transportar la mercancía, apostados en la orilla. Cada uno tenía a sus pies un par de pequeños barriles llenos de licor, listos para llevarlos al primer escondite.

—¿Y qué dijo nuestro amigo Cardell? —preguntó Jack, mientras recorría con la mirada los acantilados que rodeaban la cala apartada donde se encontraban.

—Cree saber algo, pero quiere parte del pastel antes de soltar prenda. Dice que solo hablará contigo.

Jack fijó los ojos en el hombre enjuto que tenía a su lado.

—Dile a Flynn que se ocupe de él. Quiero enterarme de todo lo que sepa Cardell. Primero me lo contará y después decidiremos. Si se niega a hablar, dile a Flynn que le saque la información a golpes, luego que le corte el maldito cuello y le envíe al fondo del mar.

A pesar del cansancio, Charity se despertó temprano a la mañana siguiente; lo primero en lo que pensó fue en su hermana gemela. A esas alturas, Chastity y Grace ya habrían llegado a Torquay. Charity envidiaba el tiempo que ambas pasarían junto a Faith, aunque comprendía el motivo de Grace para no llevarlas a las dos a Redstone House.

Dejar solo al reverendo no era una opción y, aunque quien en realidad necesitaba salir de Blackmore era Chastity, enviarla a acompañar a su padre habría sido como echar leña al fuego, incluso cuando Grace creía que él simplemente iba a asistir a un enfermo en su lecho de muerte.

Charity dejó escapar un suspiro, apartó la colcha y se estremeció por el frío. Intrigada, se acercó a la ventana y miró a través de las cortinas. Aún faltaba más de una hora para el amanecer; era demasiado pronto para que la criada viniese a reavivar el fuego. Charity pegó la nariz al cristal y miró hacia el patio. Las velas titilantes que proyectaban sombras fantásticas por todo el patio delataban que, a pesar de lo temprano que era, no todo el mundo seguía durmiendo.

Envuelta en una manta, Charity se dirigió con cuidado hacia la chimenea, guiándose únicamente por el leve resplandor de las ascuas de la noche anterior. Se agachó frente al hogar, tomó el atizador y removió las brasas. Por suerte, aún quedaba suficiente calor y, tras unos instantes, añadió más carbón del cesto antes de sentarse sobre los talones a esperar que prendiera.

Cuando el fuego empezó a iluminar la estancia, Charity echó un vistazo alrededor y, al distinguir el contorno de dos candelabros junto a la cama, se puso en pie. Cogió uno, lo acercó al fuego y, sosteniendo la vela sobre la pequeña llama, consiguió encender la mecha. Si Grace hubiera estado presente, sin duda le habría dedicado una buena reprimenda por correr semejante riesgo.

Dejó el candelabro en la mesilla, cogió su libro y estaba a punto de acostarse cuando, de repente, oyó pasos. Charity frunció el ceño y se detuvo, recordando que solo ella y su padre ocupaban las dos habitaciones del último piso de la posada. De pronto, se preguntó si él estaría en apuros, así que se deslizó fuera de la cama y corrió hacia la puerta. La entreabrió y asomó la cabeza, justo a tiempo de ver a su padre bajando por las estrechas escaleras. La luz de la vela que él llevaba en la mano permitía ver que estaba vestido y, aunque Charity solo alcanzaba a distinguir su espalda mientras descendía con cuidado los peldaños, resultaba evidente que Freddy no lo acompañaba. Una sensación de pánico la invadió. ¿A dónde demonios iría su padre a esas horas? Desde luego, no a sacar al perro para que hiciera sus necesidades.

Charity cerró la puerta con suavidad y permaneció quieta unos segundos. Le resultaba imposible volver a la cama como si nada. Se puso el vestido y la capa con rapidez y se calzó los botines sin medias, lo que le costó varios intentos, porque el cuero frío le entumecía los pies. Al abrir la puerta hacia el descansillo, se encontró de nuevo rodeada de oscuridad. No había rastro de su padre, y Charity no tenía ni idea de dónde podía haber ido.

Contuvo las ganas de dar un pisotón de frustración y reflexionó. Vagabundear a ciegas por la posada sería una temeridad. ¿Qué estaría tramando su padre y por qué no se había llevado a Freddy? De pronto, se le ocurrió una idea y, antes de pensar si se había vuelto loca de remate, fue a buscar el candelabro, salió al pequeño rellano y cerró la puerta tras de sí.

Pocos segundos después, abrió la puerta del cuarto de su padre, donde Freddy alzó la cabeza, somnoliento.

—Buen chico, Freddy —susurró Charity, a la vez que entraba con la vela en alto para buscar la correa. Una vez la encontró, se la puso al perro y lo obligó a bajar de la cama. La mirada de disgusto que le dirigió el sabueso no dejó lugar a dudas; estaba claro que Freddy pensaba que su dueña había perdido el juicio.

—Puede que tengas razón, chico —murmuró ella, buscando algún objeto de su padre que el sabueso pudiera olfatear. Por fin, encontró un pañuelo razonablemente limpio, hizo una mueca y se lo acercó a la nariz de Freddy—. Busca —le susurró. El perro bostezó y luego la miró. Por un segundo, Charity pensó que iba a ignorar su orden, no habría sido la primera vez, pero al cabo de unos segundos, Freddy husmeó el pañuelo y trotó hacia la puerta.

Con la correa en una mano y el candelabro en la otra, Charity lo siguió por las escaleras, tratando de no tropezar con su vestido. En el rellano de abajo, el sabueso se detuvo y levantó el hocico, mientras ella miraba con aprensión la oscuridad que envolvía el estrecho pasillo. Después de casi medio minuto, en el que Charity creyó que el corazón se le iba a salir del pecho, él volvió a olfatear el suelo y continuó hasta el siguiente tramo de escaleras, que por suerte eran mucho más anchas.

Freddy no volvió a levantar la cabeza hasta que llegaron a las zonas comunes de la posada. Para horror de Charity, el perro fue directo hacia la puerta principal, mirándola expectante. Ella podía sentir las frías losas bajo las delgadas suelas de sus botines. Cuando había vuelto a su habitación a por la vela, se había olvidado de ponerse las medias.

Si su padre se había aventurado fuera de la posada, era imposible que pudiera ir tras él. Se sintió desfallecer y vaciló ante la puerta. Aquello era una locura. Debería regresar a su cuarto sin perder un minuto.

Ya estaba dando un paso hacia la escalera, cuando de repente oyó voces. Entró en pánico, miró a su alrededor y por fin divisó otra puerta a la izquierda. Corrió hacia ella, arrastrando a Freddy por la correa. Por fortuna, la puerta no estaba cerrada con llave, así que la abrió de golpe, se coló en la habitación y, tras conseguir que el sabueso entrara, cerró a toda prisa.

Se encontraba en lo que parecía ser un pequeño despacho. Ignorando su pulso acelerado, Charity colocó el candelabro en una mesa baja, lejos de la puerta, para evitar que se filtrara por debajo, y luego aguzó el oído.

Miró a Freddy y se llevó el índice a los labios en un gesto de silencio.

—Calla, amigo... —le susurró, antes de entreabrir la puerta.

Al otro lado, todo estaba oscuro y ya no se oía ninguna voz. Pero, poco a poco, comenzó a aparecer una luz que iluminó un corredor estrecho que antes no había visto. Observó cómo el punto luminoso se convertía en dos, acercándose con movimientos irregulares, hasta que las siluetas de los muebles en el vestíbulo empezaron a perfilarse. Charity contuvo la respiración y esperó.

—Esto no es seguro, Jack. Hay demasiados huéspedes en la posada. Si esto sigue así, todos acabaremos en la maldita horca por la mañana.

—No vivirás tanto si no te callas —respondió Jack con una indiferencia escalofriante. Su tono despreocupado hizo que la amenaza resultara aún más aterradora y, sin saber por qué, a Charity se le erizó el vello de los brazos. Freddy, por su parte, también lo notó y lanzó un gruñido bajo en señal de advertencia.

Charity se agachó de inmediato y lo atrajo hacia sí. Le cubrió el hocico con la capa y le acarició las orejas con los dedos temblorosos. Cuando el perro se calmó, ella volvió a ponerse en pie, impaciente por ver el rostro del hombre que había pronunciado aquella

amenaza. Aferrando el collar de Freddy, miró de nuevo por la rendija de la puerta.

Los dos hombres habían llegado al vestíbulo. Charity vio entonces que uno de ellos era el posadero. Este se retorcía las manos con nerviosismo, por lo que resultaba evidente que no había sido él quien había lanzado la amenaza. El otro, al que el posadero había llamado Jack, era un individuo alto y delgado, con el cabello largo y descuidado. Su rostro, iluminado por la vela que llevaba, no tenía nada de particular, pero había algo en su mirada que a Charity le heló la sangre.

—¿Cuándo será el próximo envío? —preguntó el posadero, en un tono mucho más sumiso.

—Ya me pondré en contac...

Justo entonces, Freddy soltó otro gruñido. Jack se calló al instante y miró en dirección al despacho. Charity reprimió un gemido de terror, se agachó de nuevo y le tapó el hocico a Freddy. Ella cerró los ojos con fuerza y se quedó muy quieta, con su cabeza cubriendo la del sabueso. Solo había sentido un miedo semejante aquella vez en que Anthony estuvo a punto de ahogarse en la laguna de Wistman.

El silencio se alargó eternamente en el vestíbulo, hasta que, al fin, Jack volvió a hablar con la misma frialdad de antes.

—Te aconsejo que mantengas a ese chucho callado, Charlie, o le cortaré el cuello.

El posadero murmuró algo, pero, fuera lo que fuese, el sonido fue aplastado por el repentino golpeteo de unos pasos en el suelo de piedra. Cuando los pasos se acercaron a su escondite, Charity cubrió el hocico de Freddy con la mano y luchó por contener el llanto. Por suerte, las pisadas pasaron de largo y, al cabo de unos segundos, ella oyó cómo se abría y cerraba la puerta principal.

Poco después, Charity pudo escuchar los pasos del posadero alejarse en dirección opuesta. Charity permaneció inmóvil durante al menos

cinco minutos tras desaparecer la última chispa de luz bajo la puerta. Por fin, se atrevió a incorporarse, tragó saliva y, venciendo el miedo, asomó la cabeza con cautela por la rendija. Al confirmar que el vestíbulo estaba desierto, agarró el candelabro y subió a toda prisa a su habitación.

—¿Estás ahí, hija? ¡Alguien se ha llevado a Freddy!

Los gritos y los golpes de su padre en la puerta la despertaron. Aturdida, Charity se giró sobre el colchón y se encontró cara a cara con... Freddy. ¿Qué...? Trató de incorporarse, lo cual no resultaba fácil con una mole peluda de más de quince kilos tumbada en la cama, sin ninguna intención de moverse. Ella dejó escapar un gemido al recordar lo ocurrido de madrugada.

—¡Por el amor de Dios, entre ya, padre! —gritó Charity, con la cabeza a punto de estallarle.

El reverendo irrumpió en la alcoba, hecho un manojo de nervios, y se detuvo en seco al ver al sabueso tan campante sobre la cama de su hija.

—¿Se puede saber qué haces con Freddy? —preguntó.

—¿Y se puede saber qué hacía usted dando vueltas antes del amanecer? —replicó ella con sarcasmo.

El reverendo abrió la boca para contestar, pero se había quedado mudo y volvió a cerrarla.

—Si tiene la bondad de salir de mi dormitorio, padre —continuó Charity en tono mordaz—, me vestiré y me reuniré con usted abajo. Naturalmente, estoy deseando saber dónde se había metido esta mañana. Estoy segura de que Freddy también. —Ella dirigió una mirada al sabueso, que seguía tan tranquilo como si no hubiera pasado nada—. Quizá podríamos comentarlo mientras desayunamos —propuso.

Augustus Shackleford parecía preferir desayunar con el mismo diablo antes que quedarse allí, pero no dijo nada más. Refunfuñó y llamó a Freddy, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Charity soltó un suspiro y, por segunda vez en la jornada, se levantó de la cama.

Seis

La lluvia que había caído durante la noche había convertido los callejones de Dartmouth en un lodazal, y Jago no pudo evitar soltar una maldición en voz alta mientras sorteaba los charcos más grandes.

No podía negarlo: el día anterior había sido un desastre. Justo cuando creía estar cerca de descubrir la identidad del misterioso Jack... Suspiró, frustrado. Si el líder de los contrabandistas no mordía el anzuelo... Bueno, la verdad era que ya no se le ocurría nada más.

Y, para colmo, estaba agotado por completo. Llevaba casi dos años tras la pista del hombre al que culpaba de la muerte de su hermana. Primero en Kingsbridge y Salcombe. Dieciocho meses trabajando con los pescadores locales de Salcombe mientras se integraba poco a poco en la pequeña comunidad de contrabandistas que operaba en torno al estuario de Kingsbridge. Le había llevado casi un año ganarse la confianza suficiente para participar en las operaciones, y casi otros seis meses más hasta que, por fin, oyó mencionar el nombre de Jack.

Poco a poco, se dio cuenta de que los hombres con los que trabajaba eran peces pequeños. En su mayoría, simples pescadores que intentaban ganarse un sobresueldo como «comerciantes libres».

Se mantenían bien alejados de las bandas más grandes y organizadas del este. Más organizadas e infinitamente más despiadadas, formadas por individuos que no dudaban en arrojar a personas inocentes por un acantilado para proteger su anonimato.

La más notoria de ellas era la banda de Hope Cove, liderada por el hombre que se hacía llamar Jack. Nadie parecía saber cuál era su verdadero nombre ni siquiera cómo era físicamente. Era solo un fantasma, un hombre del saco con el que asustar a los niños. La banda operaba desde Seaton, en el este de Devon, hasta Falmouth, en Cornualles. Con solo un puñado de funcionarios de Aduanas entre Dartmouth y Plymouth, podían dedicarse a sus negocios ilegales casi sin obstáculos.

Tres meses atrás, Jago oyó el rumor de que el escurridizo Jack tenía en Dartmouth su centro de operaciones. Según contó un pescador borracho, Jack parecía disfrutar poniendo a prueba a las autoridades.

El resto de los pescadores tacharon la historia de disparatada, pero Jago percibió el miedo que se escondía tras sus risas burlonas.

Durante los meses siguientes, Jago dejó caer de forma discreta que estaría interesado en unirse a la banda de Hope Cove, pero, aunque sus compañeros lo tomaron por loco, nadie se puso en contacto con él.

Al final, Jago hizo su equipaje y recorrió a pie los casi cuarenta kilómetros de costa que separan Salcombe de Dartmouth, donde se enroló como peón descargando mercancía legal en el bullicioso puerto. Era un trabajo agotador, pero Jago creía de verdad que por fin estaba cerca de infiltrarse en la famosa banda de contrabandistas.

Por desgracia, la noche anterior había quedado claro que Jack tenía poco interés en la supuesta información que él pudiera tener, y aún menos en reclutarlo. Es más, le había advertido que se mantuviera alejado.

Jago volvió a maldecir al llegar al muelle. El tiempo se le acababa. No podía ausentarse de Wheal Tredennick indefinidamente. Dejar la mina en manos de su padre, destrozado y amargado, acabaría por llevarlos a la ruina. Tenía que resolver aquel asunto, y rápido.

—¡Rayos y centellas, Freddy, muchacho! —exclamó el reverendo Shackleford mientras veía cómo el sabueso levantaba la pata sobre algo repugnante en el callejón detrás de la posada—. Con seis hijas prácticamente imposibles de manejar, cabría esperar que el Altísimo me hubiera concedido al menos una criatura obediente.

Freddy levantó la vista y movió la cola y, aunque la respuesta del sabueso no le proporcionó el mismo consuelo que sin duda le habría dado la de Percy, el reverendo decidió tomarlo como un sí.

Suspirando, Augustus Shackleford regresó al pequeño salón de la posada, donde Charity ya le esperaba, con los pies repiqueteando de impaciencia y una bandeja de pan y mantequilla sobre la mesa.

—¿Qué tiene que decir en su defensa, padre? —le soltó ella en cuanto él tomó asiento.

—¿Has pedido té? —replicó el reverendo, con la evidente intención de ganar tiempo. Charity frunció los labios y asintió con la cabeza. Lo cierto era que el susto de la madrugada anterior le había dejado mucho más enfadada con su padre de lo que habría estado en otras circunstancias. No solía sentirse superada por las situaciones, pero, mientras estuvo acurrucada en el pequeño despacho de la posada, Charity había experimentado un pánico hasta entonces desconocido.

Para alivio del reverendo, la criada apareció en ese momento con dos tazas de té y unas conservas, lo que le concedió a Augustus un breve respiro. Por desgracia, no duró mucho y solo le dio tiempo a dar un bocado. Ante la mirada glacial de Charity, el reverendo suspiró y dejó el trozo de pan de nuevo en el plato.

—Estaba preocupado por Percy —admitió con una mueca incómoda —. Solo de pensar que estuviera vagando por... bueno, por cualquier

lugar que no fuera Blackmore... —Hizo una pausa, frunciendo el ceño—. Ese cabeza hueca podría acabar siendo deportado.

—¿De Dartmouth? —repitió Charity, incrédula—. Creo que subestima usted a Percy, padre. Él tiene más sentido común del que le atribuye.

—No le conoces como yo —refunfuñó el reverendo—. No está acostumbrado a hacer nada sin mi orientación.

Charity soltó un resoplido poco educado.

—¿Y por qué demonios le buscaba en mitad de la noche? —se limitó a preguntar.

—No podía dormir. Y tampoco era tan tarde. Al fin y al cabo, estoy al servicio de la Iglesia y estoy acostumbrado a levantarme para los maitines —declaró su padre, en un tono exageradamente piadoso.

—Tres veces al año, si acaso —se burló Charity—. ¿Y qué habría pasado si le hubieran atacado? Podría usted estar todavía tirado en una cuneta.

—No hay muchos dispuestos a arriesgarse a bajar por esas escaleras resbaladizas para asaltar a un hombre de Dios —repuso el reverendo, tocándose la nariz y lanzando una mirada cómplice al suelo.

Charity volvió a resoplar, aunque en el fondo el comentario la tranquilizó. La preocupación de su padre por su coadjutor era admirable.

—Debería haberse llevado a Freddy —apuntó ella entonces, mientras se servía una rebanada de pan—. Si hubiese utilizado el olfato del perro, ya habría dado con Percy.

—Me preocupaba más el ruido que pudiera hacer —confesó el reverendo—. Confiar en la nariz de Freddy en Blackmore es una cosa, pero hacerlo en una ciudad desconocida... —Se estremeció

antes de añadir—: Podríamos haber acabado en el dichoso río. Por cierto, ¿qué hacía Freddy en tu dormitorio?

Charity untó generosamente el pan con mantequilla y mermelada de grosellas antes de responder. En realidad, no tenía claro qué debía decir. Acusar al posadero de estar implicado en actividades de contrabando... bueno, eso no ayudaría en nada a Mary Noon.

Aun así, Charity tenía la intuición de que el hombre llamado Jack era tan peligroso como despiadado. La indiferencia con la que él había hablado de degollar al perro... Charity volvió a sentir el mismo escalofrío que la recorrió mientras lo espiaba. De eso estaba segura: ese hombre era perverso. Lo mejor era que su padre no supiera de su existencia, y mucho menos que este llamara la atención de él.

—Pensé en utilizar a Freddy para averiguar adónde había ido usted —respondió ella con cautela, después de tragar un bocado de pan—. De hecho, siguió el rastro de su pañuelo sin dudarlo y me llevó directa a la puerta principal.

—¡Rayos y centellas, hija! No me digas que estuviste deambulando por las calles de Dartmouth de madrugada. —El horror en la voz del reverendo la reconfortó, hasta que él añadió—: Me va a costar una fortuna sacar de la cárcel a la madre de Percy. Si tuviera que liberarte a ti también, acabaría en la ruina.

—Su preocupación por mi bienestar es alentadora, padre —replicó Charity—. Puede estar seguro de que tengo el suficiente sentido común para no recorrer Dartmouth a oscuras. —Ella entornó los ojos —. Y estoy convencida de que no piensa usted gastar ni una moneda en comprar la libertad de la señora Noon.

El reverendo bufó y se sirvió más té.

—En cualquier caso, usar a Freddy para encontrar a Percy a la luz del día no nos va a meter en tantos líos —reflexionó él segundos después.

—¿Por qué no esperarle en la prisión? —propuso Charity—. Si Percy quiere ver a su madre, aparecerá por allí antes o después.

—Puede ser —admitió su padre—, pero, conociendo a Percy, podría terminar en el calabozo antes de llegar siquiera a la cárcel.

—Eso solo ocurre cuando usted lo acompaña, padre —declaró Charity, empujando la silla hacia atrás—. ¿Tiene algo de Percy que pueda darle a oler a Freddy?

El reverendo Shackleford se levantó con el ceño fruncido.

—Solo la carta que me dejó.

—Eso debería bastar —aprobó Charity—. Mientras va usted a por la carta, creo que iré dando un paseo hasta el muelle. Me llevaré a Freddy —añadió, al ver que su padre iba a protestar—. Le sugiero que nos encontremos junto al río en quince minutos.

Dicho esto, Charity se puso los guantes, tomó la correa del perro y salió de la posada, dejando a su padre allí sentado, murmurando algo sobre hijas demasiado mandonas.

Charity se abrió paso por las carreteras embarradas hacia el río, disfrutando del ajetreo y el bullicio de la concurrida ciudad. El aroma del pan recién horneado competía con los detritos que cubrían los caminos y el hedor a pescado. Por encima de todo, flotaba el aire salado mar. Freddy, por su parte, disfrutaba aún más de la variedad de olores y, cuando no husmeaba en la porquería del suelo, alzaba el hocico y olfateaba con entusiasmo. Acostumbrada a los olores limpios del campo, Charity llegó a pensar que aquella mezcla era demasiado intensa. No se parecía en nada a Torquay, la única ciudad costera que había visitado, mucho más elegante y apacible.

Pero, con tantas cosas nuevas que ver, pronto se olvidó del olor. Por todas partes se respiraba vida, energía y la promesa de infinitas posibilidades. Desde allí había zarpado el Mayflower rumbo a América.

Al acercarse al río, Charity se detuvo al ver dos grandes barcos mercantes. Un grupo de hombres robustos descargaba la mercancía entre gritos y risas. Charity se preguntó si alguno de esos barcos habría sido víctima de los contrabandistas... o si tal vez los dueños de los navíos habían compartido con ellos de buen grado parte del cargamento. Sin atreverse a acercarse demasiado, observó cómo desembarcaban barriles de licor. ¿Habría obtenido Mary Noon su *brandy* de algún barco como estos?

Al oír pasos a su espalda, Charity se volvió y vio a su padre corriendo hacia ella, agitando en el aire la carta de Percy como si fuera un trofeo.

—¡Caramba! No estoy hecho para estos trotes tan temprano —resolló el reverendo al llegar a su lado.

—¿Quiere usted sentarse un momento? —preguntó Charity, reparando en el rostro enrojecido de su padre.

Él le lanzó una mirada irritada.

—Todavía no me he ganado ese derecho —gruñó. Como respuesta, ella le entregó la correa de Freddy con un suspiro—. Muy bien, Freddy, amigo —dijo el reverendo—. Esta es tu oportunidad de redimirte, después del desastre de anoche. —Acercó la carta al hocico del sabueso. Freddy empezó a mover el rabo y lamió el papel, sin duda captando el olor de su persona favorita. El reverendo asintió, satisfecho—. Busca a Percy, Freddy —ordenó. Al ver que el perro no se movía, añadió—: Vamos, chico.

El sabueso volvió a olisquear la carta y, de pronto, salió disparado en dirección a las barcas de pesca amarradas río arriba.

—¡Rayos y centellas...! —chilló el reverendo al notar cómo la correa tiraba de su brazo y se veía arrastrado tras el perro.

—¡No le suelte, padre! —gritó Charity, levantándose las faldas y lanzándose en su persecución.

El reverendo no contestó, ocupado en mantener el equilibrio.

—¡Freddy, despacio! —bramó, después de estar a punto de caerse de bruces por tercera vez. Pero el sabueso estaba demasiado concentrado en encontrar a su adorado proveedor de pudin de pan y mantequilla para hacerle caso, o tal vez decidió hacerse el sordo. Probablemente ambas cosas.

Pocos segundos después, llegaron a la primera de las barcas de pesca. En ese momento, el pudin de la señora Tomlinson pasó a un segundo plano frente al gran barril de tripas de pescado que Freddy acababa de descubrir.

El sabueso dio un brinco y logró volcar el tonel, haciendo que la masa apestosa se desparramara por el suelo.

Luego, ignorando el grito de advertencia que le lanzó un pescador desde la barca, Freddy saltó por encima del barril caído y fue directo a reclamar su premio.

Demasiado tarde, el reverendo soltó la correa, pero, por desgracia, el salto de Freddy había hecho que el barril rodara hacia él. Con un golpe sordo, Augustus Shackleford tropezó y cayó con todo su cuerpo extendido sobre el barril, que comenzó a rodar en dirección contraria.

Con un grito ahogado, Charity se detuvo y se llevó la mano a la boca mientras veía a su padre caer con agonizante lentitud de cabeza sobre el montón de vísceras de pescado. Por un instante, tuvo que luchar para no echarse a reír, y corrió a ayudarle.

—Pero ¿qué diablos está haciendo, señor? —le preguntó al reverendo una voz familiar—. No sabía que estuviera en Dartmouth.

—No se quede ahí parado, Percy, venga aquí y écheme una mano de una vez.

Siete

Una hora después, estaban sentados en una acogedora cafetería, llamada de forma muy acertada El Descanso del Pescador, lo que significaba que nadie se fijó en el leve olor a pescado rancio que desprendía la segunda mejor levita del reverendo Shackleford. Eso sí, a este no le faltaron palabras para hablar sobre los perros desobedientes y lo que le costaría que le limpiasen la aromática prenda.

—Al menos ha encontrado a Percy —argumentó Charity.

—Y le aseguro que me alegra mucho verle, señor —añadió el coadjutor con sincera emoción.

—¿Ha visto usted a su madre, Percy? —preguntó Charity.

—No... No la he visto... —murmuró el hombre bajito, con aspecto de estar a punto de echarse a llorar.

El reverendo suspiró y le dio a Percy una palmadita en la espalda.

—Para eso estamos aquí, muchacho —le tranquilizó—. En cuanto terminemos, iremos directamente a la cárcel.

Su conversación se vio interrumpida por un repentino y fuerte gemido procedente del exterior de la cafetería, donde habían dejado atado a Freddy para obligarlo a reflexionar sobre sus fechorías. Por

supuesto, también cabía la esperanza de que el aire fresco del mar le hiciese olvidar el tufo a pescado podrido que seguía pegado a su olfato. En realidad, el sabueso no parecía muy dado a la introspección y los miraba con el hocico aplastado contra las ventanas.

Charity, que se sentaba frente a estas, soltó un pequeño grito al ver pasar por la calle a un hombre alto, quien se detuvo junto a Freddy.

Ella observó cómo el hombre se inclinaba hacia el perro para acariciarlo. Acto seguido, el hombre frunció la nariz y se echó hacia atrás. Entonces, Charity pudo oír su voz, amortiguada por los cristales.

—Vaya, amigo —dijo él—. No me extraña que te hayan dejado aquí fuera. Otra vez en líos, ¿eh? —Al incorporarse, su inesperado salvador de la noche anterior se quedó mirando hacia el interior del local.

Charity luchó contra el impulso de agacharse. Quizás el señor Cardell no la reconocería a la luz del día. Sin embargo, al fijarse en su rostro moreno, Charity supo de inmediato que ella sí lo habría reconocido en cualquier parte. Percibió el instante en que él la identificó, y su expresión le aceleró el pulso: reflejaba sorpresa, sí, pero también algo más, una cautela que rozaba el temor. Confundida, Charity bajó la vista hacia su té. Puede que la noche anterior hubiera hecho el ridículo, pero desde luego no había motivo para que él la mirase de ese modo. Charity mantuvo los ojos fijos en la mesa, esperando que siguiera su camino, hasta que oyó la campanilla de la puerta cuando esta se abrió.

Unos segundos después, Jago Cardell estaba ante su mesa.

—Señorita Shackleford, reverendo Shackleford, es un placer volver a verlos —saludó con una leve inclinación—. Confío en que no hayan sufrido ninguna consecuencia adversa tras nuestra pasada aventura. —Hizo un gesto hacia la ventana, y añadió con una media sonrisa—: Veo que Freddy vuelve a las andadas.

Charity, sorprendida de que él recordara el nombre del perro, alzó por fin la cabeza y se quedó boquiabierta. Jago Cardell era... imponente. ¿Cómo no se dio cuenta la noche anterior? Debía de medir un metro noventa por lo menos. Su ropa no podía ocultar sus musculosos brazos, y sus manos eran del tamaño de un plato de postre. Sin poder evitarlo, Charity recordó el percance con el coche, y se preguntó cómo se sentiría envuelta por completo por sus grandes brazos. Abochornada ante semejante pensamiento, lo apartó a un lado con rapidez.

—Señor Cardell —dijo su padre en tono jovial—. Sin duda, este es un encuentro de lo más afortunado. ¿Puedo invitarle a una bebida caliente en agradecimiento por su oportuna ayuda de anoche?

—Por desgracia, mi turno en el astillero comienza en diez minutos, y allí no se muestran muy comprensivos con los rezagados —se excusó Jago, con una sonrisa resignada.

Charity siguió mirándolo con curiosidad. Vestía como un sencillo trabajador, pero su voz y sus modales eran los de un caballero.

—Quizá le gustaría acompañarnos a cenar esta noche, señor Cardell —dijo ella de pronto, asombrada por su propio atrevimiento. Él la miró directamente por primera vez, y Charity contuvo el aliento. Sus ojos tenían el color de la miel oscura, enmarcados por unas largas pestañas negras.

La observó durante un segundo, como si no supiera cómo responder, y luego hizo una breve reverencia.

—Será un honor, señorita Shackleford. Mi turno termina al anochecer.

—Excelente —intervino el reverendo Shackleford—. Nos alojamos en la posada Castle Inn, señor Cardell. Le esperaremos en la taberna. —Se giró hacia Percy, que había permanecido en un silencio incómodo durante toda la conversación—. Este es mi coadjutor, el señor Percy Noon. Esta noche cenará con nosotros.

Percy le lanzó al reverendo una mirada sobresaltada.

—Oh, yo no estoy del todo...

—¿A las ocho está bien? —dijo Augustus Shackleford, antes de que Percy comenzara a soltar una retahíla de excusas.

Jago inclinó la cabeza hacia el coadjutor y luego se volvió hacia el reverendo.

—Será un placer. —Esbozó una sonrisa lenta, que a Charity le provocó una extraña sensación en el estómago.

—Tienen una carta estupenda, o eso dicen —dijo ella, sin ocultar su entusiasmo.

¡Cielos! Se estaba volviendo igual que Chastity. Avergonzada, bajó la vista para mirar sus manos, sintiendo cómo se le encendían las mejillas. Unos minutos después, para su alivio, el señor Cardell se despidió y se marchó.

—¿Cree usted que es buena idea hacer tan visible nuestra presencia aquí, señor? —preguntó Percy en voz baja.

—El señor Cardell puede sernos de gran ayuda —replicó el reverendo, sin dar importancia a la preocupación de su coadjutor—. Seguramente conoce a personas a las que nosotros no tenemos acceso. —Apuró el té de un trago—. Vamos, ha llegado el momento de ir a ver a Mary para averiguar cómo están las cosas, si queremos zanjar todo este asunto. No conviene que nos demoremos en Dartmouth más de la cuenta. Agnes me va a colgar por las tripas si no regreso antes de que se le acaben las sales.

Jago maldijo para sus adentros mientras se encaminaba hacia los muelles. ¿En qué demonios había estado pensando al aceptar una invitación así? Precisamente a cenar, nada menos. ¿Tan necesitado estaba de la compañía de una cara bonita, como para arriesgarlo todo? Si alguien relacionado con la red de contrabando lo veía

cenando con unos desconocidos, lo más probable era que levantara sospechas y, desde luego, arruinaría cualquier posibilidad de averiguar la identidad del escurridizo Jack, por remota que fuera esa posibilidad en ese momento. Tendría que cancelar su compromiso.

Decidido, intentó olvidar el asunto y se dirigió hacia el primer barco mercante atracado. Por desgracia, el rostro de Charity Shackleford no era tan fácil de borrar de su mente. Recordó el momento en que ella chocó con él y, por absurdo que resultara, sintió una excitación inconfundible.

¡Maldita sea! Estaba comportándose como un chiquillo. A sus veintinueve años, ya debería haber aprendido a controlarse. Era cierto que hacía casi tres años que no se perdía en la suavidad del cuerpo de una mujer, pero no podía permitirse esa clase de distracciones después de tanto tiempo. Lo único que importaba era obtener justicia para su hermana.

La cárcel de Dartmouth se encontraba sorprendentemente cerca de la posada Castle Inn, en Hanover Place. De hecho, al reverendo Shackleford le resultó inquietante pensar que había pasado la noche a menos de cincuenta metros de unos posibles candidatos a la horca. No obstante, le consolaba saber que la cárcel estaba, en realidad, a solo unos pasos de la iglesia de St. Saviour, y, como el Altísimo sabía muy bien que se hallaban allí en una misión piadosa, el reverendo estaba —casi— convencido de que la cercanía de cualquier granuja tras los barrotes no iba a suponerles peligro alguno.

Por fortuna, el único granuja encerrado en ese momento era la madre de Percy. En realidad, la cárcel de Dartmouth resultó ser una decepción.

Constaba de dos salas abovedadas cuyo hedor se percibía a varios metros de distancia, y el único guardia —si es que a semejante zángano podía dársele tal título— estaba sentado en el escalón de la puerta, comiendo pan y queso.

—Quiero hablar con la prisionera —exigió el reverendo Shackleford, en ese tono grave que solía reservar para los feligreses más díscolos.

—¿Y pa' qué quiere verla? —El hombre se encogió de hombros—. ¿Va usted a salvarla, reverendo? —Se echó a reír, dándose una palmada en el muslo—. Aunque escape de la horca, esa arpía no entrará en el cielo ni a patadas.

—¡Así te saquen los ojos, Joseph Smith! Si acabo en el infierno, tú vienes detrás, viejo cabrón —bramó una voz femenina desde dentro, seguida de una carcajada estruendosa.

La dueña de aquella voz tan poco delicada no podía ser otra que la madre de Percy, a juzgar por la expresión dolorida del pobre coadjutor.

—¡Cállate ya, bruja deslenguada! —gruñó el guardia, con la evidente intención de no provocar a su prisionera.

Percy se irguió, indignado.

—Sepa usted que esa señora es mi ma... —empezó a decir, pero el reverendo lo interrumpió para dirigirse al guardia.

—Estoy seguro de que usted está agradecido de no ser el responsable de salvar el alma de la señora Noon, amigo mío, pero quizá no le vendría mal pensar en la suya propia. Al fin y al cabo, todos estamos aquí por la gracia de Dios.

Charity miró a su padre y vio cómo el guardia palidecía levemente. A veces se le olvidaba que, en realidad, era bastante bueno en lo suyo.

El guardia se encogió de hombros y volvió a su pan y queso.

—Ahí la tiene, pueden pasar —musitó, señalando la entrada.

—Muy bien, Percy —dijo el señor Shackleford—. Te dejaremos un par de minutos con ella para que le digas lo que tengas que decir, y después entraremos nosotros.

—No creo que vaya a necesitar ni dos segundos, señor. Nuestra relación... —Percy hizo una mueca antes de continuar—. No es muy estrecha.

—Vaya sorpresa —suspiró el reverendo—. Adelante, muchacho. Vamos a ver si aclaramos este embrollo de una vez.

El interior de la cárcel era oscuro y lúgubre, apenas iluminado por una vela de sebo que soltaba más humo que luz. El mal olor también se multiplicó por diez y, con una tos, Charity se cubrió la nariz con el pañuelo. Freddy, con el rabo entre las piernas, gimoteó levemente. Era obvio que prefería el aroma del pescado podrido.

—Demasiado delicada, ¿eh?

Charity se apartó el pañuelo y miró a la mujer, que se reía por lo bajo. Flaca y angulosa, igual que su hijo, Mary Noon vestía lo que un día debió de ser un vestido de día, ahora desgarrado y lleno de mugre. El pelo, gris y grasiento, le caía en mechones sobre el rostro, tan sucio que era difícil adivinar sus rasgos.

Percy parecía haberse quedado sin voz, pero la expresión horrorizada de su cara decía más que cualquier palabra.

—Hola, Mary... —dijo el reverendo Shackleford, pero la señora Noon no lo dejó continuar.

—A mí no me saludas tú, saco de aire. Augustus Shackleford, ya era hora de que te dignaras a venir, carajo.

—Bueno, más vale tarde que nunca —replicó el reverendo, esforzándose por mantener la compostura—. Estamos aquí para ayudarla a salir de esta celda.

Mary Noon soltó una sonora carcajada.

—¿No habrás venido a ver si esos diablos se han bebido tu botella de *brandy*?

El reverendo hizo una mueca; era evidente que la idea se le había pasado por la cabeza. Abrió la boca para responder, pero Mary se le adelantó.

—¿Y cómo sabes que yo quiero marcharme?

—¿De verdad prefiere quedarse encerrada en un sitio tan... espantoso? —preguntó Charity.

La madre de Percy soltó un bufido.

—Aquí estoy más segura que ahí fuera. Es menos probable que acabe en el maldito río con una piedra atada a los pies.

—Pero ¿y si deciden colgarla, madre? —protestó Percy, hablando por primera vez. Mary se volvió hacia su hijo, y Charity creyó ver un atisbo de ternura en su expresión.

—No van a ahorcarme, hijo. Les soy más útil aquí sentada. —Sonrió —. Y encima como tres veces al día sin tener que pagar un penique.

—¿Por qué le da tanto miedo salir? —preguntó Charity, percibiendo un temor real tras la actitud desafiante—. ¿Sabe usted algo que no debería saber?

Mary Noon la miró con perspicacia.

—Vaya, sí que eres lista, muchacha. Sé muchas cosas que no debería —dijo tocándose dos veces el puente de la nariz—. Jack el Alegre dice que soy demasiado peligrosa. Le encantaría verme desaparecer, y le da igual la manera.

—Jack... —repitió Charity, al recordar que así llamaban al hombre aterrador que ella había visto hablando con el posadero—. ¿Es un... comerciante libre?

—Es un bastardo, eso es lo que es —le espetó Mary, escupiendo en el suelo para dar énfasis a su declaración. Sin embargo, la mujer parecía ahora asustada.

—¿Y qué aspecto tiene? —preguntó Charity.

—Lo gritaría a los cuatro vientos si lo supiera —saltó Mary—. Jamás le he visto la cara, y tampoco conozco a nadie que lo haya hecho. O, si lo conocen, no lo cuentan.

A Charity se le aceleró el corazón, pero antes de que pudiera decir nada, Percy intervino.

—Tenemos que sacarla de aquí, madre.

—No pienso salir hasta que tenga un sitio seguro donde ir. —Mary Noon se encogió de hombros—. Si vuelvo a casa, no tardaré en estar criando malvas.

—¿Y si le buscamos un escondite? —sugirió el reverendo, un tanto desesperado—. ¿Nos permitirá entonces comprarle la libertad?

Mary soltó una risotada.

—¿Comprar mi libertad? Si me diera la gana, podría salir de aquí antes de que dijeras «vete al diablo». Los malditos guardias saben de sobra que me da pánico huir. Guardaos el dinero. Buscadme un sitio donde esconderme y no acabaré durmiendo con los peces.

Ocho

Era ya última hora de la tarde, y el reverendo se encontraba solo en el bar principal de la posada Castle Inn. Charity se había retirado a su habitación para descansar antes de la cena, y Percy había salido a recoger sus cosas del lúgubre alojamiento donde había pasado las últimas noches.

Augustus Shackleford dio un largo trago a su jarra de cerveza y soltó un suspiro. ¿Cómo se había complicado todo de forma tan endiablada? Lo que empezó como un simple intento de liberar a Mary Noon —untando la mano adecuada, si era necesario— les había acabado arrastrando al centro de un asunto turbio y lleno de secretos. Siempre había creído que la madre de Percy era una figura menor para las bandas de contrabandistas de Salcombe, que simplemente les echaba una mano a los comerciantes libres de vez en cuando para sacarse unas monedas. Pero si lo que ella insinuaba era cierto, estaba mucho más implicada de lo que nunca había admitido.

El reverendo Shackleford no creía que estuviera mintiendo; el miedo que reflejaba su rostro era demasiado real para fingirlo, y desde luego no estaba mal de la cabeza, por mucho que Percy prefiriera pensar otra cosa. Augustus dio otro sorbo de cerveza. Saber que, en el fondo, llevaba años ayudando y encubriendo a delincuentes peligrosos por el simple hecho de comprar un poco de *brandy* ilegal,

aunque fueran solo unas botellas al año, le resultaba una carga difícil de digerir.

Sin duda, su deber era procurar la seguridad de la madre de Percy, pero no tenía ni idea de dónde podría esconder a una arpía tan deslenguada. Evidentemente, llevarla a Blackmore estaba descartado. A Agnes le daría una apoplejía, y vaya usted a saber lo que diría Nicholas. Y eso sin contar el peligro en que pondría a todos si Jack descubría su paradero.

Y, por si fuera poco, había arrastrado a su propia hija a todo aquel embrollo.

El reverendo estuvo a punto de echarse a llorar. No tenía ni la menor idea de qué hacer, y no recordaba la última vez que se sintió tan falto de ideas.

Volvió a dar un sorbo a la cerveza. Quizás necesitaba algo de sustento. Asintió con la cabeza, satisfecho. Eso era. Estaba seguro de que unos embutidos y queso le ayudarían a pensar mejor. Y, por supuesto, otra jarra de cerveza...

Charity no podía conciliar el sueño. Por más que lo intentaba, los pensamientos no dejaban de girar y girar en su cabeza.

Mary Noon estaba metida en un lío de los grandes; eso quedaba ya clarísimo. Los agentes de Aduanas solo se interesarían por ella si podían sacarle algo útil, y Charity sospechaba que, aunque lograran una confesión que llevase al arresto de varios miembros de la banda de contrabandistas, el líder saldría indemne. Y, por supuesto, Mary no viviría lo suficiente para celebrar su libertad.

Charity se dio la vuelta sobre el colchón y abrazó a Freddy, que roncaba a su lado. En cuanto volvieron a la posada, tuvieron que restregar al perro a conciencia con agua y arena, y después con hierbas aromáticas, lo que había supuesto otro gasto más para su padre. Al menos, aunque Freddy seguía húmedo, ahora olía bastante mejor.

Mary no sabía qué aspecto tenía Jack. Pero Charity sí. ¿Serviría de algo informar a las autoridades de que había visto la cara del temido líder de la banda de Hope Cove? ¿O solo lograría condenarse a la misma tumba acuática que temía la madre de Percy?

Sus pensamientos volaron a Jago Cardell. Tal vez él podría ayudarles, como insinuó su padre. Pero ¿y si Jago era uno de los contrabandistas? Charity frunció el ceño. De alguna manera, intuía que no era así. Apenas lo conocía, pero algo dentro de ella le decía que era un hombre honrado. Llevaba ropa vieja y gastada, sí, pero decente y relativamente limpia, algo poco habitual entre los trabajadores que ella conocía. Recordó sus grandes manos. A pesar de los callos, no estaban llenas de mugre. Sin poder evitarlo, Charity se preguntó cómo sería sentirlas sobre su cuerpo, y se ruborizó de inmediato.

Se tumbó boca arriba e intentó entender la inquietud que le provocaban sus propias fantasías. La ropa le resultaba incómoda, aunque ni siquiera llevaba corsé. De forma desconcertante, notó cómo le cosquilleaban los pechos y una extraña sensación palpitaba entre sus piernas. ¿Sería esto a lo que Tempy se refería cuando hablaba con tanto entusiasmo de su esposo Adam? Por supuesto, Charity y Chastity no estaban autorizadas a escuchar conversaciones tan íntimas de sus hermanas mayores, pero ninguna de las dos había prestado mucha atención a esas restricciones, y el arte de espiar siempre fue uno de sus talentos más discutibles.

Resuelta a poner fin a sus desvaríos, Charity cerró los ojos con fuerza. Era una estupidez soñar despierta con un hombre al que apenas conocía. Ese tipo de cosas eran más propias de Chastity, no de ella. Ella siempre era práctica, llamaba a las cosas por su nombre y no tenía reparos en dar su opinión, se la pidieran o no.

En realidad, Charity estaba segura de que, si Jago Cardell llegara a conocerla bien, no le gustaría en absoluto.

Jago terminó su turno más tarde de lo previsto, lo que le daba la excusa perfecta para no acudir a la cena con los Shackleford. Pero, por algún motivo, no la canceló, ni tampoco se cuestionó la prisa con la que se lavó al llegar a su alojamiento. Unos ojos castaños de mirada franca y una melena de rizos suaves parecían haberse grabado a fuego en su memoria. No tenía idea de por qué Charity Shackleford le afectaba tanto; no era propio en él dejarse impresionar de esa manera.

Había conocido a bastantes mujeres, aunque, si era sincero, la mayoría eran chicas de vida alegre a las que había conocido en sus escasas visitas a Truro. La verdad era que, antes de la muerte de su hermana, Jago apenas había salido de Tredennick y de la mina de estaño que había dado de comer a su familia durante años.

Aunque la gestionaba el administrador de su padre, Richard Tregear, Jago siempre había estado involucrado en ella, desde que tuvo edad suficiente para sumergir los cascos de los mineros en resina para endurecerlos.

Morgan Carlyon nunca había tenido ningún interés en la gestión de la mina, pero Jago había vivido y respirado por ella desde que era un muchacho, y su vida estaría vinculada para siempre a la de las personas que trabajaban allí.

Jago apretó los ojos con fuerza, sintiendo un dolor casi físico por el deseo de volver a Tredennick. Aunque le había revelado a Richard el motivo de su marcha antes de irse, y este le había dado su bendición, Jago temía que las familias de los mineros a las que había abandonado no fueran tan indulgentes cuando al fin regresara a casa.

Jago se puso una camisa limpia y obligó a sus pensamientos a volver al presente. Pensar en Wheal Tredennick no le hacía ningún bien. Cuanto antes viera a Jack en la horca, antes podría volver a casa.

Se encogió de hombros, se puso el abrigo e ignoró la voz en su cabeza que le decía que, si ese era el caso, ¿por qué demonios

estaba perdiendo el tiempo con una mocosa que obviamente acababa de salir de la escuela?

Poco antes de las ocho, Charity se alisaba el vestido bueno, intentando disimular alguna de las arrugas. Había pertenecido a una de sus hermanas mayores —no sabría decir cuál— y era sencillo, sin esos volantes de encaje que adornaban casi todos los trajes de noche de sus hermanas casadas. Sin embargo, el color era agradable. Un suave color albaricoque que, según creía ella, resaltaba sus ojos y los hacía menos parecidos a los de una vaca. Aunque normalmente conseguía ignorar las burlas habituales de Anthony al llamarla Daisy, no podía negar que, en el fondo, sus bromas le tocaban la fibra sensible. Para colmo, los ojos de su gemela eran de un azul intenso y vivo.

—Quédate aquí, Freddy —susurró, acariciando la cabeza del perro—. Te traeré algo rico, te lo prometo. —Le dejó unos trozos de carne seca de cordero y le puso agua en el cuenco, por si le daba sed.

Al oír el golpecito de su padre en la puerta, cogió los guantes y apagó la vela. No quería dejar a Freddy completamente a oscuras, así que había dejado las cortinas abiertas para que la luz de los faroles del patio llegase al dormitorio.

—Vamos, muchacha, si tardas mucho más, bajaremos a desayunar en lugar de a cenar —refunfuñó el reverendo desde el rellano.

Ignorando su tono impaciente, Charity se tomó su tiempo para ponerse los guantes y completar su atuendo. No quería pensar por qué le importaba tanto, pero así era.

Cuando Charity salió al fin, su padre no pudo disimular la sorpresa al verla, aunque no dijo nada. Ella tampoco pudo evitar sonrojarse ante la mirada cómplice de él.

La luz dudosa que proyectaban los apliques de la pared distorsionaba el rellano y las escaleras, lo que les obligó a ambos a bajar despacio los escalones desiguales.

—¿Qué habitación le han dado a Percy? —preguntó Charity, aferrada a la barandilla y mirando al suelo con determinación. Sabía que una pierna rota no ayudaría en nada.

—Está al fondo, cerca del cuarto de John —murmuró el reverendo Shackleford, concentrado por completo en poner un pie delante del otro—. ¡Rayos y centellas, me voy a romper el cuello en estas malditas escaleras si nos quedamos aquí mucho tiempo!

—Tenga cuidado, padre —le advirtió Charity, con el corazón en un puño al verlo tambalearse.

La cosa se hizo un poco más fácil cuando llegaron al rellano de abajo, y los pensamientos de Charity volvieron de forma inevitable a Jago Cardell.

—¿Cree que el señor Cardell podría ayudarnos con el problema de Mary? —preguntó, refiriéndose al comentario que había hecho su padre en la cafetería. El reverendo respondió con un gruñido, lo que ella interpretó como que lo consideraba poco probable—. No creo que él forme parte de la red de contrabando —insistió ella— y, en ausencia de Nicholas, sin duda necesitamos a alguien que nos aconseje sobre la mejor manera de actuar.

—Estoy seguro de que el Todopoderoso tiene un plan —respondió su padre con una mueca—. Pero aún no me lo ha revelado.

Charity suspiró frustrada.

—No dudo ni por un momento que así sea, padre. Pero, por una vez, podría considerar que el plan del Señor es precisamente la aparición providencial del señor Cardell. Y usted siempre dice que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos.

El reverendo volvió a resoplar cuando llegaron a la entrada del pequeño comedor.

—¿Y por qué crees que el señor Cardell está en condiciones de ayudarnos? —argumentó mientras los acompañaban a una mesa en

la esquina.

Charity esperó a que ambos se sentaran antes de responder.

—No lo creo, pero debemos conseguir la liberación de Mary por cualquier medio necesario y, para ello, no podemos desechar ninguna línea de actuación. —Suspiró y cogió la servilleta—. Quizás si simplemente le damos algunas pistas sobre el problema durante la cena, podamos averiguar si puede ayudarnos o no —sugirió, justo cuando llegó Percy.

—Sí, bueno, hagas lo que hagas, no menciones que tu cuñado es el duque de Blackmore. No puedo imaginar que revelar esa conexión en particular vaya a traer nada bueno, dadas las circunstancias. —El reverendo Shackleford hizo una pausa y miró hacia la puerta—. En realidad, es posible que el hombre no venga —observó—, ya que son las diez y no hay rastro de él.

Charity se sorprendió de lo mucho que le decepcionaba la idea de que Jago Cardell no se presentara.

—Estoy segura de que, si no pudiera asistir, nos lo habría comunicado —declaró, preguntándose en su fuero interno si estaba tratando de convencer a su padre o a sí misma.

Percy estaba pálido y taciturno, y al principio rechazó la sugerencia del reverendo de tomar una jarra de cerveza, pero acabó cediendo cuando le informaron con severidad que era su deber conservar las fuerzas. Charity estaba pidiendo una copa de vino cuando sintió que el corazón le daba un vuelco: su invitado apareció, por fin, en la puerta del comedor.

—¿Sería tan amable de acompañar al caballero que está en la puerta a esta mesa? —le pidió a la moza, incómoda al darse cuenta de lo entrecortada que sonaba su voz—. Recuerde que hace solo unas horas estaba muy contento de considerar al señor Cardell como un posible aliado —le recordó a su padre mientras observaban cómo

este se dirigía a su mesa—. Ah, señor Cardell, es un placer volver a verle —proclamó Charity.

El hombre corpulento hizo una pequeña reverencia.

—El placer es mío, señorita Shackleford —respondió—. Por favor, perdone mi retraso. Por desgracia, mi turno ha terminado tarde.

—Bueno, ya está aquí —sonrió Charity—, y eso es lo que importa.

Para su alivio, aunque Percy permaneció callado, su padre se esforzó por mantener una conversación animada. No le resultó difícil. Jago Cardell era elocuente y divertido, lo que reforzó la sospecha de Charity de que era mucho más de lo que parecía. Además, sus ojos se posaron varias veces en ella durante la cena, y a Charity se le aceleró el pulso al pensar que quizá le encontraba al menos un poco atractiva.

Casi al final del segundo plato, por fin surgió el tema de su presencia en Dartmouth.

—Estamos aquí a petición de la madre de Percy —respondió con cautela el reverendo Shackleford, haciendo un gesto con la cabeza hacia el reticente coadjutor.

—Oh, ¿la señora está enferma? —preguntó Jago.

—No, está en la cárcel.

El silencio que siguió a la abrupta declaración de Percy fue ensordecedor.

—Lo siento, no puedo seguir aquí sentado manteniendo una conversación cortés —continuó el coadjutor, a la defensiva—. O el señor Cardell puede ayudarnos, o no. Y si resulta que trabaja para ese... tal Jack, entonces seré yo quien deba afrontar las consecuencias. Al fin y al cabo, es mi madre.

—¿Qué sabe usted de Jack? —preguntó Jago, con el rostro súbitamente endurecido y una nota grave en su voz, muy distinta a

su jovialidad anterior. Charity sintió un nudo en el estómago ante aquel tono.

Augustus Shackleford lanzó una rápida mirada a Percy, luego suspiró con resignación y le contó a su invitado por qué estaban exactamente en Dartmouth y lo que había sucedido ese mismo día. «Menos mal que solo iba a dar unas pistas», pensó Charity con un poco de histeria.

—¿Así que su madre es la infame Mary Noon? —Fue todo lo que dijo Jago cuando el reverendo terminó.

—No sabía que se la considerara así —murmuró Percy con desánimo —. No tenemos una relación muy cercana. Especialmente, dada mi vocación. —Señaló su atuendo de clérigo.

—La conocí en Salcombe —continuó Jago—. No sabía que la habían arrestado. —Para alivio de Charity, su voz había perdido su severidad —. ¿Cómo cree que puedo ayudarla?

—¿Está usted involucrado con ese tal... Jack, señor Cardell? —preguntó Charity de repente, observando su reacción.

Jago la miró fijamente, sin revelar nada con su expresión. Al no responder de inmediato, Charity comenzó a sentirse mal, pensando que habían cometido un terrible, terrible error. El alivio que experimentó cuando al fin dijo «No, no lo estoy» casi la mareó.

Nadie habló mientras él daba un gran trago a su cerveza y hacía una señal a la sirvienta para que les trajera a él y a los otros dos hombres un *brandy*. Cuando la mujer se marchó, llevándose su jarra vacía, Jago se volvió hacia los presentes, que seguían en silencio, y respiró hondo.

—Creo que ese hombre es el responsable del asesinato a sangre fría de mi hermana. —Hizo una pausa y tragó saliva antes de contarles lo que había sucedido—. He pasado los últimos dos años de mi vida tratando de llevarlo ante la justicia. —Su voz, hasta entonces serena

y controlada, se quebró de repente—. Dos años —dijo con una nota de dolor reprimido—, y todavía no sé siquiera cómo es ese bastardo.

De nuevo, el silencio cayó sobre la mesa, esta vez por la conmoción. Hasta que Charity habló, casi en un susurro.

—Yo sí.

Nueve

Jago no podía contener su euforia por haber conocido al fin a alguien capaz de identificar al líder de la banda de Hope Cove. No dudaba de que un reducido círculo conociera la verdadera identidad de Jack, pero ninguno estaría dispuesto a arriesgarse a sufrir la ira de aquel bastardo filtrando esa información a las autoridades.

Cuando Charity Shackleford describió las circunstancias en las que se había topado con el famoso contrabandista, la admiración de Jago por ella se multiplicó por diez. El padre de ella, como pudo observar, no se mostró ni de lejos tan impresionado.

—No puedo creer que hayas sido tan descerebrada como para salir de tu habitación en mitad de la noche y ponerte a deambular por los pasillos de un... un... establecimiento público —bramó, enfurecido—. Por no hablar de que podrías haber acabado bajo tierra, con una azada por almohada y bien arropada con una maldita pala, si ese demente te hubiera descubierto. Ya puedes ir preparándote para cuando se lo cuente a Nicholas, hija mía.

—No creo que le convenga seguir por ese camino, padre —replicó Charity con aspereza.

Para sorpresa de Jago, no parecía intimidada en lo más mínimo. Se preguntó quién sería Nicholas.

—¿Está completamente segura de que él no se dio cuenta de que usted escuchó su conversación con el posadero? —intervino Jago, poniendo fin a la discusión.

—Por supuesto que lo estoy. —Charity se estremeció—. Como ha dicho mi padre con tanta claridad, estoy convencida de que no estaría sentada aquí ahora mismo si él hubiera sabido que yo estaba allí.

—Así que el posadero de este lugar está implicado —reflexionó Jago —. No es de extrañar, en realidad. Tiene fama de ser un tipo resbaladizo.

—Desde luego, estaba aterrorizado —admitió Charity—. Sea cual sea el control que Jack ejerce sobre él, lo mantiene a base de miedo.

—Ese hombre es implacable —asintió Jago—. No le importa nada salvo el beneficio, y no duda en recurrir a la violencia más extrema contra cualquiera que se cruce en su camino. —Dio un sorbo a su *brandy*—. Dicho esto, su crueldad casi legendaria y el número de cadáveres que han aparecido en este tramo de la costa han llamado la atención de las autoridades superiores, lo que ha obligado a los agentes de Aduanas locales a hacer algo al respecto.

—Si logra reunir pruebas contra él, ¿las entregará a las autoridades? —preguntó Charity con calma—. ¿O piensa tomarse la justicia por su mano?

Jago la miró. En realidad, había evitado pensar qué haría exactamente cuando encontrara la forma de poner fin al reinado de terror del contrabandista.

—Dependerá de las circunstancias —respondió con cautela.

—No cabe duda de que lo colgarían si lo arrestaran —declaró el reverendo.

Jago hizo una pausa antes de contestar.

—Los contrabandistas cuentan con apoyos influyentes —dijo despacio—. Habría resistencia, sin duda, y el camino hasta la horca es largo.

—¿Y qué ocurre entonces con mi madre? —intervino Percy, desesperado.

Jago miró al coadjutor, pálido como la cera, con una evidente compasión.

—Está claro que Mary es solo un peón en un gran tablero —dijo por fin—. Si ella aceptara declarar contra Jack, difícilmente llegaría a sentarse ante un tribunal, algo que ella sabe muy bien. Y también es consciente de que, si Jack no logra silenciarla antes, aún corre el riesgo de acabar en el cadalso junto a él. —Jago apuró el resto de su *brandy*—. Es casi medianoche. Mi cabeza ya no está lo bastante despejada para una conversación tan crucial, y necesito dormir. Propongo que nos reunamos mañana por la mañana en El Descanso del Pescador y retomemos entonces esta charla. No le ocurrirá nada a su madre esta noche —añadió al ver que Percy iba a protestar—. A Jack no le conviene agitar las aguas antes de que sea estrictamente necesario. —Miró a la mesa en silencio—. Por la mañana encontraremos un plan viable para sacarla de allí.

—Le estamos profundamente agradecidos, señor Cardell —murmuró Charity, dejando la servilleta sobre la mesa.

Jago negó con la cabeza mientras le retiraba la silla.

—Soy yo quien está en deuda con usted, señorita Shackleford —respondió con una sonrisa—. Por primera vez en tres años, creo que quizá consiga dormir una noche entera.

Cuando emprendió el largo camino de regreso a su alojamiento, Jago sentía el corazón más ligero que nunca desde la muerte de su hermana. Pese a lo que había dicho antes de retirarse, su excitación era tan grande que dudaba mucho que fuera a pegar ojo aquella noche.

Las revelaciones de esa velada significaban que estaba mucho más cerca de poner fin a las actividades asesinas de Jack y, cuando aquel bastardo recibiera la justicia que tan merecidamente se había ganado, Jago por fin sería libre para regresar a Tredennick. Se imaginó la conversación con su padre. Tal vez saber que el asesino de Genevieve había pagado por sus crímenes traería algo de consuelo al anciano.

Sin embargo, para su sorpresa, la idea de volver a casa no le despertó el anhelo habitual y, mientras caminaba, sus pensamientos regresaban una y otra vez a Charity Shackleford.

Se la imaginó paseando por los terrenos de Tredennick, de pie en la terraza en un hermoso día de primavera, observando cómo el sol hacía brillar el mar a lo lejos. Jago creía de verdad que no existía lugar más bello en la tierra. ¿Qué le parecía a ella?

Sacudió la cabeza para ahuyentar esas fantasías. No sabía casi nada de Charity Shackleford ni de su familia. Sabía que eran oriundos de Devon, donde el reverendo tenía una pequeña parroquia, y poco más.

Además, no era momento de pensar en el futuro. Lo urgente era descubrir al hombre real tras la máscara. Tendrían que registrar cada rincón de Dartmouth con la esperanza de que Charity pudiera reconocerlo de nuevo. Sería un proceso largo, tedioso y, sobre todo, peligroso, si Jack llegaba a darse cuenta de que había sido descubierto.

Cuando Jago llegó por fin a su pensión, ya era más de la una de la madrugada. Hacía un frío intenso, pero temía que su cuarto no estuviera mucho más templado, y añoró el simple calentador que en casa le colocaban bajo las sábanas.

Tiritando, hurgó en sus bolsillos en busca de las llaves. Justo cuando las encontró, oyó un leve ruido, como si un guijarro rodase por el suelo. Se detuvo y sacó despacio la mano del bolsillo, sin girarse. Unos segundos después, reconoció el sonido de un solo paso.

Quienquiera que fuese, se estaba esforzando en ocultar su presencia.

Jago se tensó y fingió rebuscar en el otro bolsillo. Enseguida notó un movimiento justo a su espalda. Sin pensarlo, Jago se giró de golpe, dando un paso atrás. Apenas tuvo tiempo de ver que el hombre era robusto y vestía de forma miserable antes centrar toda su atención en el cuchillo que empuñaba el rufián. Entonces todo pareció ralentizarse. Cuando el desconocido alzó el arma, Jago echó hacia atrás el puño con que aún sujetaba el llavero y descargó un golpe con todas sus fuerzas contra la nariz del hombre. El impacto resonó con un crujido satisfactorio.

El atacante exhaló un gemido ahogado, soltó el cuchillo y cayó al suelo, sangrando a borbotones. Las llaves habían convertido el puño de Jago en una maza de hierro. Sin perder tiempo, Jago se agachó y le hundió la rodilla en el estómago.

—Si pensabas robarme, has elegido a la víctima equivocada —susurró con rabia.

El hombre intentó hablar, pero era evidente que la nariz rota no lo ayudaba. Al incorporarlo a la fuerza, Jago reconoció a uno de los pescadores del muelle y, con una súbita sensación de pavor, comprendió que aquel tipo no había venido a robarle.

—Jack quiere averiguar lo que sabes —consiguió decir por fin el hombre—. Y se le ha agotado la paciencia. —De forma increíble, el contrabandista sonrió, con la sangre bañando sus dientes—. Y no le va a hacer ninguna gracia que me hayas estropeado esta cara tan bonita. Tienes hasta el atardecer de mañana.

Jack lo había enviado. El jefe de la banda de Hope Cove había decidido que sí quería la información que Jago decía poseer, pero el muy canalla prefería matarlo antes que

La noticia dejó a Jago paralizado un segundo, y el hombre aprovechó la distracción. Con un violento empujón, se zafó de su

agarre, se puso en pie y salió corriendo, dejando un charco de sangre.

Jago no lo persiguió. En lugar de eso, se sentó en el suelo frío y esperó a que su ritmo cardíaco se estabilizara y volviera a algo parecido a la normalidad. Había sido un maldito idiota al pensar que podía engañar a alguien tan despiadado como el famoso contrabandista.

Había logrado captar la atención de Jack, sí, pero no como él había esperado. Jago había pensado que no había urgencia en su búsqueda. Se había equivocado.

Ahora que había enviado al sicario de vuelta con la nariz rota, Jack lo consideraría un problema aún mayor, y Jago dudaba que el bastardo fuera a perder el tiempo antes de mandar a otros a rematar la faena. La pregunta era: ¿esperaría hasta la puesta de sol?

Poco después del amanecer, el reverendo Shackleford asomó la cabeza en silencio en la habitación de Charity para llevarse a Freddy. Mientras le enganchaba la correa, dio gracias en voz baja al Altísimo porque, en esta ocasión, su hija siguiera dormida. Sin duda, ella habría tenido mucho que decir si hubiera sabido adónde se dirigía.

Después bajó de puntillas a la habitación de Percy y se sorprendió al encontrar al coadjutor ya vestido.

—¡Rayos y centellas! Tienes un aspecto horrible —dijo el reverendo cuando el joven abrió la puerta. Al no obtener respuesta, fue más directo—. Muy bien, Percy Noon, ya va siendo hora de que saques algo de agallas. Dejarte arrastrar por la melancolía no va a solucionar nada, y tenemos trabajo que hacer.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó el coadjutor, desconcertado.

—Ponte el abrigo y sígueme, muchacho. No estoy del todo convencido de que nuestro señor Cardell no haya exagerado un

poco, teniendo en cuenta que se pasó la mayor parte de la noche haciéndole ojitos a Charity.

—Parecía saber muy bien de qué hablaba —dijo Percy—. De hecho, me pareció muy receptivo.

—Eso ya lo noté cuando le soltaste toda la historia, punto por punto —replicó el reverendo.

—Si no recuerdo mal, fue usted, señor, quien se fue de la lengua. Yo solo dije que mi madre estaba en la cárcel. Y además, él también tenía una historia terrible que contar. Mucho peor que la nuestra.

—Eso no significa que no estuviera fingiendo. Lo que nos contó podría ser un maldito cuento de Canterbury.

—¿Y cómo piensa averiguar si decía la verdad?

—Anoche dijo que conocía a Mary. Deberíamos hacerle una visita a tu madre y preguntarle si eso es cierto.

—No creo que mi madre quiera hablarnos —murmuró Percy, nervioso, mientras seguía al reverendo hacia la puerta de la posada.

—Cardell dice que puede ponerla a salvo. Yo diría que eso es motivo suficiente para que ella quiera decirnos todo lo que sabe de él. Sobre todo, si el señor Cardell nos está mintiendo o no.

—Usted no conoce a mi madre —gruñó Percy, levantándose los bordes del abrigo para no mancharlo al salir—. No existe mujer más terca que ella.

—¿Y desde cuándo te has vuelto un experto en el comportamiento femenino? —bufó el reverendo.

Al cruzar hacia Hanover Place, el paso decidido de Augustus Shackleford se frenó de golpe. Frunció el ceño y miró a su alrededor. Aunque era temprano, esperaba que hubiera un guardia apostado fuera de la cárcel, pero no parecía haber nadie. Continuó con cautela

hacia la entrada principal y entonces reparó en que la gran puerta estaba entreabierta.

—¡Rayos y centellas...! —exclamó, acelerando el paso de nuevo. Segundos después, empujaron la puerta y entraron en la cárcel. Esta vez no había velas y la habitación estaba casi a oscuras.

También estaba vacía.

Diez

Poco a poco, Charity se dio cuenta de que los golpes que retumbaban en su cabeza no eran imaginarios: alguien estaba llamando a la puerta. Se incorporó con una mueca, llevándose la mano a la sien. Las dos copas de vino que había tomado la noche anterior le estaban pasando factura.

—Charity, ¿estás ahí dentro? —La voz de su padre sonaba más fuerte que nunca. Charity no respondió enseguida; miró a su alrededor y vio, gracias a la luz que se colaba por las cortinas, que su compañero peludo ya no estaba en la cama—. ¿Tienes tú a Freddy? —preguntó por fin.

—¿Quién si no iba a acoger a ese condenado perro? —contestó su padre, en un tono de fastidio—. ¿Puedo pasar?

—Por lo visto, ya ha entrado una vez esta mañana —replicó Charity, mientras salía de la cama y se ponía la bata.

—¿Eso es un sí? —insistió el reverendo, justo cuando ella abría la puerta de golpe.

—Sí —le soltó Charity, viendo la cara de sorpresa de su padre—. De verdad, padre, ¿acostumbra a entrar en los dormitorios de otras mujeres sin pedir permiso? Si mi madrastra se entera, seguro que tiene algo que decirle.

El reverendo palideció.

—Solo venía a sacar a Freddy para que hiciera sus necesidades —se excusó—. Y apenas asomé la cabeza. Tal y como roncabas, no te habrías enterado ni aunque hubiera entrado el mismísimo rey de Inglaterra.

—¿Entonces, hizo lo que tenía que hacer? —dijo Charity mientras descorría las cortinas.

—¿Hacer qué? ¿Quién?

—Freddy, padre. ¿Ha hecho sus necesidades? —insistió Charity, esforzándose por no perder la paciencia.

El reverendo miró al perro. Freddy movía la cola, expectante.

—No tengo ni idea —admitió al fin—. Pero da igual. La cárcel estaba vacía.

—¿Por qué llevó a Freddy hasta la cárcel para que hiciera sus cosas? —preguntó Charity, desconcertada.

—¿Qué? Yo no lo llevé... Bah, tonterías. ¿Me escuchas, Charity? Te digo que la cárcel estaba vacía.

Charity parpadeó, sorprendida por la expresión inusual de su padre, pero enseguida comprendió el sentido de sus palabras.

Mary había desaparecido.

—¿Cree que se ha escapado, o que se la han llevado?

El reverendo negó con la cabeza.

—No hay señales de violencia, y los juncos del suelo seguían intactos, no parecía que hubieran arrastrado a nadie sobre ellos. Yo diría que salió por su propio pie. Si lo hizo por su propia voluntad o no, eso ya no lo sé... —Hizo una pausa antes de añadir—: No había ningún guardia.

—¡Esto es un lío! —exclamó Charity—. Así que Mary podría haberse ido porque la han soltado, o quizá el guardia estaba compinchado con los contrabandistas y permitió que se la llevaran. ¿Dónde está Percy?

—Ha ido a la oficina de Aduanas.

Charity puso cara de pocos amigos.

—Creo que usted debería ir tras él, padre, mientras yo me visto. No nos conviene enemistarnos con el agente de Aduanas y, aunque Percy se defiende en el púlpito, no estoy segura de que tenga la diplomacia necesaria para tratar con las autoridades. Lo último que necesitamos es que Percy acabe en la celda de su madre. —Se detuvo y añadió—: Deje a Freddy conmigo.

El reverendo Shackleford asintió, casi sorprendido de no haberle molestado el tono autoritario de su hija. Charity podía ser impertinente e irritante la mayor parte del tiempo, pero las cosas podían haber sido mucho peores: podría haberle tocado Chastity.

—Le esperaré a usted y a Percy en El Descanso del Pescador, como habíamos acordado —le avisó ella mientras él salía—. Cuando sepamos más, consultaremos al señor Cardell.

El reverendo se limitó a responder con un gesto de la mano antes de cerrar la puerta. No creyó que fuera el momento adecuado para confesar que su desconfianza hacia Jago Cardell era el verdadero motivo de su temprana visita a la cárcel.

A Augustus le bastaron diez minutos para encontrar a Percy, sobre todo, porque su coadjutor no tenía ni idea de dónde estaba la oficina de Aduanas y llevaba media hora deambulando por el puerto. Con el abrigo negro ondeando a su espalda, parecía un gran cuervo.

—¡Rayos y centellas, Percy! —le soltó el reverendo cuando por fin le alcanzó—. ¿Se puede saber qué te pasa, muchacho? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—Todo esto me tiene muy confundido, señor —se lamentó Percy—. No logro pensar con claridad.

Curiosamente, la irritación de Shackleford se desvaneció y la sustituyó una extraña compasión por su infortunado coadjutor. En vez de recordarle que nunca había destacado por su agudeza, le dio una palmada en el brazo y se puso a preguntar por la dirección.

Resultó que la oficina de Aduanas estaba en Bayard's Cove, a solo un paso de donde se encontraban.

—Bien, Percy, deja que hable yo —le ordenó el reverendo, echando a andar. Percy asintió enérgicamente con la cabeza, por una vez, de acuerdo por completo con su superior.

A escasos metros del punto donde zarpó el Mayflower hacía casi dos siglos, la oficina de Aduanas y Tributos de Su Majestad era un edificio elegante de dos plantas, situado sobre el empedrado de Bayard's Cove, en el extremo sur del puerto. Al final del muelle, protegido por una pequeña fortaleza artillera ya fuera de uso, las embarcaciones atracadas allí eran considerablemente más pequeñas que los dos buques mercantes que habían visto antes, y eran en su mayoría barcos pesqueros.

El lugar habría resultado pintoresco, si no fuera por el hedor a pescado y la algarabía de los numerosos pescadores que remendaban sus redes. Todo indicaba que la pesca del día ya estaba descargada y retirada.

La puerta de la oficina estaba abierta, y dos hombres discutían fuera con vehemencia. El reverendo fue hacia ellos, dispuesto a preguntarles si el agente de Aduanas se encontraba dentro, pero Percy le detuvo con un apretón en el brazo.

—Es él —musitó el coadjutor, señalando con la cabeza a los dos hombres—. Joseph Smith. El guardia de la cárcel —añadió, al ver la expresión confundida del reverendo.

—¿Cuál de los dos? No he traído mis lentes —le preguntó Shackleford, entrecerrando los ojos.

—El de la izquierda —susurró Percy.

—¿Seguro? —gruñó Augustus Shackleford, justo cuando el guardia levantó de repente los brazos y se alejó a toda prisa hacia el centro de la ciudad.

—Vamos —dijo el reverendo, tirando de Percy para seguir al guardia.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el coadjutor, acelerando el paso para no quedarse atrás—. ¿No íbamos a hablar con el agente de Aduanas?

—Ese Joseph Smith podría estar implicado en el secuestro de tu madre —respondió el reverendo, sin aminorar el paso—. Puede que la tenga oculta en algún sitio.

—¿No está siendo un poco precipitado, señor? Ni siquiera sabemos si la han secuestrado —objetó Percy—. Ella podría estar camino de Salcombe ahora mismo.

El reverendo bufó.

—Y también podría estar bajo el agua con una maldita piedra atada a los pies si se interpuso en los planes de los contrabandistas —le contestó con sequedad.

Mientras hablaba, vieron cómo el guardia giraba y comenzaba a subir una escalinata empinada entre dos casas estrechas. Dudaron un instante, pero el reverendo asomó la cabeza y alcanzó a ver a Joseph Smith entrando por una puerta casi al final de las escaleras.

—¿Y ahora qué hacemos, señor? —preguntó Percy en voz baja.

Augustus Shackleford frunció el ceño.

—Puede que haya una entrada trasera —aventuró, y empezó a subir los escalones.

Cuando llegaron arriba, el reverendo creyó que estaba a punto de sufrir una apoplejía. Solo la idea de tener que presentarse ante el Señor con su levita de repuesto le impidió salir rodando escaleras abajo. Bueno, eso y Percy, que lo había empujado desde atrás.

—Muy bien, Percy, muchacho —jadeó—, dame un par de minutos y estaré como nuevo.

El coadjutor observó con escepticismo el rostro sudoroso y enrojecido de su superior.

—¿Seguro que se encuentra bien, señor? —preguntó.

—No te voy a mentir, Percy —resopló el reverendo—. Esto de hacer de líder intrépido no es tan fácil como parece. —Cerró los ojos y negó con la cabeza, lo que le hizo tambalearse peligrosamente en lo alto de la escalinata—. Pero si no lo hago yo, ¿quién lo hará? —añadió, volviendo a tambalearse en sentido contrario.

Percy, con el corazón en la boca, respiró aliviado al verle sentarse por fin en el último peldaño.

Satisfecho de que su superior no se hubiera encontrado con el Altísimo por precipitarse desde una escalera de quince metros, Percy observó los alrededores. Detrás de ellos se alzaban dos casitas de aspecto maltrecho, apretujadas una contra otra y orientadas hacia la calle, lo que impedía el paso de gran parte de la luz natural, a pesar de que aún era temprano. No vio ninguna luz en su interior ni ningún signo de movimiento, y se preguntó si tal vez se utilizaban como almacén.

Se centró en la casa donde Joseph Smith había entrado hacía ya casi diez minutos. Al principio creyó que no había nada detrás, pero al mirar mejor vio que lo que parecía un callejón sin salida era, en realidad, un pasadizo estrecho, casi invisible tras un gran barril.

—Señor —susurró—, creo que hay un acceso trasero.

El reverendo miró hacia donde señalaba Percy.

—Rayos y centellas, creo que tienes razón —dijo. Se levantó con esfuerzo y se acercó al barril. Lo movió para ver si estaba vacío y comprobó que así era—. Ayúdame, Percy.

Entre los dos apartaron el barril y miraron hacia el fondo del pasadizo.

El reverendo avanzó con cautela, tanteando el suelo blando por la acumulación de suciedad.

—No veo ninguna puerta —le susurró a Percy, casi pegado a su espalda.

—No estoy seguro de que esto sea buena idea, señor —murmuró el coadjutor—. Con tanta oscuridad, podríamos pisar cualquier cosa... —Levantó el pie lleno de barro y arrugó la nariz.

—No seas zoquete, Percy —le respondió el reverendo, aunque él también levantó los bordes de su abrigo—. «Un corazón débil nunca conquistó una dama hermosa», recitó, y luego hizo una pausa antes de añadir—: Aunque no creo que el viejo Francis Drake pensara en tu madre cuando pronunció esas palabras.

Se rio por lo bajo y siguió adelante. Pronto vieron el final del pasadizo. Augustus Shackleford suspiró, convencido de que no tendrían suerte, hasta que al dar un paso notó un sonido diferente bajo el pie.

—Aquí hay madera —susurró, entusiasmado—. Ayúdame a apartar esta porquería.

Percy, con una mueca, le ayudó a despejar el suelo.

—Creo que eso era una rata —dijo temblando, después de arrojar un bulto incierto contra la pared.

Enseguida dejaron al descubierto una trampilla en el suelo.

—¿A dónde cree que lleva? —preguntó Percy, nervioso.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —El reverendo se agachó y cogió la anilla de hierro incrustada en la madera—. Espero que esto no sean tripas de rata —gruñó, sacudiéndose una masa pegajosa del dedo. Percy hizo un ruido como de arcadas—. Vamos allá —dijo el reverendo. Respiró hondo y tiró con fuerza, esperando que la madera estuviera sellada. Para su sorpresa, la trampilla se levantó de inmediato y el impulso le hizo caer de espaldas, aterrizando sobre su trasero con un golpe sordo—. ¡Maldita sea! —refunfuñó, levantándose con dificultad e intentando ver si tenía algo desagradable pegado a sus partes bajas.

—Creo que es un sótano —aventuró Percy al asomarse al hueco, sin prestar atención a su superior.

—¿Puedes ver a qué distancia está el suelo? —preguntó el reverendo.

—Está demasiado oscuro para ver nada —susurró el coadjutor.

El reverendo se inclinó a su lado y Percy arrugó la nariz.

—Muy bien, tendré que bajarte —murmuró Augustus.

—¿Qué? —chilló Percy—. Pero no sabemos qué hay ahí abajo.

—Y no lo sabremos si no echamos un vistazo —replicó el reverendo con naturalidad—. Y al menos no tendrás que tumbarte sobre malditos excrementos de rata.

—¿No sería mejor ir a buscar al señor Cardell? —preguntó Percy para ganar tiempo—. Quiero decir, él es bastante... bueno... robusto. Probablemente podría saltar.

—¡¿Has perdido el poco seso que te quedaba, Percy Noon?! —exclamó el reverendo—. No sabemos de qué lado está Cardell. Podríamos acabar encerrados con tu madre.

—Ni siquiera sabemos si ella está ahí abajo —repitió Percy, desesperado.

—Está ahí abajo, claro que está —respondió Augustus Shackleford con mucha más convicción de la que sentía. Pero habían llegado hasta allí—. Vamos, Percy, muchacho, saca pecho. Te prometo que no te soltaré...

Once

Pensando que a su padre le llevaría algún tiempo encontrar a Percy y hablar con el funcionario de Aduanas, Charity se tomó su tiempo para arreglarse. Solo había traído dos vestidos de día, y ninguno de ellos le favorecía especialmente. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto y, de todos modos, era poco probable que se quitara la pelliza cuando se reunieran con el señor Cardell.

Charity frunció el ceño. Era la primera vez en sus casi diecinueve años de vida que le importaba lo que un caballero pensara de ella. ¿Qué tenía el señor Cardell que lo hacía diferente a todos los demás caballeros que había conocido?

Negó con la cabeza y se sentó frente al pequeño tocador. Para ser justos, no había conocido muchos caballeros. De hecho, los únicos con los que había tenido algún trato habían sido los maridos de sus hermanas. Ella no era dada a charlas animadas como Chastity y, hasta hacía poco, cualquier reunión numerosa había sido una excusa para escabullirse discretamente.

Comenzó a cepillarse el cabello con gesto pensativo, tratando de examinar sus sentimientos hacia Jago Cardell. ¿Qué sabía realmente de él? Oh, era guapo como el pecado, con sus ojos color miel y su cabello rubio como el trigo. Él les había dicho que su hogar estaba

en Cornualles y que su hermana había sido cruelmente asesinada hacía casi tres años. Pero eso era todo.

Al recordarlo, se dio cuenta de lo cauteloso que había sido al dar información sobre sí mismo. Pero ella y su padre habían sido igual de reservados. No habían revelado nada sobre su parentesco con el duque de Blackmore ni sobre el lugar exacto donde vivían, salvo que estaba en Devon.

¿Cómo diablos podía desarrollarse cualquier tipo de relación entre ellos, si ni siquiera podían decirse el uno al otro dónde vivían? ¿Y realmente quería ella algo más con el enigmático hombre de Cornualles?

Solo tres días antes, ella no habría imaginado que tendría pensamientos como esos. Se había resignado a ayudar a su hermana a conseguir un buen matrimonio. Su corazón nunca había latido más rápido en presencia de un hombre, y nunca había contemplado la idea de sentir unos labios sobre los suyos... y algo más.

Detrás de ella, Freddy soltó un ruidoso ronquido, sacándola de su ensimismamiento. Con un suspiro, Charity abandonó sus ensoñaciones. Fuesen cuales fuesen sus sentimientos por Jago Cardell, ahora no era el momento de actuar en consecuencia. Sabía que él la encontraba atractiva, pero ella tenía el suficiente conocimiento del mundo como para darse cuenta de que eso por sí solo significaba muy poco para un hombre. Ella debía dejar a un lado su imaginación y concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Miró el reloj. Solo le quedaba media hora antes de su cita en la cafetería. Esperaba sinceramente que su padre hubiera conseguido hablar con el funcionario de Aduanas y que Mary Noon hubiera sido puesta en libertad y no secuestrada, como temían.

Se recogió el pelo con rapidez, se puso la pelliza, se echó la capa por encima y, por último, se calzó los botines. En menos de diez

minutos, ella y Freddy salieron por la puerta principal de la posada y se dirigieron por el muelle hacia el Descanso del Pescador. Al doblar la esquina, vio una pequeña carnicería al otro lado de la calle. Quizás Freddy disfrutaría de un buen hueso esa noche, en lugar de las sobras de su cena, y aún le quedaba mucho tiempo antes de la cita. Levantándose las faldas, Charity se apresuró hacia el otro lado de la calle y se unió a la pequeña cola que esperaba para ser atendida.

Mientras avanzaba en la fila, ató a Freddy fuera antes de entrar en el oscuro interior de la tienda, arrugando la nariz por el olor metálico de la sangre. Con su atención puesta en los grandes trozos de carne que colgaban de las paredes, no se dio cuenta de que era su turno. Con una rápida mirada de disculpa a las personas que aún estaban detrás de ella, se volvió hacia el carnicero, con la intención de preguntarle si tenía algún hueso de cordero sobrante, pero las palabras se le atragantaron en la garganta cuando levantó la vista y se encontró frente a frente con el escurridizo Jack.

—No me soltará, ¿verdad, señor? —imploró Percy en un susurro acalorado mientras se sentaba en el borde de la abertura.

—Deja de ser tan cobarde —replicó el reverendo Shackleford—. ¿Alguna vez te he abandonado?

—Sí —respondió Percy sin rodeos.

El reverendo abrió la boca para negar tan monstruosa acusación, pero al recordar de repente una o dos ocasiones en las que tal vez no había sido tan solícito con su coadjutor, la volvió a cerrar.

—Si vamos a rescatar a Mary, uno de nosotros tiene que bajar ahí —razonó en su lugar—. Y sabes que sería yo quien arriesgaría la vida si pudiera, Percy. Quiero decir, ¿cuántas veces los aldeanos de Blackmore han declarado que «atrevido» es mi segundo nombre?

—Pensé que ese era Edward —respondió Percy con el ceño fruncido.

El reverendo Shackleford miró perplejo a su coadjutor durante un segundo, antes de negar con la cabeza y murmurar:

—A veces, Percy Noon, creo que no tienes más que aire entre las orejas.

Luego, con un suspiro de resignación, el reverendo se puso a cuatro patas y le indicó a Percy que se diera la vuelta hasta que quedaran el uno frente al otro.

—Muy bien —continuó el reverendo—. Te sujetaré por las muñecas mientras tú... bueno... ya sabes... mientras tú solo tienes que...

—¿Qué? —le espetó Percy.

Intuyendo que el hombrecillo estaba a punto de salir corriendo, el reverendo le agarró las manos temblorosas y le dio un empujón alentador.

Con un chillido ahogado, Percy se deslizó obedientemente hacia abajo hasta que la parte superior de su torso quedó por encima del borde del agujero.

Presa del pánico, el coadjutor soltó una de sus manos para agarrase al hombro del reverendo. Por desgracia, erró por completo su objetivo y, en su lugar, le dio a su superior un golpe en la cara que hizo que este viera las estrellas. Con un gruñido, Augustus Shackleford se desplomó hacia delante con Percy aferrado a su cabeza como una lapa.

Entonces, lenta, pero inexorablemente, ambos hombres se precipitaron dentro del agujero.

Era él. Charity estaba segura por completo. El corazón le latía con fuerza en el pecho y luchó contra el impulso de dar media vuelta y marcharse. Él permaneció en silencio, esperando a que ella hiciera su pedido y, durante unos segundos, Charity trató de recordar para

qué había venido. Afortunadamente, en ese momento, una voz jovial gritó desde fuera de la tienda.

—¿Tienes mollejas ahí dentro, George? No voy a quedarme aquí congelándome los huevos si se han acabado.

Jack apartó la mirada de Charity y miró hacia quien había hablado.

—Se han acabado, Paddy —respondió—. Mejor vuelve mañana. —Su voz era tan diferente del tono siniestro y amenazante que Charity le había oído usar en la posada, que por un instante pensó que se había equivocado, hasta que él volvió sus ojos a ella, vigilantes y cautelosos—. No tengo todo el día, señorita —comentó con suavidad.

Charity tragó saliva y le pidió huesos de cordero. Se preguntó si él notaría el temblor de su voz, y sintió unas ganas casi irresistibles de salir corriendo.

—Creo que tengo un par en la trastienda —respondió él—. ¿Son para el perro? —Inclinó la cabeza hacia Freddy, que babeaba al otro lado de la ventana.

Charity asintió. Mientras Jack desaparecía detrás de una vieja cortina raída, ella se reprendió en silencio por su cobardía. Se estaba comportando como una colegiala. Desde luego, no como una mujer que ya podía salir sola. Respiró hondo varias veces y, cuando él regresó un par de minutos más tarde, había conseguido controlar su ritmo cardíaco.

—No tienen mucha carne —observó Jack, mostrándole los dos huesos para que ella los inspeccionara—, pero tienen mucho tuétano. —Charity asintió con frialdad y se ocupó de abrir su monedero mientras esperaba a que él los envolviera en papel de periódico—. Son tres peniques.

Charity le pagó, le dio las gracias con cortesía e incluso logró hacer un pequeño gesto con la cabeza mientras cogía el paquete y salía tranquilamente de la tienda. Una vez fuera, su compostura comenzó

a desmoronarse mientras se apresuraba a desatar a Freddy lo más rápido posible. De hecho, estaba tan concentrada en su tarea que no vio al líder de los contrabandistas salir de detrás del mostrador para mirarla con aire pensativo.

Charity caminó con rapidez y llegó al Descanso del Pescador antes de la hora acordada, pero, después de dudar unos instantes en el umbral, al fin decidió que, como mujer adulta, sería una tontería quedarse fuera pasando frío y arriesgarse a coger un constipado o algo peor, cuando dentro estaría perfectamente cómoda.

De hecho, al empujar la puerta, decidió darse el gusto de tomar un chocolate caliente mientras esperaba a que llegaran los tres hombres.

Al despertar, Jago se dio cuenta de que no se atrevía a volver al trabajo. Tenía hasta el atardecer para proporcionarle a Jack algún tipo de información útil, pero, por alguna razón, no creía que tuviera tanto tiempo. Sobre todo, teniendo en cuenta que estaba engañando al contrabandista. En realidad, no tenía ninguna información.

Jago lo había hecho todo mal. Se había esforzado demasiado y había llamado la atención de Jack por todas las razones equivocadas. Había esquivado a dos matones del líder de la banda, pero no estaba seguro de poder burlar a un tercero. Y los dos últimos ataques habían sido más que advertencias.

Tenía que descubrir la verdadera identidad de Jack. Hoy mismo. Si se marchaba sin saber quién era realmente el contrabandista, no tendría otra oportunidad. Una vez que tuviera esa información, podría llevarla a las autoridades y dejar que ellas se ocuparan del bastardo. Jago se obligó a apartar de su mente la posibilidad de que Jack estuviera a sueldo de alguien mucho más importante. Alguien que bien podría frustrar todos sus esfuerzos por ver colgado al asesino.

Jago tuvo que reconocer que no podía llevar a cabo la tarea él mismo. La venganza lo había impulsado desde la muerte de Genevieve. No le importaba lo que a él le sucediera si lo capturaban, si así conseguía condenar a Jack y poner fin a su reinado de terror. Pero eso había cambiado desde su encuentro fortuito con Charity Shackleford. Después de tanto tiempo, al fin se atrevía a esperar que tenía algo por lo que vivir.

Pero ahora no era el momento de pensar en finales felices. Primero tenían que sobrevivir. Se levantó de la cama, se echó agua fría en la cara y se vistió, arrugando la nariz por el olor ligeramente mohoso de la ropa. Hacía mucho que no se preocupaba por su aspecto o por cómo olía. Las personas con las que se había relacionado durante los últimos dos años solo tocaban el agua si se caían al mar.

Dejó atrás todas sus pertenencias, excepto la ropa que llevaba puesta. No volvería. Puso las llaves sobre la pequeña cama y una moneda para pagar el alquiler y salió del cuarto.

Mientras emprendía el largo camino de vuelta a la ciudad, se concentró en lo que tenía que hacer. Encontrar a Jack, encontrar la manera de liberar a la madre del cura y llevarlos a todos a un lugar seguro. Pero, aunque Charity no pudiera identificar a Jack, Jago tenía que marcharse de Dartmouth antes del anochecer, y no podía dejar allí a Charity y a su padre.

La conexión de los Shackleford con Mary Noon, y con él mismo, acabaría llamando la atención de Jack. Y, como Jago había aprendido por las malas, el contrabandista nunca dejaba cabos sueltos.

—Señor, señor... señor —susurró Percy de forma frenética en la penumbra, y Augustus Shackleford abrió los ojos—. Oh, gracias a Dios —respondió el coadjutor con fervor.

Parpadeando, el reverendo miró fijamente el rostro mugriento que se encontraba a pocos centímetros de él. La escasa luz que proyectaba la trampilla abierta sobre sus cabezas le daba al

coadjutor un aspecto casi demoníaco y, durante un segundo de horror, el reverendo pensó que había estirado la pata y había acabado en el infierno.

—Cielo Santo —murmuró cuando al fin se recompuso—. ¿Qué rayos ha pasado?

—Nos hemos caído —respondió Percy con brusquedad, esperando que su superior hubiera olvidado lo que había dicho antes.

El reverendo miró a su alrededor. Por suerte, habían caído sobre un montón de sacos vacíos. Aunque magullados y maltrechos, ninguno de los dos parecía haberse roto nada.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Unos minutos, creo.

El reverendo Shackleford se puso en pie con dificultad y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Poco a poco, empezó a distinguir barriles y cajas, todos apilados unos encima de otros.

—Que Dios nos ayude, Percy —susurró—. Aquí es donde esconden el maldito contrabando.

—¿Qué vamos a hacer, señor? —preguntó Percy con voz temblorosa, mientras luchaba por controlar el pánico.

—Bueno, no podemos volver por donde hemos venido —replicó el reverendo—, así que solo nos queda esperar que, una vez encontremos a Mary, haya otra salida.

—¿De verdad cree que está aquí, señor?

El reverendo Shackleford asintió.

—Está aquí, muchacho. Si ese Joseph Smith no es un embustero de tomo y lomo, me comeré tu próximo sermón. Bien, tiene que haber una puerta. Ese agujero de ahí arriba no puede ser la única entrada. A los contrabandistas les daría un ataque si tuvieran que subir los barriles por esos escalones.

Al cabo de un minuto, divisaron una puerta baja en la esquina más alejada.

—Ponte detrás de mí —le ordenó el reverendo Shackleford a Percy. Como era de esperar, este no discutió.

Por suerte, la puerta no estaba cerrada con llave y, tras empujarla con cautela y abrir una rendija, el reverendo se asomó. Había una vela de sebo clavada en un aplique tosco, bastante alto en la pared.

—Bueno, aquí hay alguien —murmuró—. No me imagino que se arriesgaran a dejar una vela encendida si no fuera así.

Abrió la puerta un poco más y salió al estrecho pasillo, con Percy pegado literalmente a su espalda.

Ambos avanzaron de puntillas por el pasillo hacia una puerta al fondo, justo a tiempo para oír, al otro lado, la nada melodiosa voz de la madre de Percy declarar que, si ese desgraciado se acercaba un paso más, le cortaría sus partes y se haría con ellas unos pendientes.

Doce

Charity casi había terminado su chocolate caliente y empezaba a ponerse nerviosa. Una cosa era decidir que ya era una mujer de mundo y atreverse a estar sola en una cafetería durante media hora, y otra muy distinta quedarse allí tanto rato que acabara atrayendo todas las miradas. Además, intuía que la presencia de un perro tan grande a sus pies no ayudaba precisamente a pasar desapercibida.

Acababa de decidir que iría a buscar a su padre y a Percy cuando oyó que se abría la puerta. Alzó la vista, esperanzada, y el corazón le dio un vuelco al ver entrar a Jago Cardell. Era tan alto que empequeñecía a todos los que estaban dentro. Charity tragó saliva y le dedicó una sonrisa algo insegura. En realidad, no era mucho más apropiado sentarse en una cafetería a solas con un caballero soltero que estar allí sin compañía alguna. No se le había pasado por la cabeza que él pudiera llegar antes que su padre, dejándola así sin chaperona.

Sin embargo, a Jago Cardell no pareció incomodarle lo más mínimo encontrarla sola. Le devolvió la sonrisa y se acercó a la mesa con paso decidido.

—¿Puedo sentarme, señorita Shackleford? —le preguntó él por cortesía. Charity inclinó la cabeza con tanta elegancia como le

permitió su rubor. Sin duda, cualquiera que la observara en ese momento pensaría que era una mujer fácil.

Apenas se hubo sentado Jago, la camarera acudió deprisa a tomarle nota, lanzándole una inconfundible mirada de admiración. Por algún motivo, Charity se sintió irritada por la descarada sonrisa de la mujer y, como resultado, su petición de una taza de té sonó más como una orden, lo que, por supuesto, solo consiguió enfadarla consigo misma. La muy impertinente ni siquiera parecía notar las miradas de desaprobación que le dirigía Charity y, después de que la moza le dedicara al apuesto forastero una última sonrisa coqueta, se alejó meneando las caderas camino de la cocina.

—¿Se han retrasado su padre y Percy? —preguntó Jago, agachándose a acariciar a Freddy.

—Estoy segura de que no tardarán —respondió ella, con tal sequedad que Jago la miró extrañado.

«Maldita sea», pensó Charity, mordiéndose la lengua. No era el momento para que los celos asomaran la cabeza, no con todo lo que estaba en juego.

—Perdone mi rudeza, señor Cardell —se excusó enseguida—. Creo que los nervios pueden conmigo.

No era del todo mentira.

El señor Cardell le aseguró que no había sido ruda en absoluto, y entonces regresó la camarera con el té. Esta vez, Charity fue capaz de dirigirle una sonrisa tan educada que hasta Grace la habría aprobado. En cuanto se quedaron a solas de nuevo, Charity respiró hondo.

—Tengo que contarle algo importante —murmuró, esforzándose por mantener la voz baja—. Pensaba esperar a que llegara mi padre, pero no creo que la información pueda seguir esperando.

Jago Cardell arqueó las cejas, en lugar de responder. De hecho, parecía debatirse consigo mismo, así que Charity aguardó en silencio, sin saber si debía seguir hablando. Cuando él habló por fin, le sorprendió su tono de resignación, aunque Charity no supo a qué se debía.

—Yo también tengo novedades que compartir con usted, señorita Shackleford, y creo que pueden cambiar todo lo que hablamos anoche —declaró, tomando un sorbo de té y mirándola con atención. Charity comprendió que él esperaba que ella tomase la palabra.

Charity apartó su taza con ambas manos y volvió a tomar aire.

—He visto a Jack —susurró.

Como Jago parecía no entender, añadió:

—Hoy mismo. —Hizo una pausa y sonrió con cierta satisfacción—. Sé quién es. Charity vio el momento exacto en que su noticia le caló de verdad. Pensó que él se mostraría eufórico, pero lo único que percibió fue un inmenso alivio—. Creo que su verdadero nombre es George —añadió—, y trabaja en la carnicería junto al muelle.

—¿Cómo...? —acertó a decir Jago, deseando que la taza contuviera algo mucho más fuerte que té.

—Será mejor que empiece por el principio —suspiró Charity—; así entenderá por qué mi padre y Percy no han vuelto todavía. —Y a continuación le relató, con detalle, todo lo sucedido desde que su padre descubrió la desaparición de Mary Noon, hasta el momento en que ella misma dio con la identidad del escurridizo Jack—. Por desgracia, no tengo ni idea de dónde pueden estar ahora mi padre y Percy —concluyó, sin poder disimular su preocupación—. La última vez que hablamos iban a ver al responsable de Aduanas por lo de Mary. —Hizo una mueca, resignada—. Me gustaría poder decir que es raro que mi padre desaparezca durante horas, pero la verdad es que no lo es. Eso saca de quicio a mi madrastra.

—¿Cree usted que su padre habrá averiguado algo sobre Mary y ha decidido actuar por su cuenta? —preguntó Jago, tenso.

Charity meditó unos segundos.

—Su... tendencia a involucrarse en asuntos ajenos le ha metido a él y al pobre Percy en más líos de los que puedo recordar —suspiró—, aunque ni siquiera mi padre sería tan imprudente como para enfrentarse solo a una banda de contrabandistas asesinos.

Un alboroto en la cocina atrajo su atención.

—i¿Pero qué demonios cree que está haciendo?! —oyó exclamar a una mujer.

Y, para sorpresa de Charity, la voz de su padre contestó con el mismo fervor que solía reservar para leer el párrafo final de uno de los épicos sermones de tres horas de Percy:

—Puede que haya oído decir que los designios de Dios son inescrutables, buena mujer, pero ante usted tiene la prueba viviente. Un pecador que acaba de recibir en este mismo instante un mensaje del Altísimo. Una epifanía, por así decirlo.

—¿Una qué?

—Así es, puede que sea usted la primera en presenciar con sus propios ojos «el camino de Damasco» de mi acompañante.

El reverendo apareció entonces en la puerta, buscando a Charity con ansiedad. Ella apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué no llevaba su levita de clérigo cuando él, de repente, volvió a girarse, gritando «¡Alabado sea el Señor!», y arrastró fuera de la cocina a una figura huesuda que llevaba puesta la dichosa levita.

Por un instante, Charity se quedó mirando a aquella criatura desgreñada y mugrienta, hasta que, con una mezcla de incredulidad y alivio, reconoció a Mary Noon.

—Dios te bendiga, hijo —rio Mary, mientras el reverendo la conducía decidido hacia la puerta, con Percy pisándole los talones. Al pasar por la mesa, el reverendo les susurró: «El cuarto de Percy», sin detenerse. Y, en cuestión de segundos, habían desaparecido.

Charity miró entonces a Jago Cardell, que contemplaba la escena entre estupefacto y divertido.

—Bueno, creo que con eso queda respondida su última pregunta —señaló ella, irónica.

—¿Cómo ha conseguido liberar a Mary eludiendo a Joseph Smith? —le preguntó Charity a su padre.

—Bueno, seguro que al hombre le va a doler la cabeza, pero está claro que el Altísimo nos dio su visto bueno, porque dejó un mazo a nuestra disposición —respondió el reverendo, encogiéndose de hombros—. Luego solo tuvimos que seguir nuestro instinto. A decir verdad, no pienso volver a esa cafetería, después de ver el estado de la maldita cocina. —Se estremeció.

—Supongo que no han matado al guardia... —comentó Jago con sorna.

—Por supuesto que no —replicó el reverendo—, aunque confío en que siga dormido un buen rato.

—¿Llegó él a verlos? —preguntó Jago.

El clérigo negó con la cabeza.

Jago suspiró y se preguntó cómo había acabado discutiendo sobre mazazos a guardias con un párroco rural. Mientras tanto, la madre del cura parecía dispuesta a huir a la primera oportunidad.

—¿Le han hecho daño, señora Noon? —preguntó Jago.

Mary, aún envuelta en la levita del reverendo, parecía haber sufrido mucho en las últimas horas. Bajo una capa de suciedad, su rostro

estaba pálido y demacrado.

—Esos cabrones no se atrevieron a pegarme demasiado, o su amo les habría pedido cuentas. —Hizo una pausa y puso una mueca de dolor—. Solo quiero irme a casa.

—¿Estará segura allí, madre? —intervino Percy, por primera vez.

El pobre coadjutor parecía desear encontrarse en cualquier otra parte, y Jago temió que un simple soplo de aire pudiera llevárselo.

—Pero usted misma dijo en la cárcel que no duraría ni cinco minutos en Salcombe —apuntó el reverendo, dudoso.

— Lo he pensado desde entonces. Nadie vendrá a por mí si mantengo la cabeza gacha —replicó Mary Noon—. Jack solo se puso hecho una furia porque me metí de cabeza justo delante de esos botarates.

Jago comprendió que se refería a los agentes de Aduanas y preguntó:

—¿Y ellos? ¿Cree que intentarán llevarla de vuelta a Dartmouth?

—No les intereso. Tienen cosas más importantes que hacer. La culpa fue mía por dejarme atrapar; caí en su maldita trampa, pero saben que no pienso delatar a Jack. Seré vieja, pero no he perdido la cabeza.

Jago se preguntaba cuánto más sabría esa mujer, pero, al ver el miedo en sus ojos, supo que nunca traicionaría a los contrabandistas.

—¿De veras cree que estará a salvo en Salcombe si la llevamos allí? —insistió.

—¿Y cómo se supone que lo vamos a hacer? —quiso saber Charity —. No creo que nuestro carruaje pueda circular con facilidad por esas carreteras, no en esta época del año.

Jago inspiró hondo.

—No pueden llevarla en el carruaje, y ustedes tampoco pueden volver a casa en él —sentenció—. De hecho, no deberían regresar todavía. Al menos, hasta que Jack esté entre rejas.

—¿Entonces pretendes acabar con ese bastardo? —le preguntó Mary, antes de que alguien le contestara.

—Sí —replicó Jago, sin rodeos.

Mary le sostuvo la mirada unos segundos y luego soltó una carcajada ronca.

—Ojalá lo consigas. El día que cuelguen a ese canalla será demasiado tarde para mi gusto.

—¿Por qué no podemos volver a casa? —preguntó Charity, extrañada.

—Porque nos encontraría —respondió el reverendo, abatido.

—Pero él no sabe quiénes somos ni dónde vivimos —protestó ella.

—El posadero sí. Al menos sabe nuestros nombres. Y a Jack le costaría muy poco descubrir nuestro parentesco con Nicholas.

Nicholas otra vez. Era la segunda vez que Jago oía mencionar ese nombre. Estaba claro que se trataba de alguien influyente. Quizá pudiera ayudarles a llevar a Jack ante la justicia. Si conseguían arrestar al bastardo, claro está. Se propuso investigar el asunto una vez que estuvieran a salvo fuera de Dartmouth.

—Y con Nicholas en Londres y Grace en Torquay —continuó el reverendo—, en casa solo quedan Agnes y los pequeños. Si volvemos ahora, llevaremos a esos malditos desalmados directamente hasta ellos.

—Pero ¿por qué demonios iba a perder el tiempo persiguiéndonos? —objetó Charity—. No tiene ni idea del papel que hemos desempeñado. Y no creo que él...

Jago, muy consciente del silencio interesado de Mary Noon, la interrumpió con rapidez.

—No podemos estar seguros de nada —declaró—. Y cualquier medida que tomemos es solo por precaución. —Se volvió hacia la madre de Percy—. Venga conmigo, señora Noon. Primero nos ocuparemos de su seguridad. —Ella entrecerró los ojos, dándose cuenta de que él quería que se marchara.

—Es mejor que se vaya ahora, madre —añadió Percy, poniéndole la mano en el hombro.

Mary miró a su hijo y esbozó una sonrisa triste.

—Estás deseando deshacerte de mí, ¿eh, Percy?

El coadjutor se movió incómodo, pero se mantuvo firme.

—No puedo aprobar sus acciones, madre —murmuró—, pero no deseo que le ocurra nada malo. Y si se queda más tiempo en Dartmouth, puede que acabe de nuevo entre rejas, o algo peor.

Ella suspiró y asintió con la cabeza, poniéndose en pie.

—¿Vendrás a verme? —le preguntó, sin poder ocultar su esperanza, a pesar de la estudiada indiferencia de su voz.

Percy reflexionó unos segundos.

—Lo haré —respondió al fin.

Satisfecha, ella asintió.

—Pues dese prisa, Cardell —dijo con desdén—. No tengo todo el día.

Jago se volvió hacia los demás.

—Hagan su equipaje y digan al cochero que esté listo. Volveré tan pronto como pueda.

Trece

Charity repasaba mentalmente una y otra vez los acontecimientos de los últimos días mientras reunía sus pocas pertenencias. La atracción que sentía por Jago Cardell palidecía ante la incertidumbre a la que se enfrentaba ahora. ¿A dónde demonios iban a ir? Evidentemente, fuera cual fuera el destino que él tenía en mente, no quería que Mary Noon lo supiera. Charity se sentía enferma de miedo por su familia y le temblaban tanto las manos que se dejó caer sobre la cama y las apretó con fuerza sobre su regazo para que dejaran de temblar.

Sintiendo su angustia, Freddy gimió con suavidad y le dio un cabezazo en la mano. Charity lo acarició con aire distraído y recordó sus propios comentarios mordaces sobre el comportamiento desenfrenado de su gemela. ¿Y si esa era la última vez que veía a Chastity? Jago Cardell podría estar planeando llevarlas a América. Una sensación de pánico comenzó a apoderarse de ella. Ella no podía, no quería dejar a su hermana.

Charity dio un respingo cuando unos fuertes golpes sonaron en la puerta. Agradecida por la distracción, respiró hondo y se puso en pie. Sin duda sería su padre, pensando en darle otra charla.

Para su sorpresa, al abrir se encontró cara a cara con el objeto de sus pensamientos.

—Soy consciente de lo inapropiado de mi petición, señorita Shackleford —murmuró el señor Cardell mientras ella lo miraba desconcertada—, pero deseo hablar con usted urgentemente. ¿Puedo pasar?

Sonrojada ante la idea de permitir que un hombre que no fuera su padre entrara en su habitación, Charity se hizo a un lado sin decir palabra.

—Puede estar segura de que nadie me ha visto entrar, pero, no obstante, iré al grano —añadió él cuando ella siguió sin hablar—. Tengo motivos para creer que Jack sospecha que usted lo ha reconocido —afirmó sin rodeos.

—¿Por qué... cómo? —tartamudeó Charity—. Le aseguro que fui muy prudente.

—No lo dudo, señorita Shackleford, pero este hombre ha vivido de su ingenio durante años y no habría sobrevivido sin desarrollar un instinto muy superior al de la mayoría. —Jago se acercó a la ventana y miró hacia el patio, con cuidado de no ser visto.

—¿Cómo sabe que él sospecha? —preguntó Charity, uniéndose a él.

—Algunas personas han estado haciendo preguntas sobre una joven con un perro —respondió Jago con severidad—. Es solo cuestión de tiempo que sus pesquisas los traigan aquí. —Al volverse, sus ojos se posaron en la bolsa de viaje—. ¿Ha terminado de hacer el equipaje?

Charity asintió, empezando a sentirse un poco mareada.

—Y Mary? —preguntó, luchando contra las náuseas.

—Se ha ido —respondió Jago—. Tiene un pasaje a bordo de un barco pesquero con destino a Salcombe. —Respiró hondo—. Usted, su padre y Percy deben estar listos para partir con la marea alta —continuó, en un tono que no admitía réplica.

—¿Adónde piensa llevarnos? —susurró Charity, presa del miedo.

Jago iba a responder que eso no importaba, cuando de repente se dio cuenta de que ella estaba realmente angustiada. De hecho, parecía a punto de desmayarse. Tragándose un epíteto tan inapropiado como su propia presencia en el dormitorio de una dama, Jago respiró hondo. Era obvio que él estaba manejando mal la situación. Lo único que había conseguido era darle un susto de muerte.

—A mi casa en Cornualles —dijo al fin, decidiendo que la honestidad era la mejor política. De hecho, a estas alturas, no había tiempo para nada más.

—Oh...

Su respuesta pareció dejarla sin aliento, y Jago no pudo evitar preguntarse adónde demonios creía ella que él iba a llevarlos.

—Jack no sabe nada de aquel lugar —continuó—. Allí estará a salvo hasta que haya pasado el peligro para usted y su familia.

—Pero ¿qué le impedirá a Jack enviar a sus matones a Blackmore? —replicó Charity.

—Blackmore. ¿Es ahí donde vive usted? —Quiso saber Jago, preguntándose dónde había oído ese nombre antes. Charity se mordió el labio y asintió.

—Jack no querrá llamar la atención sobre sí mismo ni sobre sus actividades, a menos que sea absolutamente necesario —la tranquilizó él—. Le aconsejaré a su padre que le comente al posadero que su destino es Plymouth y que estarán allí una semana. —Hizo una pausa, y pensó con rapidez—. Es importante que los vean salir de Dartmouth en su carruaje, pero, una vez en el pueblo de Stoke Fleming, los estaré esperando. Su carruaje continuará entonces hacia Blackmore.

—¿Funcionará? —preguntó Charity, preocupada.

—Es lo mejor que podemos hacer, dadas las circunstancias —respondió Jago con sencillez. Ella asintió, agradecida de que él no hubiera intentado endulzar la situación—. Por favor, esté lista para partir en una hora —concluyó Jago, volviéndose hacia la puerta. Sin embargo, cuando su mano tocó el pomo, se detuvo y, segundos después, se volvió hacia Charity con el rostro sombrío—. No he sido del todo sincero con usted, señorita Shackleford —declaró con rudeza—. No es la única a quien Jack quiere asesinar.

—Usted... —dijo Charity en un susurro, mirando fijamente su rostro, de una belleza austera.

—Yo —le confirmó él con sequedad—. ¿Sabe que he pasado los últimos dos años tratando de infiltrarme en la banda de Hope Cove, con la esperanza de descubrir la verdadera identidad de Jack? —Esperó a que Charity asintiera antes de continuar—. Bueno, parece que mis esfuerzos por llamar su atención han tenido éxito, pero no de la forma que esperaba. —Jago apretó los labios—. Por desgracia, parece que sobreestimé mis dotes de espía.

—¿Y a qué se dedica cuando no está intentando infiltrarse en peligrosas redes de contrabando? —murmuró Charity.

—Mi familia es propietaria de una mina de estaño. Cardell es un apellido falso. Mi verdadero nombre es Jago Carlyon.

—¿Jack lo sabe? —le preguntó Charity, y él negó con la cabeza—. Entonces, está claro que usted no carece por completo de talento —respondió ella con una leve sonrisa.

Incapaz de evitarlo, él le devolvió el gesto, y sintió una extraña felicidad al comprobar que ella no lo había condenado por no revelarle toda la verdad.

—Pero debe saber que, al aliarse conmigo, podrían estar navegando hacia aguas aún más turbulentas —se sintió obligado a decir.

—No contamos con nadie más —respondió ella encogiéndose de hombros.

Y era cierto. En ausencia de Nicholas, ella no se atrevía a dejar que su padre tomara las riendas. Ella lo quería con toda el alma, pero la tendencia de él meterse en líos... En fin, con o sin su papel de maestro de espías, Jago Carlyon era su mejor opción.

Charity intentó acallar esa vocecita interior que insistía en que ella no soportaría despedirse de él: «Todavía no. Quizá... nunca».

—Debo irme —murmuró Jago entonces, sin ningún deseo de hacerlo.

Allí, aquel lugar los aislaba del mundo, como si estuvieran a un paso de todo lo demás. Él se preguntó cómo sería conocerla de veras. Simplemente bailar, coquetear y mantener una conversación ingeniosa. En cuanto el pensamiento le cruzó la mente, él estuvo a punto de soltar una carcajada. Su habilidad para conversar no era mejor que sus dotes para el espionaje.

—¿Encuentra algo divertido, señor Carlyon? —preguntó Charity al advertir el amago de sonrisa en sus labios.

Jago mandó la prudencia al diablo.

—Solo que usted debe saber que me atrae, señorita Shackleford, y yo me preguntaba cómo habría sido todo si nos hubiéramos conocido en un salón de baile.

—¿Y eso le resulta gracioso? —replicó ella, y sintió que el corazón le martilleaba en el pecho.

Él negó con la cabeza y se acercó un paso. Charity se mantuvo firme, clavando la mirada en unos ojos dorados que no hacían el menor esfuerzo por ocultar la intensidad de su atracción.

—Me imaginaba a los dos conversando —murmuró Jago con ironía —. Y debe saber que yo no soy un hombre elocuente.

—Creo que cualquiera que usa la palabra «elocuente» lo es, por definición —susurró Charity, obligándose a rebajar el chispazo súbito que había saltado entre los dos.

Como si estuviera soñando, vio cómo él alzaba la mano y apartaba de su rostro un mechón que se había soltado para colocárselo detrás de la oreja.

—Tan hermosa... —murmuró Jago con la voz ronca.

Charity no se movió; se limitó a maravillarse ante el anhelo que ardía en la mirada de él. Ella bajó la vista hasta los labios generosos que tenía delante, y sintió un repentino latido en lo más profundo de su ser, mientras se preguntaba cómo se sentiría si la besara. El suspiro brusco de él le hizo saber que era muy consciente del rumbo de sus pensamientos. Con el rostro tenso, casi endurecido por el esfuerzo, Jago hizo ademán de apartarse. Sin pensarlo, Charity extendió el brazo y le apoyó la mano en el pecho.

—Por favor... —susurró Charity.

Con un gemido grave, Jago dio un paso adelante y la atrajo hacia sí; sus manos, como brasas al rojo vivo, se posaron sobre los hombros de ella. Durante un largo instante, él la miró desde arriba, y Charity vio su tormento. Entonces, ella alzó la mano y le acarició la mejilla con tanta suavidad que Jago perdió el control. La rodeó con sus brazos y deslizó sus grandes manos por sus hombros mientras su boca conquistaba sus labios con un ansia salvaje, como si una presa hubiera reventado en su interior.

Perdida en un mar de sensaciones, Charity supo al instante qué debía hacer: hundió sus dedos en el cabello de Jago y se pegó a él. Sintió sus labios, cálidos y aterciopelados, hasta que su lengua se entrelazó con la de ella, saboreándola sin reservas. Charity se embriagó con la sensación del cuerpo masculino, duro y ardiente, apretado contra el suyo. Jago era tan grande, tan fuerte..., pero Charity no sintió miedo; solo una poderosa sensación de refugio, como si él la envolviera y protegiera por completo. Y entonces, de pronto, casi con brusquedad, Jago se detuvo. La sujetó con fuerza, inmóvil, con unos brazos que parecían de hierro. Confundida, palpitando aún con sensaciones desconocidas, Charity alzó la mirada hacia su rostro. Jago tenía los ojos cerrados y respiraba a

trompicones, esforzándose por recobrar el control. Al cabo de unos segundos, estremecido, apoyó la frente en la coronilla de ella y murmuró su nombre con suavidad. Por fin, él aflojó aquel abrazo férreo y la tomó entre sus brazos. Sin embargo, el refugio duró muy poco, porque enseguida la apartó con firmeza.

—Perdóneme —murmuró Jago—. Yo...

Antes de que pudiera decir nada más, Charity puso su dedo índice en los labios de él.

—Por favor, no diga nada —le susurró—. Ahora no.

Jago la miró fijamente y ella sintió ganas de gritar ante el arrepentimiento que vio en sus ojos. Entonces, de repente, él asintió y dio un paso atrás.

—La esperaré en Stoke Fleming —dijo Jago antes de girarse y dirigirse con paso decidido hacia la puerta. Se detuvo un instante para asegurarse de que el rellano estaba despejado, y luego desapareció. Segundos después, Charity escuchó un leve golpecito en la puerta de su padre.

En cuanto se quedó a solas, Charity se dejó caer sobre la cama, llevándose los dedos a los labios con incredulidad. Ni en sus sueños más descabellados habría imaginado que un simple beso pudiera afectarla tanto. Incluso ahora, todo su cuerpo hormigueaba con esa necesidad inquieta y desconocida. Recordó la sombra de pesar en los ojos de Jago. ¿Era por haberse visto obligado a detenerse, o porque creía que besarla había sido un error? No tenía forma de saberlo, pero Charity se prometió a sí misma que, tan pronto como estuvieran a salvo, no descansaría hasta averiguarlo.

La salida del Castle Inn transcurrió sin contratiempos. El posadero se mostró tan amable como cortés al recibir el pago y desearles buen viaje hasta Plymouth. Aun así, cuando Charity subió al carruaje, no pudo evitar un escalofrío, como si sintiera una mirada clavada en la

espalda. Solo cuando el carruaje abandonó el patio de la posada, su inquietud empezó a disiparse. Por suerte, una doncella había tenido la previsión de prepararle un calentador para los pies. Cerró los ojos, se recostó contra el asiento tapizado y abrazó a Freddy.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a Stoke Fleming? —preguntó Percy.

—Nunca he estado allí —respondió el reverendo encogiéndose de hombros—. Según Cardell, es un pueblecito a unas tres millas de Dartmouth.

Charity abrió los ojos. Estaba claro que Jago no le había confiado su nombre real a su padre.

—¿Sabe John a dónde tiene que ir? —preguntó, preocupada de repente por si el cochero se equivocaba de camino.

—Eso dice él —respondió su padre, animado, seguro de la eficacia de los criados del duque.

—¿Le ha dejado usted una nota a Agnes para avisarla de que nos retrasamos? —insistió Charity. No sería la primera vez que su padre desaparecía sin avisar a su esposa. Y, a juzgar por su gesto culpable, en esta ocasión tampoco lo había hecho.

—¿Y qué demonios iba a contarle? —protestó él—. No me atrevo a decirle la verdad, no sea que Jack llegue a enterarse. Y, aunque pudiera, no es que Agnes tenga a quien recurrir, con Grace en Torquay y Nicholas en Londres. Y si por un casual ella lograra enviarle un mensaje al duque, o a cualquiera de mis yernos, para cuando hubiesen organizado una partida de rescate, ya estaríamos sanos y salvos en casa, o en una tumba —concluyó con un suspiro resignado.

—Bueno, tendrá que dar instrucciones a John sobre lo que debe decir —zanjó Charity con firmeza.

—¿Quieres que le pida que mienta? —se escandalizó el reverendo.

—Usted miente constantemente, padre —le reprochó ella, exasperada.

—¡De ninguna manera! —respondió él, ofendido—. Puede que alguna vez me haya visto obligado a retorcer la verdad, pero solo en los casos más desesperados. Y, de todos modos, no es lo mismo que inducir al prójimo a que cuente embustes.

Charity suspiró.

—En fin, ya hablaré yo con él. Y si no hemos regresado para cuando Grace vuelva... —dudó—. Bueno, como usted dice, para entonces ya estaremos en casa.

La euforia que Charity había sentido tras el beso de Jago Carlyon se disipó un poco al enfrentarse de nuevo a la realidad, y el grito repentino del cochero terminó por devolverla al presente.

—Creo que ese es su caballero, allá, junto al seto —avisó el cochero, reduciendo la marcha. Charity asomó la cabeza por la ventanilla y su corazón se aceleró al distinguir a Jago de pie, a la sombra de un gran roble. Segundos después, Charity bajó del carruaje, con la bolsa de viaje en una mano y la correa de Freddy en la otra, tiritando al sentir el frío del atardecer.

Charity se acercó al cochero para entregarle el mensaje dirigido a su madrastra, procurando que no le temblara la voz. Mientras hablaba, notó un nudo en la garganta. John era el último vínculo que los unía a su hogar. Cuando él se marchara, estarían solos por completo. Sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y se las secó con rapidez, carraspeando para ocultar su debilidad.

—Cuídese mucho, John —logró decir con voz ronca.

—No se preocupe, señorita Charity —le respondió él, con la voz tan áspera como la de ella—. Conozco estos caminos como la palma de mi mano, me crie aquí. En cuanto llegue a casa, avisaré a la señora Shackleford para que no se inquiete. —Hizo una pausa, y luego se

inclinó un poco hacia delante, añadiendo en un susurro—: Y estaré esperando el regreso de Sus Excelencias... por si acaso.

Charity asintió, se mordió el labio y dio un paso atrás.

Sin más, el cochero inició la ardua tarea de dar la vuelta a caballos y carruaje, y cinco minutos después ya había desaparecido por una curva del camino.

Catorce

Sin mediar palabra, Jago los apartó del camino principal y los condujo por un sendero estrecho, lleno de baches. De vez en cuando, a través de los huecos en los setos, Charity distinguía el mar, de un verde casi esmeralda bajo el crepúsculo. Tras unos minutos de marcha, Jago le tocó el hombro y señaló la bolsa de viaje, ofreciéndose a llevarla. Charity, ya con el brazo entumecido, se la entregó, agradecida.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, esforzándose por avanzar entre el barro más espeso.

—A la Cala del Muerto —contestó Jago con sequedad, sin apartar la vista de los campos solitarios.

—Vaya, qué apropiado —ironizó Charity, a la vez que reprimía una risa nerviosa. Como no obtuvo respuesta, se mordió el labio, preguntándose si habría parecido frívola.

—¿Cuánto falta para llegar a su casa? —inquirió el reverendo, jadeando mientras intentaba no perder el equilibrio con una bolsa en cada mano—. Eso, si no me da un infarto antes de tener que subir a un barco en un lugar llamado la Cala del Muerto.

Jago se volvió apenas un instante.

—¿Necesita descansar? —dijo, sin responder a la pregunta del reverendo.

—No, estamos acostumbrados a recorrer el campo arrastrando equipaje para una semana, ¿verdad, Percy? —respondió el señor Shackleford, sin dejar de resoplar.

Jago vaciló un segundo, con la urgencia escrita en su rostro, y acabó tomando una de las bolsas de manos del reverendo.

—Tenemos que llegar a la cala antes de que cambie la marea —explicó apretando los dientes—. Si no llegamos a tiempo, el barco se irá sin nosotros. —Luego, colgándose la bolsa al hombro, imitó el sarcasmo de Augustus—. No sé usted, reverendo, pero yo prefiero no pasar la noche varado en un lugar llamado la Cala del Muerto. —Y con eso, siguió caminando a zancadas.

El trayecto se les hizo eterno —aunque probablemente no duró ni una hora— hasta que, por fin, después de trepar por una roca, salieron al sendero de la costa. El único que no jadeaba era Freddy, que parecía disfrutar de todo como si fuera un juego. El reverendo se dejó caer sobre una piedra y se abanicó con los faldones de su levita.

—No podemos quedarnos aquí —les apremió Jago—. Estamos demasiado expuestos y, créanme, estos acantilados están vigilados.

Les hizo avanzar delante de él y los guio hasta un matorral espeso al lado opuesto. El terreno caía en pendiente hacia el acantilado y, tan pronto como comprobó que nadie podía verlos, Jago se puso de nuevo a la cabeza del grupo y fue abriéndose camino con cuidado hasta el borde. Justo cuando Charity empezaba a temer que tuvieran que descolgarse por una cuerda, él giró a la izquierda y descubrió un paso oculto.

El sendero para bajar a la cala era tan estrecho y empinado que casi daba vértigo, pero de alguna manera todos lograron llegar abajo,

donde aguardaba un pequeño barco pesquero, bien resguardado de miradas curiosas por una enorme columna rocosa.

—No está allí, Jack, lo siento. He buscado en todos los malditos callejones de Dartmouth, pero Cardell ha desaparecido. Me imagino que el viejo Flynn habrá asustado al cabrón.

—Te dije que lo mataras si no hablaba —respondió Jack, con una calma que hizo temblar a más de uno de los seis hombres sentados con él—. Quiero que lo encontréis —añadió, sin alzar la voz—. Y lo quiero muerto. —Cambiando de tema, se volvió hacia su segundo al mando—. ¿Y la chica del perro?

—Seguimos tras su pista, Jack —repuso Will Dolby, esforzándose por parecer tranquilo.

—¿También se ha esfumado? —la voz de Jack seguía igual de serena, pero Will se estremeció—. La encontraremos, no hay duda —farfulló—. Solo es cuestión de tiempo.

Jack lo fulminó con la mirada, y el sudor empezó a perlar la frente de Will.

—¿De verdad crees que tenemos tiempo?

—Mañana le echaremos el guante, Jack. Un tipo la vio entrar en la posada, se acordaba del perro. Yo mismo iré al amanecer.

—¿Y Mary? —se atrevió a preguntar alguien, aunque en seguida se arrepintió, al sentir la mirada helada del jefe.

—No hemos perdido a Mary, ¿verdad? Sabemos perfectamente dónde se ha metido esa zorra. —Esbozó una lenta sonrisa que aterrorizó a sus hombres más que cualquier cosa que hubiera dicho hasta entonces—. Mientras crea que está a salvo en Salcombe, puedo esperar el tiempo que haga falta para destriparla.

Charity estaba sentada en la cubierta, acurrucada con la cabeza entre las rodillas. Jago le había dicho que aquella no era «la parte de atrás», sino la popa. A ella no le importaba cómo se llamara, era la primera y última vez que pisaba un barco.

Tenía el estómago revuelto y se preguntaba si volvería a comer alguna vez. Especialmente pescado. Jago le había dicho que comer algo le ayudaría, y que ponerse de pie y mirar al horizonte le aliviaría las implacables náuseas. Para ser justos, Jago no había hecho ningún comentario cuando ella vomitó en la cubierta «de popa» y él le pasó el cubo después.

Lo peor era que su padre, Percy y Freddy habían demostrado ser excelentes marineros. Charity podía oírlos roncar ruidosamente bajo una vieja manta sucia que parecía haber sido utilizada como red. Era obvio que el olor no les molestaba, pero cada vez que Charity percibía el tufo, tenía que meter la cabeza en el cubo. Esperaba que en la casa de Jago hubiera un lavadero donde ella pudiera lavar su ropa.

—¿Cómo está? —La voz grave de Jago llegó desde la proa, y ella se animó a levantar la cabeza.

—Deseando estar muerta —le respondió ella con voz ronca.

—Beba un poco de agua —le ordenó él, sentándose a su lado y ofreciéndole un frasco.

Charity aceptó y, para su sorpresa, el líquido fresco le alivió el malestar. Dio otro sorbo con más calma.

—¿Tiene frío?

—No tanto como para taparme con eso —replicó Charity, señalando con la barbilla a sus tres compañeros de viaje, dormidos como lirones.

Jago rio entre dientes, desapareció un momento y regresó con un jersey enorme de lana gruesa.

—No se preocupe, es mío —le aseguró él mientras lo colocaba sobre los hombros de Charity.

Ella se arrebujó con el jersey, agradecida.

—Se llama *gansey* —le explicó Jago—. Es la prenda de trabajo básica de todos los habitantes de Cornualles desde, bueno, desde. —Hizo una pausa—. Mi madre lo tejió para mi decimotercer cumpleaños, la primera vez que bajé a la mina.

Charity lo miró, pero no su expresión era indescifrable a la luz de la luna.

—¿Sigue viva?

Él negó con la cabeza.

—Murió de tuberculosis hace casi diez años.

—La verdad es que yo apenas recuerdo a mi madre —susurró Charity—. Falleció al dar a luz a mi hermana Prudence.

Notó que Jago estuvo a punto de preguntar algo más sobre su familia, pero se quedó callado. De todos modos, ella no habría sabido por dónde empezar. Charity dio otro sorbo de agua, intentando ocultar su tristeza con una sonrisa, y desvió su atención al murmullo de los pescadores—. ¿De qué conoce a estos hombres? —preguntó con interés.

—Trabajé en los barcos de Salcombe —respondió Jago tras una pausa—. Estos hombres me han salvado la vida más de una vez.

—¿No temen provocar la ira de Jack al ayudarle? Seguro que tienen familia.

—Jack no sabe que tengo relación con ellos —aclaró Jago—. Son gente insignificante, se cuelan por las grietas, hacen solo lo imprescindible. Si Jack quisiera acabar con todos, no le quedaría tiempo para el contrabando. —Su gesto se ensombreció—. A veces le gusta demostrar quién manda. Hace un año secuestró a la hija de

Fred —añadió, señalando al pescador más robusto—. La vendió a unos piratas.

Charity ahogó un grito.

—Eso es horrible. ¿Y qué fue de ella?

—Murió —dijo Jago, sin dar más detalles.

—¿Y cómo supieron que fue Jack?

—Porque el propio bastardo se lo dijo.

Permanecieron en silencio unos minutos, hasta que Charity murmuró:

—Y aun así, han decidido ayudarle.

—Quieren que él desaparezca —respondió Jago con naturalidad—, y saben que yo no pararé hasta verlo colgado.

De pronto, Charity se dio cuenta de que su mareo casi había desaparecido, pero no quería que Jago la dejara todavía.

—¿Saben quién es usted en realidad? —le preguntó ella con un susurro.

Él soltó un suspiro.

—No me atrevo a correr ese riesgo.

Antes de que Charity pudiera insistir, Fred, el pescador corpulento, gritó:

—¡Barco a puerto, apagad las luces!

Al instante, la pequeña embarcación se sumergió en la oscuridad y, sin pensarlo, Charity agarró el brazo de Jago. Él vaciló solo un instante, luego la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí. Charity, encendida por la vergüenza, se dejó envolver por aquel calor protector. Quince minutos más tarde, dormía profundamente.

Al despertar, el amanecer teñía el horizonte. En algún momento, Jago la había acomodado en la cubierta y la había tapado con el jersey, que era casi lo bastante grande como para servirle de manta. Al incorporarse, Charity hizo una mueca de dolor, preguntándose si sería capaz de ponerse en pie. Se le había soltado el pelo de las horquillas, pero no podía hacer gran cosa al respecto. Se levantó al fin, se colocó los mechones rebeldes detrás de las orejas y miró a su alrededor, hasta que localizó a su padre y a Percy, de pie en la proa del barco. Con cuidado, sorteó las innumerables cuerdas y poleas y se dirigió hacia ellos. Freddy fue el primero en verla y le dio la bienvenida con un alegre ladrido.

—¿Ya estás mejor? —bromeó su padre—. Por un momento pensé que ibas a tirarte por la borda.

—Sí, mucho mejor, gracias —replicó Charity, apretando los dientes. A veces se preguntaba cómo alguien tan poco diplomático había acabado siendo un hombre de Iglesia.

—El mareo es terrible —añadió Percy, compadeciéndose con sinceridad.

Charity asintió.

—Es la primera vez que me subo a un barco de vela —confesó—. No tenía ni idea de que podía ser tan horrible. —Charity avanzó un paso y arrugó la nariz; la ropa de ambos hombres apestaba a la manta vieja bajo la que habían dormido—. Dios mío, espero que no tengamos que utilizar un coche de postas —dijo, poniendo cara de asco.

El reverendo aspiró sobre su manga y esbozó una sonrisa.

—Al menos es un olor honesto —declaró—. Estoy seguro de que el Todopoderoso no se molestará por nuestro tufo, ya que lo hemos adquirido cumpliendo su voluntad.

—En realidad, padre, lo que me preocupa no es el juicio del Todopoderoso —replicó Charity—. Me inquieta más...

El grito de «¡Tierra a la vista!» la interrumpió. Efectivamente, la costa de Cornualles comenzaba a recortarse a la luz del amanecer.

—¿Eso es Falmouth? —preguntó Charity cuando Jago se acercó por detrás. Ella sintió un súbito rubor al recordar que había dormido entre sus brazos unas horas antes, y la voz le salió un poco ronca, algo que no le pasó desapercibido a su padre.

Jago asintió, inclinándose sobre la barandilla para ver el puerto que se acercaba, ya animado por el trajín de los comerciantes.

—Nos quedaremos en Falmouth solo el tiempo justo para organizar el transporte —explicó—. Aquí me conocen y no quiero que mi padre se entere de mi regreso antes de tiempo.

—¿Tiene algún medio de transporte en mente? —Quiso saber Charity.

Jago se volvió y la miró con una expresión difícil de interpretar. A ella se le encogió el corazón al notar la distancia entre ambos, tan distinta a la complicidad de la noche anterior.

—Mi padre tiene una pequeña oficina en el puerto con un caballo y un carro para emergencias —contestó Jago—. No será un viaje cómodo, pero llegaremos a Tredennick a tiempo para desayunar. —Se apartó de la barandilla y se pasó la mano por el pelo alborotado —. Por favor, quédense a bordo y no se dejen ver hasta que yo vuelva —les pidió, serio y cansado, pero sin dejar espacio a protestas.

Charity lo vio alejarse y no pudo evitar reprenderse por su propia ingenuidad. ¿Qué esperaba? Jago tenía preocupaciones mucho más urgentes y probablemente llevaba años sin ver a su padre ni pisar su casa. Por un momento, ella había olvidado que seguían huyendo y que sus vidas, en realidad, seguían corriendo peligro.

Quince

Apenas una hora después de echar el ancla, Jago había conseguido el caballo y el carro, y estaban de vuelta en tierra firme. Mientras subía al carro, Charity se giró hacia la pequeña embarcación que los había traído hasta allí. No había ni rastro de los pescadores, y sospechó que habían decidido desaparecer por si su llegada había sido observada por ojos poco amistosos.

Al cabo de media hora, el mar había desaparecido tras las onduladas colinas, aunque Jago les había informado de que Tredennick no estaba a más de una milla de la costa.

A pesar del dolor en las extremidades, Charity estaba fascinada por el paisaje. Era muy similar al de Devonshire, pero parecía haber muchas menos viviendas. Jago se mostraba cada vez más animado, e incluso se rio en voz alta en dos ocasiones en respuesta a los comentarios descontentos del reverendo. Incluso Percy sonrió mientras observaba a Freddy explorar el terreno, con el hocico excitado hundido en un arbusto u olfateando el aire.

Tal y como Jago había prometido, al fin llegaron a su casa alrededor de las nueve de la mañana. Al doblar la última curva, Tredennick apareció de repente, con su austera piedra gris que casi parecía parte del terreno sobre el que estaba construida. Charity se quedó

sin aliento al ver su envergadura. Jago no les había advertido de que su residencia era del tamaño de un pequeño castillo.

—Maldita sea —murmuró el reverendo—, creo que hay muchas cosas que no nos ha contado, señor Cardell —declaró con el ceño fruncido.

Jago se volvió hacia él.

—Tiene razón, reverendo Shackleford —admitió—. Para empezar, mi nombre no es Cardell, sino Carlyon.

Augustus Shackleford lo miró con recelo.

—¿Algo más? ¿Tiene algún título nobiliario, por casualidad?

Sorprendido por la pregunta, Jago empezó a negar con la cabeza, pero se detuvo con una risita.

—No, a menos que considere el título honorífico de mi padre, «El Tacaño» —concluyó con sequedad.

—¿Así le llaman sus empleados? —preguntó Percy horrorizado.

—Eso y cosas peores —replicó Jago—. Aunque normalmente no delante de él. —Se rio ante la mirada de espanto del coadjutor—. Mi familia es propietaria de Wheal Tredennick —explicó—. El estaño y el cobre nos han proporcionado una considerable... Bueno..., esto —dijo, señalando la mansión de piedra gris—. Pero en los últimos años también nos ha costado mucho. A medida que excavamos más hondo, se vuelve cada vez más peligroso para los mineros, y he tenido muchas discusiones con mi padre por su renuencia a gastar el dinero necesario para proporcionar medidas de seguridad adicionales. —Suspiró antes de continuar—. La muerte de mi hermana provocó un deterioro significativo en la salud de mi padre, y ha estado postrado en cama durante la mayor parte de mi ausencia. Según los informes que he recibido, su deterioro lo ha vuelto aún más tacaño, y desde luego no ha perdido el uso de la

lengua. Espero que todas las medidas de seguridad que puse en marcha antes de irme sigan aún vigentes.

Charity escuchó en silencio con interés. Aunque Jago le había contado algunos detalles sobre su familia, gran parte de esto era nuevo para ella.

—¿Quién ha estado dirigiendo la mina en su ausencia —preguntó el reverendo—, si su padre está postrado en cama?

—Mi arma secreta —dijo Jago con una sonrisa—. Richard Tregear, el administrador de la finca, se ha encargado de todo. La verdad es que maneja a mi padre mucho mejor que yo y, lo que es más importante, compartimos los mismos principios morales. —Hizo una pausa para concentrarse en dirigir el caballo a través de las puertas —. Aunque sospecho que se alegrará de verme de vuelta —añadió —. Ni siquiera la paciencia de Richard es ilimitada.

Cinco minutos después llegaron a su destino. Cuando bajó del carro, Charity se sentía como si le hubieran desmontado todas las partes del cuerpo y vuelto a montarlas. Con las piernas entumecidas, cojeó hacia los escalones que conducían a una terraza frente a la gran puerta principal. Su padre y Percy no debían de estar mucho mejor, ya que arrastraban los pies detrás de ella. Solo Freddy parecía seguir lleno de la alegría de la primavera, corriendo y olfateando sin dejar de mover la cola. Charity sonrió; su exuberancia la ayudó a disminuir su ansiedad mientras contemplaba la austera fachada frente a ella.

La piedra gris mate daba a la casa un aire sombrío, aunque Charity imaginó que los parterres de flores que bordeaban la terraza aportarían un toque de color en verano. Recordó la explosión de flores silvestres que cubrían el jardín de la vicaría, y sintió una nostalgia repentina, tan fuerte que casi la hizo caer de rodillas.

—¿Se encuentra bien, señorita Shackleford? —La pregunta de Jago la devolvió a la realidad.

Charity miró su rostro preocupado y parpadeó para contener las lágrimas.

—Solo estoy cansada, creo —respondió con sinceridad.

En ese momento se abrió la puerta principal y todas las miradas se posaron en el hombre alto y delgado que se encontraba en el umbral. Evidentemente, era el mayordomo.

—Rayos y centellas —dijo el reverendo en un susurro que se habría podido oír en Falmouth—. Parece una calavera pinchada en el mango de una fregona.

—¡Padre! —le reprendió Charity, preparándose para disculparse. Por suerte, el mayordomo no dio muestras de haberlos oído.

Jago, sin embargo, se río entre dientes ante la valoración del reverendo.

—Bennett está sordo como una tapia, así que nada de lo que diga podrá ofenderle.

—Parece... anciano —Charity frunció el ceño, miró a Jago y luego observó de nuevo la figura esquelética, que ahora bajaba los escalones tambaleándose hacia ellos.

—Lleva aquí mucho más tiempo que yo —explicó Jago—. Debería haberse jubilado hace años, pero se niega rotundamente. —Se encogió de hombros—. Sospecho que algún día se caerá redondo mientras sirve el té en el gran salón.

—¿Tienen un gran salón? —preguntó Charity.

—Tenemos dos —respondió Jago con ligereza—. Y una sala de estar, un comedor grande, un comedor pequeño, una sala de música y una biblioteca. —Hizo una pausa, pensó un segundo y añadió—: Ah, y un salón de baile.

—Me encantaría visitar su biblioteca —respondió Charity, sin dejar de mirar a Bennett, que no parecía haberse acercado mucho—.

¿Deberíamos ir a su encuentro? —preguntó. A ese ritmo, seguirían allí a la hora del almuerzo.

—Oh, eso no sería posible —Jago le sonrió—. Bennett se sentiría mortificado.

Charity miró a Jago. Había en él una alegría que jamás había mostrado en Dartmouth. Resultaba obvio que Jago Carlyon estaba encantado de volver a casa.

Cuando el viejo mayordomo se encontraba ya a menos de dos metros, Jago dio un paso adelante.

—¡Bennett! —gritó de repente, haciendo que todos se sobresaltaran.

—Me alegro de verle, señor. —El anciano mayordomo esbozó una amplia sonrisa que dejaba al descubierto su falta de dentadura. El anciano extendió sus manos temblorosas, y Jago se las estrechó con evidente afecto.

—¡Señor! —dijo una voz agitada desde la puerta—, ¿por qué no nos avisó de su llegada? —Una mujer de mediana edad se levantó las faldas y se apresuró hacia ellos, gritando—: ¡Sam, trae la silla para Bennett!

Hubo un ligero revuelo en la puerta cuando dos jóvenes lacayos salieron a toda prisa llevando entre ambos una gran silla de ruedas.

—Señora Penna —la saludo Jago con una sonrisa, a la vez que soltaba las manos del anciano.

—Tiene muy mal aspecto —le espetó la mujer antes de centrar su atención en el mayordomo—. ¿Cuántas veces le he dicho que no abra la puerta principal, señor Bennett? —le regañó, mientras le ayudaba a sentarse en la silla—. Llévalo a la cocina y añade un poco de *brandy* a su té —le indicó a uno de los lacayos antes de volverse al fin hacia los recién llegados.

Sin darle la oportunidad de hablar, Jago se apresuró a tomar la palabra.

—Como puede ver, señora Penna, he traído invitados. —Dio un paso atrás y los presentó—. Y esta, como probablemente ya habrán deducido, es nuestra ama de llaves, la señora Penna. Ella es nuestro pilar —concluyó Jago con sencillez.

—No intente cautivarme con sus tonterías —respondió la señora Penna—. ¿Cuándo fue la última vez que comieron?

—Pensaba que nunca lo preguntaría —rio Jago—. Adelante, señora Penna, mi estómago debe de creer que me han cortado el cuello.

—Sí, bueno, primero atenderé a la joven —dijo ella, resuelta—. Venga conmigo, querida, seguro que está congelada hasta los huesos. —Por excéntrica que pareciera la ama de llaves, Charity la siguió de buen grado, sabiendo que, si no se sentaba pronto, acabaría desplomada en el suelo.

—Lleva al perro a los establos —ordenó la señora Penna al otro lacayo mientras se dirigía hacia la casa.

—Por supuesto que no —replicó el reverendo Shackleford—. Si Freddy es relegado a los establos, entonces Percy y yo lo acompañaremos. —Para ser justos, el coadjutor asintió, vacilante, en señal de acuerdo.

—Oh, no —intervino Charity con rapidez—. Freddy es parte de nuestra familia. No podemos dejarlo en los establos —dijo mirando a Jago.

—La verdad es que se porta muy bien —mintió él, complaciente, lo que hizo que Charity se estremeciera.

La señora Penna frunció los labios y murmuró: «Perros en la casa, ¿qué será lo próximo?», pero reanudó sin más su marcha hacia la puerta principal. El sabueso se colocó a su lado, obediente. A veces, Charity estaba convencida de que Freddy entendía cada palabra que oía.

El vestíbulo era realmente majestuoso, y Charity no pudo evitar contemplar con admiración la gran cúpula acristalada del techo, muy por encima de la escalera.

—Mi abuelo mandó construir esta casa —explicó Jago—, y, como puede ver, tenía ideas muy grandiosas sobre cómo debía vivir un caballero, aunque él mismo estuviera lejos de serlo.

La cúpula de cristal daba al gran vestíbulo cuadrado un aspecto luminoso, muy diferente al del exterior de la casa. Por ostentosa que fuera, Charity no pudo evitar admirarla.

—¿Desean comer en el comedor familiar? —preguntó la señora Penna.

Jago asintió.

—Si usted se encarga del desayuno, yo me ocuparé de nuestros invitados.

Los condujo a la derecha de las escaleras, a un largo pasillo sin ventanas. Con solo unas pocas velas, el interior de la casa era justo como Charity había imaginado al verla desde fuera: oscuro, lúgubre y muy espartano.

—Como mencioné antes, mi padre no cree que deba gastar dinero solo para prevenir accidentes —declaró Jago con ironía, guiándolos con cuidado por el pasillo mal iluminado. Unos minutos más tarde, abrió una puerta de par en par y entraron en una pequeña sala con una enorme chimenea encendida—. Sin embargo, le disgusta profundamente el frío —añadió Jago con sequedad.

Una hora después, el reverendo suspiró y se recostó en su silla, saciado por completo después de devorar un plato de beicon y huevos, algunas tostadas y té.

—Ha sido un buen tentempié —afirmó, dándose una palmadita en el estómago.

Charity se metió en la boca el último trozo de tostada y terminó su té. El fuego crepitante hacía que la habitación fuera deliciosamente acogedora y, la verdad, podría haberse acurrucado en uno de los sillones y haberse quedado dormida. Freddy ya estaba roncando frente a la chimenea después de dar buena cuenta de su ración de beicon.

Charity dejó la servilleta y se preguntó qué se esperaba que hicieran a continuación. Jago se había excusado casi nada más llevarlos al comedor, presumiblemente para visitar a su padre, y aún no les habían indicado cuáles iban a ser sus habitaciones.

—¿Dónde diablos está todo el mundo? —preguntó el reverendo, al cabo de diez minutos—. Estoy muerto de hambre.

—Quizá todavía estén preparando nuestras camas —especuló Charity—. La señora Penna no tenía ni idea de que íbamos a venir.

—Me parece que nuestra llegada ha sido una completa sorpresa para toda la maldita casa —asintió su padre—. Espero que su propietario no sea de los que echan a los invitados inesperados. No creo que mis viejos huesos sobrevivieran otra noche a la intemperie.

—No sea absurdo, padre —resopló Charity—. Esta casa es lo bastante grande como para alojar a veinte huéspedes sin que se tropiecen entre sí. Debe de haber un montón de sirvientes encargándose de todo.

—Entonces, ¿dónde se han metido? —preguntó el reverendo Shackleford—. ¿Y por qué hay tanto silencio? —Miró su reloj de bolsillo y añadió—: Jago desapareció hace casi una hora y media.

—Quizá su padre esté demasiado enfermo como para que él pueda ocuparse de nosotros —comentó Percy—. ¿Cree que el anciano señor Carlyon podría necesitar nuestro apoyo espiritual?

El reverendo abrió la boca para mostrar su desacuerdo, pero frunció el ceño y la volvió a cerrar.

—Quizá tengas razón, Percy, muchacho —respondió al fin—, pero no veo cómo podemos llamar a la puerta del dormitorio del anciano para ofrecerle nuestros servicios, cuando ni siquiera sabemos si está a punto de estirar la pata.

—Si se refiere a darle la extremaunción, por supuesto que no puede —le espetó Charity, agotada—. Y sugerir tal cosa podría acelerar la muerte del pobre hombre. —Sacudió la cabeza—. El señor Carlyon y su padre no se han visto en dos años. Sin duda tienen mucho de qué hablar.

Sin embargo, Charity no pudo evitar sentir cierta preocupación. La prolongada ausencia de Jago no auguraba nada bueno respecto a su presencia allí. Y no tenían ningún otro sitio donde ir.

—Bueno, si me quedo aquí sentado mucho más tiempo, me quedaré dormido sobre la condenada mesa —razonó el reverendo—. Así que más vale que echemos un vistazo. Si nos encontramos con el dueño de la casa moribundo, al menos podremos hacer una buena obra.

Ignorando las protestas de Charity, su padre se puso en pie.

—Levántate, Percy —le guiñó un ojo—, vamos a explorar un poco.

Maldiciendo para sí, Charity echó su silla hacia atrás. De ninguna manera podía permitir que su padre deambulara por Tredennick sin supervisión. Dios sabía dónde podría acabar. Apretando los dientes, arrastró al renuente sabueso lejos de la chimenea y se apresuró a seguir a los dos hombres, llegando a la puerta justo cuando su padre la abría.

—Está vacío —susurró el reverendo, emocionado, al salir al pasillo.

Charity puso los ojos en blanco.

—No hace falta que susurre, padre —declaró a sus espaldas—. Estamos en esta casa como invitados.

—¿Por dónde vamos? —preguntó Percy en voz baja después de dar unos pasos.

A pesar de la convicción de Charity de que tenían todo el derecho a estar allí, esta vez no cuestionó el tono del coadjutor. En realidad, aquel silencio era un poco inquietante.

—Quizá podríamos dirigirnos al jardín —sugirió ella.

—Estoy seguro de que está lloviendo —argumentó su padre—. En Cornualles llueve todo el tiempo.

—Bueno, no llovía cuando llegamos, y usted nunca había estado antes en Cornualles —dijo Charity con el ceño fruncido—. ¿Cómo lo sabes entonces?

—Mi abuelo era de Cornualles —se defendió el reverendo—. Y dicen que una vez que eres de Cornualles... —Se dio un golpe entusiasta en el pecho, a la altura del corazón, y luego hizo una mueca de dolor.

Charity sacudió la cabeza, exasperada.

—Quizás si volvemos al vestíbulo de entrada, encontremos a alguien que nos ayude —propuso. El reverendo asintió y comenzó a caminar hacia la tenue luz del gran vestíbulo, con Percy pisándole los talones.

Dieciséis

Justo cuando estaban a punto de salir al vestíbulo, el reverendo se detuvo de pronto y levantó la mano.

—¿Qué ocurre? —murmuró Charity, tratando de mirar por encima de su padre.

—¿Quién podrá ser? —le preguntó él, a la vez que señalaba una figura alta y delgada que bajaba lentamente las escaleras.

—¿Cree que es un fantasma, señor? —susurró Percy.

—¿Estás loco? —bufó el reverendo, irritado—. Por supuesto que no es un maldito fantasma.

—Se parece a Jago —dijo Charity cuando el hombre llegó al final de las escaleras—. ¿Podría ser su padre?

—Creía que el padre de Jago estaba postrado en cama —replicó Percy.

El reverendo Shackleford entrecerró los ojos.

—Yo también, muchacho. Y debo decir que, si ese tipo es el dueño de la casa, ciertamente parece muy animado para estar a punto de encontrarse con su Creador.

Observaron cómo el hombre miraba a su alrededor con recelo antes de desaparecer por una puerta a la derecha de la escalera.

—Tenía entendido que había sufrido una apoplejía cuando mataron a su hija, lo que le dejó inválido —apuntó Charity en voz baja mientras veían como el hombre cerraba la puerta.

Sin saber muy bien qué hacer, los tres se quedaron en el pasillo, justo detrás de la entrada al vestíbulo. Diez minutos más tarde, la puerta al final de las escaleras se abrió de nuevo y, tras una ligera vacilación, el hombre salió, frotándose la cabeza.

—Cojea un poco —observó Percy.

—Y, la verdad, he visto cadáveres más atractivos —añadió el reverendo cuando la luz del sol que entraba por la cúpula incidió de repente en los pálidos rasgos del hombre.

—Desde luego, no tiene buen aspecto —coincidió Charity.

—Pero ¿por qué diablos está merodeando por su propia casa? —preguntó el reverendo.

—¿Cómo sabe que está merodeando?

—Es justo lo que parece que está haciendo.

—No lleva botas.

—Ni chaqueta.

—Y se supone que no puede caminar.

El repentino sonido de una puerta al cerrarse de golpe hizo que todos se sobresaltaran y, si tenían alguna duda de que el padre de Jago no deseaba ser visto, su repentina mirada de alarma y su apresurado movimiento hacia la escalera la disiparon. De hecho, su cojera apenas lo ralentizó mientras subía las escaleras con rapidez y desaparecía por el rellano.

—Ah, aquí están. —La voz aliviada de la señora Penna sonó de repente detrás de ellos, y los tres se giraron con aire culpable.

—Menudo perro guardián estás hecho —le susurró el reverendo a Freddy. Ignorando a su amo, el sabueso continuó con su objetivo de ganarse al ama de llaves, moviendo la cola y revolcándose. Estaba claro que sabía quién controlaba la despensa.

—Nos preguntábamos dónde estaba todo el mundo —dijo Charity sin demasiada convicción.

La señora Penna suspiró.

—Ha habido un accidente en la mina —explicó—. Cuando eso ocurre, hay que poner manos a la obra. Acabo de regresar.

—¿Es ahí donde ha ido Ja... el señor Carlyon? —preguntó Charity.

El ama de llaves asintió con un suspiro.

—El chico lleva fuera demasiado tiempo —declaró, agachándose para acariciar la cabeza de Freddy—. En fin, qué modales los míos —se reprendió un segundo después—. Sus habitaciones están listas y su equipaje ya está arriba, así que, si quieren, acompáñenme.

—¿Ha habido algún herido? —preguntó Charity mientras seguían al ama de llaves por las escaleras.

La señora Penna negó con la cabeza.

—No, gracias a Dios —respondió, sosteniendo la vela mientras giraba a la izquierda en lo alto de las escaleras, en dirección opuesta a la que había tomado el padre de Jago.

—¿Está muy enfermo el señor de la casa? —preguntó el reverendo Shackleford utilizando su mejor tono de «soy un hombre de la Iglesia, puede contármelo todo».

Charity le lanzó una mirada de advertencia mientras la señora Penna fruncía el ceño.

—Apenas ha salido de la cama desde que murió la señorita Genevieve, pobre hombre. La conmoción le provocó una apoplejía. Al principio le afectó el lado izquierdo del cuerpo, desde la cara hasta los pies. Al cabo de un tiempo, recuperó el uso de la mano y el brazo, y su cara volvió a la normalidad, pero sus piernas... —Hizo una pausa para abrir una puerta al final del pasillo—. Me temo que no le queda mucho tiempo de vida. Por eso me alegro tanto de que el señor Jago haya vuelto por fin a casa. —Entró en la alcoba y se hizo a un lado—. Esta es su habitación, señorita Shackleford. Espero que le resulte satisfactoria. El señor Jago me ha pedido que le diga que lo verá en la cena. Aquí seguimos los horarios del campo, así que será a las siete en punto.

Después de entregarle la correa de Freddy a su padre, Charity entró en la habitación. Apenas vio los muebles, ya que su mirada se dirigió de inmediato hacia la gran cama con dosel. Al verla, se sintió tan agotada que casi tropieza. Con un rápido gesto de agradecimiento al ama de llaves y un saludo a su padre y a Percy, cerró la puerta. Menos de cinco minutos después, estaba dormida.

Cuando Charity se despertó, el sol ya casi se había puesto y los últimos rayos le daban directamente en la cara. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana a tiempo para contemplar el atardecer más magnífico que había visto nunca. Y eso que «siempre llovía en Cornualles». Jago no había exagerado cuando dijo que la casa estaba cerca del mar. Charity podía ver las olas lejanas brillando como láminas de cobre fundido, bajo un cielo de tonos naranjas y rosados. Hechizada, observó cómo todos los colores se fundían gradualmente en un solo punto, mientras el sol comenzaba su descenso hacia el mar. Hasta que, de repente, todo terminó.

Suspirando, se dio la vuelta y buscó una vela, hasta que al fin vio dos en la repisa de la chimenea. Las encendió con rapidez, esta vez utilizando la yesquera que había allí, y miró con interés a su alrededor. Un gran fuego ardía en la chimenea, y el mobiliario parecía ser de la mejor calidad. Se acercó al armario, abrió las

puertas y frunció el ceño al ver sus dos vestidos en las perchas. Solo tenía tres vestidos y dos conjuntos de ropa interior. Y Jago ya la había visto con su único vestido de noche.

Un problema más acuciante era el olor de la ropa. No tenía ni idea de cuánto tiempo iban a quedarse en Tredennick, y había llevado puestos sus vestidos de día alternativamente desde que salió de Blackmore, junto con la misma ropa interior. Tendría que encargarse de lavarlos al día siguiente o, sin duda, empezaría a oler mucho peor.

Charity se encogió de hombros, se quitó el vestido que llevaba puesto y lo olisqueó. Desprendía un fuerte olor a pescado. Tiró el vestido al suelo, se quitó la ropa interior y miró sin entusiasmo la pequeña jarra de agua que había sobre la cómoda.

Estaba a punto de verter el agua fría en el aguamanil cuando alguien llamó con fuerza a la puerta. Maldiciendo entre dientes, Charity recogió la ropa del suelo y se tapó con ella.

—i¿Quién es?! —gritó.

—Soy la doncella, señorita. Y los lacayos. La señora Penna nos ha pedido que le preparemos un baño.

Una hora más tarde, Charity abrió la puerta de su habitación. Ya se sentía mucho mejor. El agua de la tina estaba tibia, pero agradable, y la criada le había dejado jabón y toallas gruesas. Para deleite de Charity, también había cogido el vestido y las enaguas sucias con un resoplido desdeñoso y se los había llevado para lavarlos.

Bennett estaba esperando en el gran vestíbulo, listo para indicarle el camino al salón, aunque en realidad sería más acertado decir que estaba durmiendo. Estaba claro que se había quedado al pie de las escaleras con la esperanza de que cualquiera que las atravesara lo despertase al llegar abajo.

Después de sacudir con suavidad al anciano mayordomo, Charity esperó a que este se pusiera en pie con dificultad, resistiéndose a la tentación de echarle una mano. A pesar de que solo había que recorrer un pequeño tramo del pasillo, pasaron cinco minutos antes de que el hombre se detuviera en la entrada de lo que parecía ser el salón.

Cuando él inclinó la cabeza en lo que parecía una reverencia, durante un horrible segundo, Charity temió que todo su cuerpo la siguiera en su movimiento, pero al final consiguió enderezarse antes de volver tambaleándose a su posición al pie de las escaleras.

Al entrar en la estancia, Charity encontró a Jago enfrascado en conversación con un hombre bajito de pelo canoso. Durante un segundo, Charity pudo observarlo sin que él lo advirtiera. Era la primera vez que ella lo veía con traje de etiqueta, y su atractivo físico, moreno y llamativo, casi le robó el aliento. Entonces Jago posó sus ojos en los de ella, y la calidez de aquella mirada le desbocó el corazón.

—Perdone mi repentina desaparición esta mañana, señorita Shackleford —se disculpó Jago mientras el criado le servía una copa de vino—. Espero que le hayan informado de que hemos tenido un accidente en Wheal Tredennick.

—La señora Penna nos lo ha dicho —confirmó Charity—. Dijo que nadie había resultado herido.

—No de gravedad —respondió Jago con tristeza—, pero creía que las medidas que habíamos tomado... —Hizo una pausa y negó con la cabeza—. Basta. Está claro que mis modales se han resentido durante mi larga ausencia. —Se volvió hacia su acompañante—. Este es el administrador de la finca, Richard Tregear.

—Señorita Shackleford, he oído hablar mucho de usted y de su padre. —El hombre hizo una pequeña reverencia, mientras Charity miraba a Jago, preguntándose cuánto le había contado.

—Richard lo sabe todo —respondió Jago con sencillez, interpretando correctamente la expresión de ella—. Le confiaría mi vida.

Antes de que Charity pudiera responder, un repentino alboroto en el vestíbulo anunció la llegada de su padre y Percy.

—Tengo entendido que usted es de Devonshire, reverendo —comentó Richard tras las presentaciones—. Yo también soy de esa zona. ¿De qué parte es usted exactamente?

El reverendo Shackleford soltó un profundo suspiro.

—Bien, caballeros, creo que por fin nos han llevado al *Point Non Plus*, como tanto le gusta decir a mi yerno —declaró. El reverendo hizo una pausa antes de añadir—: Me refiero al yerno que, además, es el duque de Blackmore.

—¿Tiene usted una hija casada con Nicholas Sinclair? —preguntó Jago; la voz delató su sorpresa—. ¿Ese es el Nicholas del que ha estado hablando?

—Mi primogénita, Grace —aclaró el reverendo.

—¿Le parece tan descabellado que un duque pueda buscar esposa en una plebeya, señor Carlyon? —interrumpió Charity, con la indignación vibrándole en la voz.

Jago arqueó las cejas ante el tono de ella, y a Charity le subió el color al rostro, temiendo haberse excedido.

—Le ruego que disculpe mi asombro, señorita Shackleford. No era mi intención ofenderla —se disculpó él.

El reverendo fulminó a su hija con la mirada.

—¿Conoce usted a Nicholas? —le preguntó a Jago.

—Desde luego, he oído hablar de él —respondió este—. Hace unos años mostró interés en invertir en Wheal Tredennick. Por desgracia, las condiciones no fueron del agrado de mi padre.

—Ahora mismo está en Londres —prosiguió el reverendo—. Había pensado hacerle llegar un mensaje, pero temía que, cuando lo recibiera, ya estuviéramos muertos en nuestras camas o que todo este maldito asunto hubiera terminado.

Jago asintió, pensativo.

—Aunque, como es natural, agradecería la ayuda de un hombre tan poderoso como el duque —dijo con cautela—, hay otros igual de poderosos metidos hasta el cuello en el contrabando. No creo que le convenga al duque de Blackmore llamar su atención. —Jago hizo una pausa antes de añadir—: A menos que se convierta en una cuestión de vida o muerte.

—Para entonces podría ser demasiado tarde —soltó Percy. A sus ojos, Nicholas Sinclair estaba solo un ápice por debajo de Dios, y Percy tendía a creer que el duque podía resolver cualquier problema, salvo la muerte.

—Sigamos con esta conversación durante la cena —sugirió Jago, al reparar en el lacayo que rondaba el umbral—. ¿Señorita Shackleford?

Jago le ofreció el brazo con cortesía, y Charity se mordió el labio, deseando disculparse por su arrebato. Al final esbozó una sonrisa contrita y aceptó el brazo que él le tendía.

El pasillo que conducía al comedor resultó mucho más fácil de recorrer esta vez, sin jugarse la vida ni partirse un hueso, porque ya habían encendido las velas de los apliques de la pared, que derramaban un resplandor cálido sobre sus pasos. Charity dejó escapar un suspiro de alivio. Al menos, el padre de Jago no esperaba que encontraran el camino a ciegas, en plena oscuridad.

—¿Su padre sabe que estamos aquí? —preguntó Charity cuando la acomodaron en un asiento a la mesa.

Jago le dirigió una mirada torcida.

—Sí, lo sabe —admitió al sentarse—. Aunque, con su precaria salud, reconozco que dosifico la verdad que comparto con él. Aun así, sabe que estamos cerca de desenmascarar al asesino de mi hermana.

Charity cruzó una mirada rápida con su padre cuando Richard tomó asiento.

—No puedo negar que me alegra el regreso de Jago —comentó Richard cuando sirvieron el primer plato—. Creo que hablo por todos en Tredennick cuando digo que lo hemos echado mucho de menos.

Jago esperó a que los lacayos terminaran de servir la sopa y cerraran la puerta del comedor tras ellos antes de hablar. Tomó un trozo de pan.

—Aparte de mi padre, debemos concentrar todos los esfuerzos en llevar ante la justicia al loco que está detrás de la banda de Hope Cove, antes de que se entere de lo que sabemos y desaparezca. —Jago recorrió a los presentes con la mirada, hasta detenerse en Percy—. Entiendo su deseo de implicar al duque —admitió—, pero no tenemos tiempo. Si Su Excelencia estuviera en Devon, quizá sería distinto, pero Londres está muy lejos. Tenemos que ocuparnos de esto nosotros.

—¿Pretende usted hundir a Jack para aliviar su propia culpa? —preguntó el señor Shackleford, tajante—. Perdone mi franqueza, pero la vida de mi hija está en juego, y quiero saber que su principal preocupación es la seguridad de ella.

—¡Padre! —protestó Charity, con las mejillas encendidas.

—Tiene mi palabra —respondió Jago, sin vacilar—. Hacer pagar al hombre que mató a mi hermana ha sido mi único propósito durante demasiado tiempo. Necesito que esto termine. —Su voz se volvió áspera al añadir—: Pero no haré nada que pueda poner en peligro la vida de su hija.

El reverendo asintió, al parecer satisfecho.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó.

—Tengo un socio en la oficina de Aduanas de Falmouth que ha seguido mis avances —confesó Jago—. Es ambicioso, pero honrado, y cree que su mejor oportunidad de ascender pasa por frenar las actividades criminales de la banda de Hope Cove. —Jago hizo una pausa y bebió un buen trago de vino—. Poco después de la muerte de Genevieve, nos fuimos de juerga. Andábamos rumiando nuestras penas como solo lo hacen los borrachos necios. Al final le conté mis sospechas sobre el asesino de mi hermana. Al día siguiente vino aquí para verme. Me preguntó si me interesaría ponerles trabas a los planes de Jack. Cuando dije que sí, me dio una identidad falsa y me puso en contacto con un pescador de Salcombe. Richard aceptó encargarse de la mina, y yo me fui con la bendición de mi padre. —Jago negó con la cabeza—. Ninguno imaginaba que, casi dos años después, todavía estaríamos intentando acabar con ese canalla. Por ahora, él no sabe que por fin hemos descubierto la verdadera identidad de Jack. Mañana, reverendo, usted y yo iremos a su oficina y le daremos un informe completo de lo que ha sucedido.

—¿Y qué hay de Percy? —preguntó el reverendo Shackleford, ignorando la mirada de alarma del coadjutor—. ¿No quiere oír su versión?

—No creo que incluir a Mary Noon en nuestro relato aporte nada de valor —respondió Jago con serenidad—. Y supongo que Percy preferiría que su madre se mantuviera al margen de los acontecimientos, ¿no es así? —Se volvió hacia el coadjutor,

—¿Y yo qué? —saltó Charity—. Yo fui quien lo identificó.

Por desgracia, antes de que Jago pudiera responder, llamaron a la puerta para traer el plato principal, y Charity apretó los dientes, frustrada. En verdad, callarse no era uno de sus puntos fuertes.

En cuanto volvieron a cerrar la puerta, Jago retomó la conversación.

—Sí, usted lo identificó —concedió—, y cuando yo revele quién es Jack en realidad, confío en que los agentes de Aduanas de Falmouth estén lo bastante lejos como para disfrutar de la idea de acabar con la banda de Hope Cove. Pero no podemos garantizar que ninguno de ellos trabaje para Jack y, por lo tanto, desee su muerte.

—Pero si su identidad se hace de dominio público, ¿de qué serviría la muerte de la señorita Shackleford? —preguntó Richard.

—No podemos permitir que eso ocurra —dijo Jago—. Si Jack se entera de que lo han desenmascarado, se esconderá sin más. Hay que atrapar a la red de contrabandistas con las manos en la masa, y a Jack con ellos. Si lo seguimos a él, los pillaremos in fraganti. —Miró a Charity—. Si Jack tiene ocasión de ocultarse, hará todo lo que pueda por verla muerta.

—Entonces, ¿quién es ese maldito bribón en la vida real? —exigió el reverendo.

—Se llama George Barnet. Como descubrió la señorita Shackleford, es dueño de una carnicería local. Sus clientes lo aprecian. De hecho, es el último hombre que uno esperaría ver involucrado en actividades tan atroces. Pero, bajo esa fachada, nuestro señor Barnet es un carnicero en todos los sentidos de la palabra.

Diecisiete

A la mañana siguiente, el reverendo Shackleford y Jago Carlyon se marcharon justo después del amanecer. Después de dar vueltas en la cama durante casi toda la noche, Charity estaba despierta cuando su padre llamó a la puerta con suavidad para pedirle que se quedara con Freddy. La verdad era que ella se alegró de tener la compañía peluda del perro, y solo después de acurrucarse con él consiguió dormir.

Charity se despertó con otro golpe en la puerta, esta vez de la criada, que le traía agua caliente para asearse.

—Es otro día precioso, señorita. —La sirvienta sonrió mientras dejaba el agua sobre la cómoda y abría las pesadas cortinas que cubrían la ventana. La repentina entrada de luz en la habitación hizo que Charity entrecerrara los ojos y se los cubriera con la mano.

—¿Le traigo el desayuno, señorita? —le ofreció la criada.

—¿Qué hora es? —preguntó Charity, con la voz aún somnolienta.

—Las diez y media, señorita.

Charity se incorporó, alarmada. Nunca había dormido hasta tan tarde. En la vicaría, ella y Chastity rara vez se acostaban después de las ocho.

El recuerdo de su hermana le provocó una repentina punzada de soledad. Últimamente, la irritación hacia su gemela había superado al afecto, y Charity se sobresaltó de repente al sentir el remordimiento. Daría lo que fuera por tener a su hermana con ella en ese momento.

Al darse cuenta de que la criada esperaba su respuesta, Charity negó con la cabeza.

—Bajaré a desayunar —decidió, esforzándose por sonreír.

La criada asintió y le hizo una pequeña reverencia.

—Se servirá en la sala de estar, señorita —añadió antes de cerrar la puerta.

Media hora más tarde, Charity salía por la puerta principal con Freddy. Aunque en un principio solo pretendía dejar que el sabueso hiciera sus necesidades, el tiempo era tan agradable que decidió dar un pequeño paseo. El desayuno podía esperar.

Reacia a ensuciarse los botines, deambuló por la gran terraza hacia el lateral de la casa mientras Freddy olfateaba a su lado. A su derecha, el lejano mar brillaba y resplandecía bajo la luz del sol. Al doblar la esquina, Charity se dio cuenta de que la terraza daba la vuelta hasta detrás de la casa, así que continuó su paseo. Las vistas desde la parte trasera eran igual de impresionantes: un páramo salvaje y una alfombra de aulagas que ya cubría las colinas con tonos amarillos.

¿Cómo sería vivir en un lugar así? El pensamiento surgió de forma espontánea, con una imagen de ella y Jago desayunando juntos. Quizás de forma tonta, Charity se dejó llevar por sus ensoñaciones. Se imaginó sentados en esa misma terraza, con los niños jugando en el césped más allá. ¿Jago pensaría en ella alguna vez como su futura esposa? De hecho, ¿ella querría que él lo hiciera? Estaba muy lejos de Blackmore y de su hermana. Charity soltó una risita triste. En realidad, estaba muy lejos de cualquier lugar.

Hizo una pausa, miró hacia la casa e intentó imaginar cómo sería vivir entre sus austeras paredes de piedra. De repente, su atención se centró en una ventana del primer piso. Había un hombre sentado frente a ella. Morgan Carlyon. En cuanto él se dio cuenta de que lo observaba, Charity bajó la cabeza, pero no antes de ver su expresión. Con un repentino escalofrío, Charity comprendió que, al margen de los sentimientos que Jago pudiera tener hacia ella, nunca recibiría la bendición de su padre.

Con la mente hecha un lío, Charity continuó su paseo. ¿Por qué el padre de Jago le tenía tanta aversión? A pesar de que él la había mirado de forma fugaz, estaba convencida de que eso era exactamente lo que ella había visto en su rostro: Una intensa aversión. Casi odio. De repente, Charity sintió un escalofrío, se arrebujó en su capa y aceleró el paso.

Había algo extraño en Morgan Carlyon. Algo más que el hecho de que mintiera sobre el alcance de su discapacidad a su familia y, posiblemente, a todo el mundo. Quizás solo temía perder a su único hijo.

Charity sacudió la cabeza. Esas especulaciones no la llevarían a ninguna parte. Además, no podía saber con certeza si Jago sentía algo por ella. La había besado, sí, y ella creía que la expresión en sus ojos era mucho más que simple lujuria. Pero, al fin y al cabo, nunca la habían besado antes, así que no tenía ningún punto de referencia con el que comparar.

Y, en realidad, ¿qué más daba? Debían centrar todos sus esfuerzos en detener al asesino George Barnet. Todo lo demás tendría que esperar.

Charity llamó a Freddy y se apresuró a dar la vuelta a la casa para regresar a la parte delantera. El sol se había ocultado tras una gran nube negra, proyectando una sombra oscura sobre la terraza. Al levantar la vista, Charity sintió un nudo en el estómago, temiendo que pudiera ser un mal presagio.

Un lacayo condujo a Charity al comedor matinal. Percy ya estaba sentado a la mesa, devorando con entusiasmo un gran plato de jamón y huevos. Jamás había estado tan contenta de ver al coadjutor de su padre.

—¿Ha dormido bien? —le preguntó ella, a la vez que cogía la servilleta y le dedicaba una sonrisa a la criada que le sirvió jamón recién cortado y huevos cocidos.

—Sí, señorita Charity —respondió Percy—. Debo admitir que, desde que llegué aquí, he sentido una ligereza de espíritu que antes no sentía en Dartmouth... —Dejó la frase en el aire, y Charity supuso que la parte que faltaba se refería a la presencia de su madre. Sentía pena por Percy, pero no podía evitar preguntarse cómo un alma tan tímida y piadosa había salido de las entrañas de Mary Noon. Quizás Percy se parecía más a su padre.

Charity golpeó su huevo con una cuchara, y se dio cuenta de que tenía un hambre atroz. Durante los siguientes minutos, se concentró en su desayuno, apartando a un lado sus pensamientos sobre Jago Carlyon para centrarse en la familia de Percy.

—¿Tu padre era pescador? —preguntó al fin.

Sorprendido, Percy levantó la vista de su segunda ración de tostadas y asintió.

—Se perdió en el mar cuando yo era un bebé —aclaró.

—¿Y tus hermanos y hermanas? —indagó ella, dándose cuenta de que nunca se lo había preguntado. La verdad era que Percy siempre había sido como uno más de la familia.

—Una hermana —respondió él—. Murió antes de cumplir los cinco años. Comió mejillones en mal estado. —Suspiró y negó con la cabeza—. Mi madre nunca volvió a ser la misma después de eso. Creo que algo se rompió dentro de ella.

La mano de Charity se quedó suspendida con el tenedor frente a su boca.

—¿Por qué te hiciste clérigo? —preguntó cuando él no dijo nada más.

Percy esbozó una sonrisa triste.

—Cuando Lizzie murió, supe que tenía que haber una razón para lo que ocurrió. No solo respecto a su muerte, sino para que hubiese venido al mundo en primer lugar. —Hizo una pausa y le dio a Freddy la tostada que le quedaba—. Al final, encontré en Dios esa razón— concluyó, encogiéndose de hombros.

Charity miró al hombre pequeño y delgado, y se preguntó si realmente lo conocía. En realidad, nunca había intentado conocerlo. Percy simplemente había estado siempre ahí. Charity tampoco sabía si alguna de sus hermanas se había interesado alguna vez por su familia. De repente, se sintió invadida por la culpa.

Como si adivinara el rumbo de sus pensamientos, Percy le sonrió.

—Por favor, no se preocupe, señorita Charity —dijo—, soy muy feliz en Blackmore. El reverendo es como el padre que nunca tuve, y todas ustedes... —Se rio entre dientes—. Bueno, no podría haber pedido una familia más interesante.

Charity miró al coadjutor con la boca abierta. En diez minutos había descubierto más sobre él que en toda su vida. Incluido el hecho de que tenía sentido del humor. Ella le devolvió la sonrisa, y su autorreproche, aunque no había desaparecido por completo, sin duda había disminuido. Se prometió que, cuando todo esto terminara, haría todo lo posible para que la posición de Percy Noon en la vicaría nunca volviera a quedar en segundo plano.

—¿Le gustaría visitar la biblioteca? —le preguntó ella en un impulso, al recordar que Jago había mencionado que la casa disponía de una —. Es probable que mi padre y el señor Carlyon no regresen antes de esta tarde.

En cuanto el coadjutor asintió con entusiasmo, Charity se levantó y llamó a Freddy, que estaba en su lugar habitual bajo la mesa.

Desde la sala de la mañana se accedía directamente al vestíbulo principal. Sujetando al sabueso con la correa, Charity se adentró en el enorme espacio, echando un vistazo alrededor, en busca de alguien que pudiera indicarles el camino. Aunque alcanzaba a oír voces, no se veía a nadie.

Avanzó un paso en dirección al sonido, pero se detuvo para mirar hacia la habitación que quedaba justo enfrente, al otro lado del vestíbulo. La misma en la que habían visto desaparecer al padre de Jago. ¿Había sido ayer, acaso? Una idea le cruzó la mente y, sin pensárselo dos veces, cambió de rumbo y le hizo un gesto a Percy para que la siguiera. Unos segundos después, se encontraban frente a la puerta en cuestión. Charity miró al joven, que le devolvió la mirada con total complicidad. Solo buscaban la biblioteca, nada más.

Antes de detenerse a reflexionar sobre lo que hacía, Charity posó la mano en el pomo y lo giró. La puerta no estaba cerrada con llave, y se abrió sin esfuerzo. Tras echar un vistazo rápido, le agarró el brazo a Percy y entraron juntos, llevando a Freddy a rastras.

Con cuidado, Charity cerró la puerta tras ellos y se quedó mirando a su alrededor. La estancia era prácticamente un reflejo de la sala matinal, salvo que aquí las cortinas eran negras y todo estaba cubierto con sábanas polvorientas. Sin duda, en otro tiempo se había utilizado como sala de estar. La luz del exterior se filtraba a través de las cortinas echadas. El lugar era agradable, y seguramente estaría soleado buena parte del día. Había un par de sillones orejeros frente a la chimenea y, a la derecha, un escritorio pequeño. Junto a la puerta se alzaba una estantería estrecha; aunque, con la sábana que la cubría, no se distinguía si contenía libros.

Era evidente que aquella habitación había sido la favorita de alguien, aunque llevaba tiempo sin usarse. Charity avanzó unos pasos y tuvo que contenerse para no levantar una de las sábanas. Incluso sin

descubrir los muebles, se notaba que ese espacio había pertenecido a una mujer. El papel de las paredes, de un tono rosa suave, y los cuadros con imágenes de jardines en flor delataban un gusto claramente femenino. Charity vio entonces un lienzo que colgaba sobre la chimenea. Se acercó y observó el retrato de una joven de facciones delicadas. Tenía los mismos ojos color miel que Jago. ¿Sería Genevieve?

Giró la cabeza hacia Percy.

—Quizá por eso entró aquí el señor Carlyon —aventuró él—. Para contemplar el rostro de su hija. —Negó con la cabeza, suspirando—. Una gran tristeza...

Charity asintió, aunque algo en su interior se removió. La idea de estar invadiendo el dolor ajeno la hizo sentirse incómoda. Aun así, no podía quitarse de la cabeza lo sigiloso que había sido Carlyon al entrar y salir de aquella sala, y también el desprecio en su mirada cuando la observó desde arriba. ¿Y por qué mentía sobre su estado de salud? Algo no encajaba. Observó de nuevo el cuarto.

—¿Crees que podría estar buscando algo? —preguntó ella con cautela—. Quiero decir, ¿por qué tanto secreto? Nadie lo juzgaría por querer pasar tiempo en una estancia que fue especial para su hija.

—¿Qué podría buscar? —dijo Percy.

Charity recordó la expresión hostil de Morgan Carlyon. Ella no le había hablado a Percy de eso, temiendo que él pensara que estaba exagerando. Su padre tampoco le habría dado importancia. Seguro que la habría tachado de loca. Y a Jago, por supuesto, no podía contarle nada.

De pronto se sintió. Bajó la vista hacia Freddy, que movió la cola en cuanto notó su mirada. Esta noche... Volvería por la noche para registrar la sala, y llevaría a Freddy con ella. El sabueso quizá no ayudara gran cosa, pero al menos tendría compañía. Charity entrecerró los ojos, calculando a qué hora podría hacerlo, cuando de

pronto sus pensamientos se detuvieron en seco. ¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¿Cómo iba a poder mirar a Jago a la cara, después de haber estado husmeando en su casa? Lo que hiciera o dejara de hacer su padre no era asunto de ella.

Con un suspiro, Charity reconoció que Percy probablemente tenía razón.

—El dolor puede hacer que una persona actúe de forma muy extraña —admitió ella, encaminándose hacia la puerta. Al llegar, se detuvo y miró atrás—. Creo que sería mejor no decirle a nadie que hemos estado aquí —propuso—. Al fin y al cabo, no queremos ofender al hombre que nos ha dado cobijo cuando más lo necesitábamos.

Percy reflexionó un momento antes de asentir con gesto comprensivo. Charity solo esperaba que nadie le preguntara al respecto. Percy tenía fama de no saber mentir. O quizá simplemente no se le daba bien.

Charity giró despacio el pomo y entreabrió la puerta lo justo para comprobar que el vestíbulo estaba vacío. Luego le hizo un gesto a Percy, abrió del todo y salió con paso rápido, con él pegado a los talones.

Apenas había cerrado la puerta detrás de ella, cuando una voz surgió desde la sala de la mañana.

—¿Busca usted algo, señorita Shackleford?

Charity tuvo que hacer un esfuerzo para no dar un respingo. No sabía si la señora Penna los había visto salir de la pequeña sala, pero, si lo había hecho, negarlo solo levantaría sospechas.

—¡Oh, señora Penna! —exclamó, Charity avanzando hacia ella—. Menos mal que la encuentro. Percy y yo andábamos buscando la biblioteca —explicó. Hizo una breve pausa, y decidió jugársela—. Pensamos, por error, que podía ser aquella habitación.

—Esa era la habitación de la señorita Genevieve —confirmó la señora Penna mientras se acercaba—, pero el señor no permite que nadie la utilice ahora.

Charity emitió un sonido compasivo y se apartó de la puerta.

—Nos lo imaginamos en cuanto vimos las sábanas sobre los muebles. Lo que le ocurrió a la señorita Carlyon fue realmente triste.

Charity se quedó en silencio, esperando alguna señal que indicara si el ama de llaves sabía algo sobre los dos años de ausencia de Jago.

La respuesta de la mujer fue un suspiro cargado de pesar.

—Así es —asintió la señora Penna—. Nada ha vuelto a ser igual desde que ella cayó por aquel acantilado. —Negó con la cabeza y, con un tono muy distinto, añadió con decisión—: Bueno, venga, le enseñaré dónde está la biblioteca.

Charity cruzó una mirada rápida con Percy, luego sonrió y se apresuró a seguir al ama de llaves, que se dirigía en sentido contrario al comedor donde cenaron la noche anterior. El pasillo era igual de sombrío que el anterior, aunque por suerte esta vez no tuvieron que recorrer mucha distancia. La señora Penna abrió una puerta de par en par y la cruzó.

—Aquí la tienen —anunció, haciendo un amplio gesto con el brazo.

Charity miró a su alrededor, maravillada. Aquella biblioteca no tenía nada que envidiarle a la de Blackmore. Durante unos segundos, se olvidó de sus sospechas y giró sobre sí misma, encantada.

—La señorita Genevieve también adoraba esta biblioteca —comentó la señora Penna con tristeza—. Su padre, por supuesto, no lo aprobaba. El señor Carlyon es muy chapado a la antigua. No cree que las mujeres deban cultivarse intelectualmente. —Frunció el ceño, atrapada en recuerdos lejanos—. Nunca debió enviarla lejos. Puede que su comportamiento fuera escandaloso, pero al menos seguiría con vida. —Movió de nuevo la cabeza con melancolía y

luego, volviendo al presente, esbozó una sonrisa—. Les traeré un poco de té.

Dieciocho

Efectivamente, el reverendo y Jago Carlyon no regresaron hasta bien entrada la tarde. Esta vez habían hecho el viaje de ida y vuelta a Falmouth en carruaje, lo que, según el señor Shackleford, le había venido de perlas a su trasero.

Estaban todos sentados en el salón, con las sillas agrupadas alrededor del agradable fuego de la chimenea. La señora Penna les había servido té y un delicioso pastel de limón que, al parecer, era la especialidad de la cocinera.

Tanto el reverendo como Jago estaban de buen humor y confirmaron que Philip Lander, el contacto de Jago en la oficina de aduanas de Falmouth, había enviado de inmediato un escrito a un oficial de confianza en Dartmouth con instrucciones para vigilar de cerca a George Barnet y también a Joseph Smith. Lander había enviado además noticias a Weymouth, el puerto base del *Swallow*, un barco de la guardia costera con una tripulación bien entrenada de cincuenta hombres que estaría a la espera para ayudar al barco de la aduana local. Los días del infame Jack estaban contados. Solo era cuestión de tiempo. El objetivo era sorprenderlo con las manos en la masa en su próxima escapada.

—El hecho de que están muy cerca de atrapar al asesino de su hermana, sin duda levantará los ánimos de su padre —le dijo Charity

a Jago.

—No estoy seguro de si decirle algo más hasta que realmente tengan a Barnet entre rejas —respondió él con un suspiro—. Todavía queda mucho por hacer antes de dar carpetazo a todo este asunto. —Sacudió la cabeza y se puso en pie—. Si me disculpan, tengo una reunión con Richard. Los veré en la cena.

Mientras Charity observaba cómo se dirigía hacia la puerta, pensó en lo cansado que parecía. Tampoco era de extrañar. Había pasado casi dos años representando una peligrosa farsa mientras vivía al día y, desde que había vuelto a casa había retomado la gestión de Tredennick. Ella esperaba que tuvieran oportunidad de pasar un poco más de tiempo juntos. Las cosas estaban llegando a un punto crítico, y Charity estaba convencida de que pronto regresarían a Blackmore. Al menos su padre estaría contento por marcharse de allí.

Unos minutos después, Percy se disculpó también, alegando que necesitaba espacio y aire fresco.

—Lleva a Freddy contigo, muchacho —murmuró el reverendo, acomodándose mejor junto al fuego.

Charity miró al sabueso que estaba casi dormido y se echó a reír.

—Tendrás más suerte moviendo una piedra —comentó—. No te molestes, Percy. Yo sacaré a este perezoso antes de la cena.

Mientras el coadjutor cerraba la puerta tras de sí, los pensamientos de Charity volvieron a Morgan Carlyon. De pronto inquieta, se inclinó hacia adelante y se sirvió más té.

—Vamos, suéltalo, muchacha —dijo su padre de repente—. Llevas dándole vueltas a algo desde que volvimos de Falmouth, y no has parado quieta desde que Jago se marchó.

Charity abrió la boca para negarlo, pero acabó recostándose en la silla con un suspiro.

—¿Ha pasado algo? —insistió su padre con una rara muestra de perspicacia.

Tras dudar un instante, Charity le contó lo que habían hallado en la pequeña sala de estar y lo que la señora Penna les había revelado luego en la biblioteca.

—Hay algo... que no cuadra en todo esto —concluyó—. No sabría decir qué es exactamente. ¿Por qué Morgan Carlyon envió a su hija lejos? Creía que ella estaba visitando a unos amigos cuando murió.

—Bueno, realmente no tiene mucha importancia por qué lo hizo —dijo el reverendo con el ceño fruncido—. Puede que se arrepienta de sus actos, pero no fue él quien mató a la muchacha.

—¿Por qué oculta el hecho de que puede andar?

—Quizá es que le gusta que lo cuiden —reflexionó el señor Shackleford—. Al fin y al cabo, eso le daba la excusa perfecta para dejar todo el maldito asunto en manos de Jago.

—¿Y por qué habría aprobado que Jago se fuera tanto tiempo? —replicó Charity—. ¿Y en una misión tan peligrosa? Sabiendo que era probable que pudiera perder también a su hijo único...

El reverendo arrugó la frente.

—La venganza es un impulso poderoso —respondió al fin.

Charity negó con la cabeza.

—Puede que esté persiguiendo una quimera, padre, pero creo que hay algo que no encaja en esta casa.

—A Jago no le hará ni pizca de gracia oírte decir eso —comentó el reverendo con una mirada astuta.

—Creo que él también lo cree —replicó Charity, negándose a morder el anzuelo—. Apenas ha pasado tiempo entre estas paredes desde que regresó.

—Me imagino que querrá reencontrarse con lo que le pertenece —argumentó el reverendo.

Charity negó con la cabeza, irritada por la torpeza de su padre, tan poco habitual en él. Su padre solía ser increíblemente rápido para descubrir un misterio, e incapaz por completo de dejarlo pasar. Lo miró de reojo. Había que reconocer que parecía agotado. Quizás todo este asunto le estaba afectando más de lo que ella pensaba. Charity sintió un nudo en la garganta. Su padre podía ser un perfecto desastre en la mayoría de las cosas, pero ella no podía ni siquiera imaginar su vida sin él.

Sentado en el juzgado de Wheal Treddennick, Jago miró la carta en su mano y frunció el ceño. ¿Qué demonios había estado haciendo su padre? ¿Cómo había dado órdenes así, sin avisarle a él o a Richard? Arrojó el papel sobre el escritorio y se reclinó en la silla. Faltaban casi trescientas libras. El administrador de la finca solo lo había descubierto después de interceptar una carta dirigida a Jago.

Durante su ausencia, todo el correo se dirigía a Morgan Carlyon y luego se distribuía a su destinatario. Richard estaba acostumbrado a recibir noticias de la finca dirigidas a Jago, pero siempre después de Morgan. Esta carta había llegado justo cuando Richard estaba saliendo de la casa, tras haber dejado al enfermo en su alcoba apenas unos minutos antes.

En vez de subir de nuevo, para ahorrar tiempo, Richard se había guardado la carta en el bolsillo, con la intención de ocuparse de ella cuando llegara al juzgado.

Según la misiva, esa era la tercera carta de ese tipo que el abogado de la familia había enviado. Ninguna de las dos primeras había llegado a las manos de Richard.

—¿Has hablado con mi padre sobre esto? —preguntó Jago.

Richard alzó una ceja.

—Teniendo en cuenta que el señor Carlyon había hecho todo lo posible por mantener esto en secreto, pensé que era mejor esperar hasta que regresaras a casa.

—¿Y qué pasaba si todo este maldito asunto me hubiera mantenido alejado aún más tiempo?

—Habría encontrado la manera de contactar contigo —insistió Richard.

—Voy a tener que enfrentarme a mi padre por esto —dijo Jago con voz ronca—. ¿Puedes concertarme una cita con Cuthberts lo antes posible? —añadió, refiriéndose a los abogados de Falmouth a los que la familia Carlyon había recurrido desde la época de su abuelo.

El administrador asintió.

—Por Dios, tenía tantas ganas de volver a casa con buenas noticias... —dijo Jago con la voz quebrada—. Pensé que saber que se había descubierto la identidad de Jack animaría a mi padre. Pero no mostró ninguna maldita emoción. —Sacudió la cabeza, se levantó y fue a servir *brandy* para ambos. Le entregó una copa a Richard y continuó—: Siempre fue un bastardo duro y obstinado, pero ahora parece estar hecho de piedra. —Jago se bebió el *brandy* de un trago, disfrutando de la sensación ardiente del licor en su garganta. Tras servirse otra copa, cogió la carta de nuevo—. Sea lo que sea lo que mi padre esté tramando, no voy a permitir que se salga con la suya, esté inválido o no —dijo con firmeza. Luego guardó la carta en el cajón inferior de su escritorio y lo cerró con llave.

Richard levantó su copa en señal de brindis.

—Porque acabemos con este embrollo —murmuró. Dio un sorbo de *brandy* y añadió—: Maldita sea, Jago, me alegra que estés de vuelta.

Este soltó una risa oscura.

—Has pasado demasiado tiempo adulándole, amigo mío. Al menos, en mi ausencia, has visto al auténtico Morgan Carlyon. —Tras apurar

su copa, Jago miró su reloj—. Tengo que irme si quiero llegar a tiempo para cenar. ¿Nos honrarás con tu compañía esta noche?

—No. No querría hacerte demasiada competencia —dijo Richard con una sonrisa.

—Tomaré nota. —Jago se encogió de hombros y se puso la chaqueta.

—Es muy atractiva —insistió Richard.

Jago lo miró con irritación y luego suspiró.

—Sí, lo es, y créeme, si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias... —Dejó la frase en el aire mientras apagaba las velas, sumiendo la habitación en la penumbra.

—Pero ahora que Barnet está acabado —prosiguió el administrador —, la seguridad de la señorita Shackleford está prácticamente garantizada. Y mereces algo de felicidad, Jago.

Él soltó un resoplido mientras salían por la puerta.

—Creo que no obligaría ni a mi peor enemigo a tener que soportar a mi padre —comentó—. Y, en verdad, ¿qué probabilidad hay de que ella quisiera establecerse en las tierras salvajes de Cornualles, tan lejos de su familia? Sobre todo, teniendo en cuenta que uno de sus parientes es un maldito duque.

—El amor no conoce fronteras —respondió Richard, desensillando su caballo.

—No voy a dignarme a responder a eso —replicó Jago, subiéndose a lomos de su montura. Mientras el semental se movía con impaciencia, de repente se le ocurrió una idea.

—¿Qué fue de Stefan Petrock? —preguntó—. He notado que su cabaña está vacía.

—Se marchó poco después de ti —respondió Richard, luchando por contener su propio caballo—. Los muchachos creen que decidió

buscar trabajo en Devonshire. Al parecer tenía una mujer allí.

Jago frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Es una verdadera pena. Stefan podría haber sido un buen capataz si se lo hubiese propuesto. —Luego, levantando la mano en señal de despedida, dejó que el caballo siguiera su camino, confiando en que el semental encontrara el camino a casa.

George Barnet, alias Jack, estaba sentado en el Seven Stars Inn, mirando su cerveza con gesto sombrío. Hacía tres días que tanto Jago Cardell como esa zorra del perro habían desaparecido del mapa. En opinión de Jack, eso no era una coincidencia.

Recordó la expresión de la muchacha cuando lo miró: sorpresa, luego miedo, escondidos con rapidez bajo una cortés indiferencia. Sí que lo había reconocido. Pero ¿de dónde demonios? Jack se enorgullecía de su aguda inteligencia y excelente memoria. Nada se le escapaba.

Pero no recordaba haber visto antes a esa mujer.

La puerta se abrió de golpe con una ráfaga de aire helado y, al levantar la vista, vio a Will Dolby.

—Estaba alojada en el Castillo —confirmó Will al llegar a la mesa de Jack— junto con dos caballeros —añadió—. Charlie dijo que uno de ellos parecía ser su padre.

—¿Parecía? —lo interrumpió Jack.

—Jura que se marcharon el mismo día que ella te vio, Jack. En un maldito carruaje elegante. Le dijeron que se iban a Plymouth. —Hizo una pausa, listo para revelar la parte clave. Jack lo miró con irritación y esperó—. Y no solo eso, Jago Cardell cenó con los tres la noche antes de que se fueran. La hija de Charlie los vio.

—¿Cardell se marchó con ellos? —preguntó Jack en voz baja. Will tragó saliva y negó con la cabeza, nervioso. La expresión de su jefe

resultaba amenazadora incluso en la penumbra de la taberna.

—No, aunque puede que se encontraran más adelante —contestó Will, sin mucha convicción.

—¿Tú crees? —Jack apuró la cerveza de un trago—. Quiero que todo el mundo se ocupe de esto —ordenó furioso—. Buscadlos. Traédmelos. —hizo una pausa y luego levantó la jarra para que se la rellenaran—. Vivos.

—¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre, señorita Shackleford? —La pregunta de Jago parecía inocente, y Charity nunca había deseado tanto poder decir que le gustaba bordar y tocar el piano. Por desgracia, no sabía hacer ninguna de las dos cosas. ¿Pensaría él que era un ratón de biblioteca, si admitía que le gustaban los libros? Seguramente no, ya que él mismo tenía una biblioteca muy bien surtida.

—Me gusta leer —declaró al fin, haciendo una mueca al darse cuenta de la nota de desafío en su voz—. Y pasear —añadió con rapidez—. Blackmore es un lugar muy pintoresco. Cuando hace buen tiempo, a mi hermana y a mí nos gusta mucho dar un paseo hasta la casa de Grace. —En cuanto las palabras salieron de su boca, quiso retractarse. ¿Por qué demonios había mencionado a su hermana, que tenía título nobiliario, en la conversación? Ahora parecía una *snob* de la peor clase.

Pero no tenía por qué preocuparse, su padre estaba ahí para remediar su tropiezo, metiéndola en un lío aún mayor.

—La última vez que tú y Chastity disteis un paseo por Blackmore, si no recuerdo mal, volvisteis con un cubo lleno de huevas de rana. Agnes juraba que había renacuajos en su dormitorio.

Charity se sonrojó, deseando estrangular a su insensible progenitor. Sin embargo, para su sorpresa, Jago soltó una carcajada.

—Debió de ser divertido crecer con tantos hermanos —comentó con un poco de nostalgia—. ¿Cuántos tiene?

—Ocho —respondió Charity con acidez, lo que hizo que Jago levantara una ceja.

—Imagino que nunca había lugar para el aburrimiento —la provocó él.

—Todo lo contrario —declaró ella con una mueca—. De hecho, es casi un milagro que varias de mis hermanas hayan hecho matrimonios tan ventajosos.

—¿De veras?

Maldita sea. Lo había vuelto a hacer. ¿Pensaría el señor Carlyon que ella estaba intentando llamar su atención? ¿O que trataba de dejarle claro que no lo consideraba a su altura? Charity tuvo ganas de llorar. Por eso detestaba la Temporada, por tener que vigilar todo el tiempo cada palabra que salía de su boca.

—Sus hermanas han sido, desde luego, muy afortunadas en sus matrimonios —intervino Percy, mientras ella balbuceaba «Yo no... no quería...».

Charity volvió la mirada hacia el coadjutor, que continuó hablando con calma:

—Pero creo que principalmente fue porque todas se casaron por amor. —Percy se volvió hacia Jago—. Algo poco común hoy en día, ¿no le parece, señor Carlyon?

Y con eso se consumó la humillación. No había nada más que decir, y Charity deseó poder esconderse en un rincón oscuro.

—Bueno, no sé ustedes, pero yo estoy agotado. Mil gracias por otra espléndida cena. —La intervención de su padre no pudo llegar en mejor momento. Charity le lanzó una mirada de gratitud poco habitual y abrió la boca para secundarlo, pero antes de que tuviera oportunidad de hablar, Jago se le adelantó.

—Quizás no sea del todo apropiado —dijo vacilante—, pero es una noche preciosa y hay luna llena, y según me han informado, es la primera luna llena en perigeo del año. —Hizo una pausa y miró a Charity a los ojos—. Antes mencionó que le gusta pasear, señorita Shackleford, y me preguntaba si le gustaría dar un paseo por la terraza. Conmigo —aclaró.

Charity lo observó con cautela. Sus ojos dorados tenían una expresión seria, pero en la comisura de los labios se insinuaba una sonrisa. Ella se volvió hacia su padre.

—Por mi parte no hay ningún inconveniente, siempre que se lleven a Freddy y no pierdan de vista la casa —comentó el reverendo en tono jovial—. Después de todo, ya han pasado la noche juntos, aunque fuera en un barco de pesca.

El rostro de Charity adquirió el color de un tomate maduro. ¿Había perdido su padre las pocas luces que le quedaban? Seguro que no estaba intentando comprometerla... Charity sintió un golpe sordo y nervioso en el pecho. Quizá solo deseaba quitársela de encima. Y, pensándolo bien, no podía culparlo del todo.

—Yo me quedaré aquí para garantizar que se respeten las normas de decoro —dijo Percy—. Siempre que el señor Carlyon y la señorita Charity no se alejen demasiado de la ventana, estoy convencido de que no habrá motivo para habladurías.

Jago se puso en pie y asintió con gratitud al reverendo. Con la misma desconcertante indiferencia, este le dirigió a Percy un vago gesto de despedida con la mano y luego se marchó arrastrando los pies.

Acto seguido, Jago le tendió su mano a Charity.

—¿Vamos?

Decidida a demostrar que sabía comportarse con la mayor corrección cuando la ocasión lo exigía, Charity la tomó con una leve inclinación de cabeza.

—Tendré que ir a buscar mi capa antes de salir —dijo, algo titubeante.

—Estoy seguro de que habrá alguna de Genevieve colgada en el vestíbulo —respondió Jago—, si no le importa llevarla, claro.

Charity negó con la cabeza mientras salían del salón. Al volverse, llamó a Freddy.

Dos minutos después, bien abrigada con una preciosa capa forrada de piel, siguió a Jago por la puerta principal hacia un mundo bañado por la luz de la luna.

Diecinueve

Caminaron por la terraza en un silencio sorprendentemente agradable, mientras Freddy olfateaba el suelo y perseguía insectos. La luz de la luna llena lo bañaba todo con un resplandor plateado. Charity levantó la mirada, asombrada por el halo etéreo que rodeaba el inmenso disco luminoso y, tras él, millones de estrellas como diminutos puntos en la oscuridad.

—Parece que está tan cerca que casi se podría tocar —murmuró ella, con asombro.

—En noches como esta, no puedo imaginarme viviendo en ningún otro lugar —respondió Jago con sencillez—. Me atrevería a decir que usted siente lo mismo por Blackmore.

Charity le lanzó una mirada de reojo, preguntándose si él solo intentaba entablar una conversación trivial. Para su sorpresa, él la observaba atentamente con una expresión seria.

—No suele ser habitual que una mujer permanezca cerca de su familia tras casarse —respondió Charity, midiendo sus palabras—. Todas mis hermanas, salvo Grace, viven a menos de medio día de distancia en carruaje, pero tenemos la suerte de poder visitarnos con cierta frecuencia. Y, por supuesto, nos escribimos cartas. —Se detuvo un instante para tomar aire—. Si alguna vez llego a casarme,

espero que mi esposo me permita recibir a mi familia en casa y que acepte ir a visitarlos cuando sea necesario.

Ella sostuvo su mirada con firmeza, y Jago permaneció callado unos segundos.

—Si alguna vez llego a casarme —repitió él—, espero que mi esposa me permita complacerla en mucho más que visitar a la familia —declaró con voz grave.

Charity sintió que el corazón se le aceleraba al ver la intensidad en los ojos de Jago.

—¿Sería usted un esposo complaciente, entonces? —le preguntó, sorprendida de su propia osadía.

—Cuando todo esto termine —continuó él, y su voz se volvió un susurro seductor—, espero que usted me permita demostrarle hasta dónde puedo llegar para complacerla.

A la luz de la luna, sus ojos parecían oro fundido. Charity contuvo la respiración ante el deseo que asomaba en su mirada y notó cómo todo su cuerpo respondía con la misma necesidad.

De pronto, una nariz fría se interpuso entre ambos, rompiendo el momento. Charity soltó un leve grito de sorpresa y retiró la mano de forma instintiva. Al mirar hacia abajo, vio a Freddy, que los observaba feliz moviendo la cola.

—Has sido de lo más oportuno, amigo —murmuró Jago. Luego, levantando la vista hacia Charity, añadió con resignación—: Al final, parece que hemos tenido carabina.

Oculto entre las sombras del rellano, Augustus Shackleford aguardó hasta que Jago cerró la puerta principal tras él y Charity. Echó una ojeada rápida al salón para asegurarse de que Percy no se había movido y bajó las escaleras de puntillas, procurando que la vela no se apagara.

La pregunta que Charity le había hecho durante la cena, sobre los motivos de las visitas furtivas de Morgan Carlyon al pequeño salón de su hija fallecida, le daba vueltas en la cabeza. Ahora era el momento ideal para investigar. Si lo posponía, corría el riesgo de encontrarse con el padre de Jago, que seguramente prefería deambular por la casa en plena noche, mientras todos pensaban que sus piernas apenas podían sostenerlo.

Con una última mirada al vestíbulo, el reverendo giró el pomo y se deslizó en la desierta sala de estar. Una vez dentro, alzó la vela para examinar el lugar. No sabía qué esperaba encontrar, pero la impresión de que aquella estancia guardaba secretos era cada vez más intensa. Por un momento, deseó que Percy estuviera allí, aunque seguramente se habría pasado todo el tiempo protestando por lo inapropiado de su conducta.

El reverendo colocó la vela sobre un pequeño escritorio, cubierto, como el resto de los muebles, por una gran sábana. Fue levantando las sábanas, una a una, para inspeccionar cada mueble. No había objetos personales que revelasen la naturaleza de la mujer que había pasado sus días en aquella sala. Los cajones estaban vacíos, y tampoco había ningún libro en la estantería.

Frunció el ceño y recorrió de nuevo la habitación con la mirada, luchando contra la frustración. Tal vez Morgan Carlyon solo venía aquí para sentirse cerca de su hija. El señor Shackleford decidió que había permanecido allí demasiado tiempo cuando oyó de repente el sonido del pomo al girarse. Se quedó inmóvil, entre alarmado y fascinado, hasta que el pomo dejó de moverse.

—¿Puedo ayudarle, señor Noon? —preguntó el ama de llaves al otro lado de la puerta.

Augustus corrió hacia el escritorio y se escondió detrás, agachado. Apenas había espacio para un niño, mucho menos para un hombre adulto. Oyó que el pomo volvía a girar y, murmurando una maldición, apagó la vela y se metió en el hueco como pudo, con las piernas encogidas contra el pecho. Segundos después, la puerta se

abrió. La señora Penna se detuvo en el umbral, iluminó la estancia con un candelabro y luego asintió con un gesto satisfecho. La luz desapareció cuando cerró la puerta tras de sí. El reverendo se dijo que la mujer estaría haciendo su ronda nocturna para comprobar que todo estuviera en orden.

Aliviado, Augustus escuchó cómo se alejaba por el pasillo y trató de salir de su escondite, pero tenía los brazos y piernas tan apretados, con el candelabro entre las rodillas, que apenas podía mover un dedo. Gruñó e intentó incorporarse, sin éxito, y descubrió con horror que estaba atrapado sin remedio.

Después de que Jago le deseara buenas noches junto a la entrada del salón, Charity tuvo que contener el impulso de gritar de alegría. Se dio cuenta de que, a pesar de que se conocían desde hacía poco tiempo, estaba empezando a enamorarse de Jago Carlyon. Algo impensable solo unos días antes. Y se moría de ganas de contárselo a Chastity.

Pensar en su hermana fue como recibir un jarro de agua fría. Sin su gemela, sentía que había perdido una parte de sí misma. Y si ambas acababan casándose, tendría que acostumbrarse a estar separadas.

Después de despedirse de Percy, Charity subió las escaleras, pensativa. Ya delante de su habitación, se volvió hacia el sabueso.

—¿Quieres quedarte conmigo o con tu amo? —le susurró, acariciando su pelaje. Freddy movió la cola y trotó hacia la habitación del reverendo. Charity se apresuró a seguirlo y murmuró «traidor» antes de llamar con suavidad a la puerta. No hubo respuesta; tras unos segundos, Charity la abrió y asomó la cabeza. Para su sorpresa, la vela encendida sobre la mesilla de noche reveló que la cama estaba vacía.

Charity frunció el ceño y se preguntó adónde habría ido. Quizá no podía dormir y estaba buscando un libro en la biblioteca. Al mirar

hacia el pasillo, valoró la idea de dejar allí a Freddy y marcharse ella a descansar, pues estaba agotada.

Sin embargo, el sabueso parecía tener otros planes y corrió a sentarse junto a la puerta de la alcoba de Charity.

—Así que soy tu segunda opción —murmuró y abrió la puerta. Freddy pasó por delante de ella con rapidez y saltó hacia la cama sin dudar.

Charity empezó a desabrocharse el vestido. Pero, cómo no, sus pensamientos volvieron a Jago Carlyon. Ella no dudaba que, si él llegaba a pedir su mano, lo haría sin el consentimiento de su propio padre. Aunque, probablemente, la dote que Nicholas aportase ayudaría a suavizar esa extraña animadversión hacia ella.

Charity se metió en la cama y apagó la vela. En la oscuridad, imaginó cómo sería estar en brazos de Jago, sentir sus manos grandes acariciándole los hombros, los brazos... los pechos.

Se sobresaltó y abrió los ojos de par en par. ¿Cómo había llegado a imaginar semejante cosa? Jamás se le habría ocurrido pensar en estar desnuda junto a un hombre. Pero su mente rebelde seguía evocando imágenes sensuales de sus cuerpos entrelazados, hasta que, tras lo que le pareció una eternidad, Charity cayó en un sueño inquieto.

Un suave golpe en la puerta la despertó. Freddy gruñó, aún somnoliento. Charity giró la cabeza hacia la ventana, pero solo la luz de la luna se colaba por la rendija de las cortinas. Volvieron a llamar.

Refunfuñando para sí, se levantó, se puso la bata y se dirigió hacia la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja.

—Soy yo, señorita Charity, Percy.

Charity abrió la puerta.

—¿Ocurre algo?

—Es su padre. No está en su cuarto.

Al ver el rostro ansioso del coadjutor, iluminado por la vela que este sostenía, Charity sintió una súbita punzada de preocupación.

—¿Qué hora es?

—Casi la una —respondió Percy.

—Quizá no podía dormir y bajó a la biblioteca —aventuró Charity.

—Pero su cama no está deshecha.

Charity asintió. Ella había visto antes que su cama estaba intacta. Era obvio que su padre no había llegado a acostarse tras retirarse del salón. Su preocupación se transformó en frustración. Se volvió hacia el sabueso, que roncaba con tranquilidad. Quizá podrían recurrir a Freddy para encontrar a su padre; si él no estaba en la casa, habría que despertar a Jago y organizar una búsqueda. La exasperación se convirtió en irritación. ¿Dónde demonios estaría?

De pronto, Charity recordó la charla con su padre de aquella tarde y su insistencia en que había algo sospechoso en la pequeña sala de estar de Genevieve.

—Creo que sé dónde puede estar —murmuró—. Dame la vela.

Bajaron las escaleras con sigilo y Charity fue directa a la pequeña sala de estar.

—¿Por qué estaría aquí a la una de la madrugada? —preguntó Percy, al ver que ella giraba el pomo.

—¿Quién puede entender a mi padre, con ese cerebro de tocino? —refunfuñó Charity, ignorando su plan de hacer exactamente lo mismo.

El reverendo Shackleford se sentía extremadamente incómodo. De hecho, sospechaba que su trasero nunca se recuperaría, y no podía evitar preguntarse si estaría condenado a caminar con la espalda encorvada el resto de sus días. Sin duda, el Todopoderoso no sería tan cruel, se dijo a sí mismo, hasta que recordó el motivo que lo había llevado hasta allí: no estaba haciendo, ni de lejos, la obra del Señor. Y tal y como Percy le insistía a menudo, al Todopoderoso no le gusta que uno ande fisgoneando en propiedades ajenas.

Solo podía esperar que el padre de Jago se tomara esa noche libre y no vagara por la casa como un condenado fantasma.

El reverendo soltó un suspiro, apoyó la cabeza en las rodillas y terminó quedándose dormido. El sonido del pomo al girarse lo despertó. Sobresaltado, levantó la cabeza y se dio un coscorrón con la parte inferior del escritorio, lanzando un gemido ahogado.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó Percy, asustado.

Al oír la voz del coadjutor, el reverendo creyó que el golpe le había provocado una alucinación, hasta que una vela encendida recortó las sombras.

—¿Eres tú, Percy? —susurró Augustus Shackleford.

Para su sorpresa, fue Charity quien respondió.

—Padre, ¿dónde está? ¿Qué hace ahí?

—Yo podría preguntarte lo mismo —murmuró el reverendo, olvidando que al fin iba a ser rescatado.

La luz de la vela se movió en su dirección, hasta que, de pronto, un rostro apareció frente al hueco de su prisión.

—¿Qué hace ahí metido? —masculló su hija, enfadada—. Salga ahora mismo, viejo reprobado.

—¿Te has vuelto loca? —replicó el reverendo, dispuesto a discutir aun estando aplastado como las sardinas en un barril—. ¿Crees que

estaría aquí si pudiera moverme?

—¿Está atrapado? —preguntó Charity, incrédula.

Antes de que él pudiera replicar con alguna ocurrencia mordaz, la cabeza de Percy asomó junto a la de ella.

—¿Qué demonios hace ahí dentro, señor?

—¿Qué crees que hago? ¿Echarme una maldita siesta? Sacadme de aquí.

Las dos cabezas desaparecieron de su campo de visión junto con la luz del candelabro, que acabó sobre la chimenea. Durante unos segundos el reverendo oyó voces entrecortadas, hasta que Charity reapareció de repente.

—Bien, Percy le cogerá por una pierna y yo por el brazo —dijo esta —. Intentaremos sacarle de ahí. —Acto seguido, ella y Percy se pusieron a cuatro patas—. Si llego a saber que iba a terminar gateando por el suelo a la una y media de la madrugada —bufó Charity—, me habría vestido de otra manera —rezongó, ajustándose la bata—. Percy, cógelo por las rodillas.

El coadjutor se inclinó hacia delante.

—No sé si llegaré —musitó, con su codo a punto de arrancarle la nariz al reverendo.

—¡Ay, eso son mis pelotas! —saltó Augustus, sofocado—. ¿Pretendes castrarme o liberarme?

—¡Padre! —lo reprendió Charity—. No es momento de usar ese lenguaje, de veras que me dan ganas de...

Por fin, Percy logró alcanzar las rodillas del reverendo, y este dejó de protestar.

—Deme su brazo, padre —le pidió Charity, todavía indignada. El reverendo obedeció—. Doble el codo, así podré tirar con más fuerza.

—¿Falta mucho? —gimió Percy—. Me estoy mareando.

—No seas exagerado, muchacho —bufó el reverendo, con las manos entrelazadas y el codo incrustado en el pecho—. Soy yo el que va a quedar lisiado de por vida.

—O algo peor —añadió Charity, enganchando su brazo al de su padre—. A la de tres, Percy. Uno, dos... ¡tres!

Al principio no pasó nada, pero la madera crujió de repente y el reverendo salió disparado de debajo del escritorio, arrastrando con él a sus rescatadores.

—Alabado sea el Todopoderoso —resolló Augustus Shackleford, agradecido.

Charity se puso en pie.

—Creo que el Todopoderoso debería haberle dejado ahí toda la noche —declaró, sacudiéndose el polvo de la bata.

—Muchacha despiadada... —musitó el reverendo, haciendo una mueca de dolor al intentar levantarse—. Échame una mano, Percy; a este paso, tendrás que llevarme a cuestas.

El coadjutor suspiró y se puso de rodillas. Al ver el hueco del que había escapado su superior, soltó un gemido.

—Creo que lo ha roto, señor.

El reverendo se giró y vio que el panel de madera colgaba bajo el escritorio.

—Maldita sea —gruñó—. ¿Puedes volver a colocarlo en su sitio, Percy?

— Voy a echar un vistazo —dijo Percy, metiendo la cabeza. Agarró el panel de madera e intentó levantarlo—. Hay algo que lo bloquea, señor —jadeó, con el cuello torcido hacia arriba.

—¿Ves algo? —preguntó Charity, asomando también la cabeza por el hueco.

Sin contestar, Percy metió la mano y palpó a su alrededor. Tras unos segundos, sus dedos toparon con un pequeño paquete plano.

—Aquí hay algo —gruñó, tratando de agarrarlo. Por fin logró enganchar el objeto con los dedos y tiró de él. El paquete cayó al suelo con un leve susurro. Sin detenerse a ver qué era, Percy empujó el panel y, por suerte, este quedó de nuevo en su sitio. Aliviado, recogió el objeto y se arrastró hacia atrás.

—¿Qué es? —preguntaron a la vez el reverendo y Charity, mientras el coadjutor examinaba el paquete.

Percy frunció el ceño.

—Parece un montón de cartas atadas con una cinta —musitó, entregándoselo al reverendo.

Charity corrió a buscar la vela, y los tres se quedaron contemplando su hallazgo, hasta que el reverendo dejó escapar una risita.

—Apuesto a que esto es exactamente lo que el viejo Morgan Carlyon estaba buscando.

Veinte

Jack se enjuagó las manos con esmero en el cuenco desconchado. La verdad, había creído que Fred habría aprendido la lección después de lo de su hija.

—No lo mates —le ordenó a su segundo al mano—. Devuélvelo con su tripulación. Quizá, en cuanto vean que al cabrón le faltan los dedos, por fin capten el mensaje.

El pescador apenas resultaba reconocible cuando salió arrastrando los pies del cuartucho en el que Mary Noon había estado encerrada solo unos días antes.

—¿Y si abre el pico? —preguntó Will.

—No lo hará —le cortó Jack—. No, si no quiere acabar balanceándose de lo alto del mástil. —Señaló al hombre, que avanzaba a trompicones—. Ayúdale a subir la maldita escalera, o nunca lo conseguirá.

Después de secarse las manos con un trapo, el jefe de la banda arrojó la tela sucia a un rincón y dio un trago de *brandy*. Cuando el esbirro regresó, Jack le alargó la botella.

—¿Por qué crees que Fred los llevó a Falmouth? —preguntó Will, después de dar un buen sorbo y devolverle a su jefe la botella.

Jack limpió el borde con la manga y no contestó al instante. Un segundo después, en un arrebato de furia, estampó la botella contra la pared. El vidrio reventó y el licor salpicó el suelo y la pared.

—No lo sé —masculló entre dientes—, pero, cuando termine con Jago Cardell, el muy bastardo me suplicará que le deje decírmelo.

En cuanto Charity y Percy lograron levantar al reverendo del suelo, lo arrastraron a toda prisa fuera del salón. Por suerte, no parecía haber quedado lisiado, después de todo, y consiguió llegar por su propio pie a las escaleras.

—¿De quién son? —preguntó Charity, una vez reunidos los tres en su alcoba, incapaz de ocultar su emoción.

—Sostén la vela más alta, Percy —murmuró el reverendo—. No veo un comino.

Con cuidado, el señor Shackleford deshizo la cinta y dejó que las cartas cayeran sobre el pequeño escritorio. Había seis en total, y todas mostraban la misma letra diminuta.

—¿Cree que deberíamos esperar a mañana para leerlas que pone? —comentó Percy después de que Freddy soltase un ronquido especialmente sonoro, pero, al no obtener respuesta de sus cómplices, hizo una mueca y miró con envidia al sabueso, despatarrado en la cama.

Unos segundos más tarde, el vicario Shackleford lanzó un suspiro y le pasó a Charity la carta que tenía en la mano.

—Tú ves mejor que yo —concedió.

Con impaciencia, Charity desplegó la misiva y la acercó a la luz de la vela.

—No vayas a prenderle fuego a la maldita cosa —le advirtió su padre, y Charity le dedicó una mirada fulminante.

—Cuesta muchísimo leerlo —dijo ella—, pero va dirigida a Ginny, así que podemos suponer con bastante seguridad que se refiere a Genevieve... y... —Hizo una pausa e inclinó la cabeza, concentrándose en su tarea. De pronto, la alzó de golpe—. Creo que es de un hombre —murmuró.

—¿Y eso cómo lo sabes? —exigió el reverendo.

—Porque se llama Stefan.

El día siguiente amaneció luminoso y despejado, lo que Jago les aseguró durante el desayuno que era totalmente inusual para finales de febrero.

—¿Les gustaría aprovechar el buen tiempo y visitar Wheal Tredennick esta mañana? —La pregunta de Jago iba dirigida a Charity, aunque se ocupó de incluir al vicario y a Percy en la invitación.

Ella, con sus pensamientos puestos en el descubrimiento de la noche anterior, se debatió entre pasar el tiempo descifrando el contenido de las cartas o con el apuesto señor Carlyon.

—Podríamos hacer un picnic —añadió Jago, sospechando que la duda de ella tenía que ver con el destino de su viaje.

—La verdad es que estoy un poco cansado —respondió el reverendo antes de que Charity tuviera oportunidad de hablar—. Con su permiso, creo que pasaré un rato en la biblioteca. Allí hay buena luz, lo que facilita mucho la lectura —dijo alzando una ceja hacia Charity. Ella apretó los dientes al pensar que tendría que entregar las cartas a su padre, pero movió la cabeza en señal de acuerdo—. ¿Y tú, Percy? —continuó Augustus Shackleford—. ¿Te gustaría acompañarme? Puedes aprovechar y escribir tu sermón para cuando regresemos a casa. —El reverendo hizo una pausa antes de añadir en tono jovial—: De hecho, estoy casi seguro de que podrías sacar tres sermones de los acontecimientos de la última semana. Cuatro,

si tienes en cuenta los nocivos efectos de la bebida. —Percy frunció el ceño, pensativo, y al fin asintió.

—Estaré encantada de acompañarle —le respondió Charity a Jago, sin ser cierto del todo. Aun así, esbozó una amplia sonrisa mientras echaba hacia atrás la silla y anunciaba su intención de ir a buscar su capa.

Una vez en su alcoba recogió las cartas. Ojalá hubiera podido leer su contenido la noche anterior. Por desgracia, la falta de luz les jugó una mala pasada: la vela de sebo se había consumido hasta la mecha y los dejó a oscuras. De hecho, era sorprendente que su padre y Percy no hubieran despertado a toda la casa antes de llegar a sus dormitorios, después de haberse reventado tres dedos de los pies con los muebles y evitar por los pelos romperse una pierna.

Charity miró con frustración el montón de cartas, y sintió el infantil deseo de esconderlas detrás de su espalda al oír que su padre llamaba a la puerta. Al fin, la abrió de mala gana y extendió hacia él su preciado tesoro.

—Es poco probable que Jago ande por aquí a la hora del té —la consoló su padre, incapaz de ocultar su propia satisfacción—, así que Percy y yo te esperamos en la biblioteca para contarte lo que averigüemos.

Unos minutos después, Charity fue a por su vieja capa, pero se detuvo al ver la preciosa capa con ribetes de piel que había pertenecido a Genevieve. Jago le había dicho que podía usarla, y Charity estaba convencida de que ese color azul medianoche compensaba bastante la aburrida tonalidad de sus ojos castaños. Desde luego, la prenda era de mucha mejor calidad que la suya y, tras una breve vacilación, Charity la tomó y se la echó sobre los hombros antes de bajar.

En menos de media hora, ya estaba sentada en un pequeño carruaje descubierto, con una manta sobre las rodillas.

—No se me ocurrió preguntarle si monta a caballo —se disculpó Jago, conduciendo el coche—. Sin embargo, el camino a Wheal Tredennick es muy pintoresco, aunque sea un poco más largo.

—La verdad es que ni yo ni ninguna de mis hermanas sabemos montar bien —admitió Charity—, aunque quizá me convendría aprender.

—La carretera que bordea los acantilados no es para principiantes —dijo Jago—. Sería muy fácil despeñarse si el caballo se asustara y no supiera cómo dominarlo.

Charity se estremeció.

—Entonces quizá me conforme con aprender a conducir un carruaje —bromeó—. De hecho, si hubiera observado mis esfuerzos por montar, sin duda estaría de acuerdo.

El paseo fue tan agradable que Charity se olvidó por completo de las misteriosas cartas, y se pasó el trayecto compartiendo con Jago anécdotas de su poco convencional familia. Cuando llegó a la parte del desafortunado incidente con la reina Carlota en el estanque de los patos durante la boda de Hope, él le rogó que no continuase, ya que temía que se le rompiera una costilla de tanto reír.

Riendo con él, Charity se sorprendió de la facilidad con que ella le había revelado todos los detalles, buenos y malos, de su familia, pero tenía la ferviente esperanza de que, algún día, Jago pudiera hallar la paz tras la muerte de su hermana y seguir adelante con su vida. Y si esa vida la incluía a ella, no podría haber secretos entre ambos.

Al final, tardaron casi una hora en llegar a la mina por la carretera, y Charity pensó que llamar así a ese camino lleno de baches era una broma de mal gusto. Sin embargo, el paisaje era tan bonito como Jago había afirmado. La costa de Cornualles era magnífica, mucho más espectacular que la del sur de Devon. Le habían dicho que la costa norte de Devon tenía unos acantilados similares, pero ella no

la había visto por sí misma. Al fin, al tomar una curva cerrada en las colinas, Charity contempló Wheal Tredennick en todo su esplendor.

—No pensaba que fuera tan grande —susurró, sorprendida.

—Sí, lo es —comentó Jago, con evidente orgullo en su voz, mientras guiaba los caballos hacia el grupo de edificios que rodeaban la caseta de las máquinas.

Jago detuvo el coche, bajó un salto y dio la vuelta para ayudar a Charity a descender. Cuando él la sostuvo por la cintura sin esfuerzo, ella recordó de repente las fantasías eróticas en las que se había recreado la noche anterior. Sonrojada, se deslizó a través de su firme cuerpo hasta el suelo, y entonces tuvo la sensación de que Jago le leyó el pensamiento. Durante unos segundos, el mundo desapareció a su alrededor, y solo estaban ellos dos.

—Gracias —murmuró Charity por fin.

Antes de que él pudiera responder, alguien lo llamó.

—Señor Carlyon, no pensaba verle por aquí hoy. Y con una invitada, además. ¿A qué viene este honor?

La voz sonaba amistosa, y Jago no pareció ofenderse.

—¿Qué haces ahí arriba holgazaneando, Jori? ¿No se supone que deberías estar escarbando mi fondo de jubilación?

—Me da que antes de que eso pase escarbarán su maldita tumba —replicó Jori con una risotada.

Jago sonrió y se volvió hacia Charity.

—Este granuja es Jori Magor, mi capataz principal —explicó Jago.

—Encantado de conocerla —dijo el hombre, quitándose la gorra.

—¿Has visto a Richard? —le preguntó Jago.

—Voy para allá ahora mismo —respondió Jori—. ¿Quiere que le diga que su amo y señor lo anda buscando?

Jago negó con la cabeza.

—Dile solo que he dejado lo que me pidió en el juzgado.

El capataz se dirigió hacia una pequeña construcción que había junto a otra de gran tamaño. Jago le explicó a Charity que dentro se encontraba la máquina de vapor que bombeaba el agua desde el nivel más profundo de la mina.

—El edificio en el que acaba de entrar Jori es la casa del torno —continuó Jago—. Dentro hay jaulas para bajar a los hombres hasta las vetas. —Jago señaló otro edificio, más pequeño—. Y aquel de allí es el vestuario, donde se cambian los mineros.

Charity miró a su alrededor con interés. El lugar bullía de actividad, con una multitud de mujeres y niños.

—¿Permite que las mujeres entren en la mina?

Jago negó con la cabeza.

—En general trabajan aquí arriba: procesan el mineral, limpian, cocinan y se ocupan de la colada. —Jago le sonrió—. Algunas conducen los carros. En Cornualles las llamamos *Bal Maidens*.

—¿Y los niños?

—En Wheal Tredennick van a la escuela. —Jago señaló una construcción de una planta, apartada a un lado—. Y, cuando no están aprendiendo a leer y escribir, ayudan con el lavado, el bateo y la selección.

Charity asintió despacio. Las mujeres trabajaban entre charlas y algunas risas, y sintió alivio al comprobar que, al menos, Jago parecía considerado con sus empleados. Por lo que Charity había descubierto sobre padre de Jago hasta el momento, resultaba poco probable el viejo hubiera mostrado el mismo cuidado.

—Solo tengo que dejar unos papeles para Richard y luego podemos llevarnos el picnic a un sitio un poco más tranquilo —dijo Jago.

Charity lo siguió hacia un edificio detrás de la casa de máquinas, que Jago le explicó que era la casa de cuentas. Incluso dentro de la pequeña oficina, Charity notó la vibración y oyó el eco amortiguado del bombeo de agua.

Unos minutos después, regresaron al coche y Jago descargó una cesta enorme.

—La señora Penna insiste en que tengo que engordar —resopló Jago mientras levantaba el cesto, de un tamaño considerable—. ¿Puede usted llevar las mantas?

Charity asintió, cogió las pesadas mantas de lana y regresó con Jago a las bulliciosas instalaciones.

—¿Puedes ocuparte de los caballos, Alfie? —Jago llamó a un chiquillo que estaba sentado a un lado, comiéndose una manzana.

El niño se incorporó de un salto con una sonrisa desdentada, asintió y echó a correr hacia los dos caballos, que esperaban disfrutando del sol.

Pocos minutos después, el clamor de la mina se apagó a medida que se acercaban al borde del acantilado. Jago señaló una pequeña playa apartada.

—¿Está seguro de que podrá bajar la cesta hasta allí? —preguntó Charity.

—Para que lo sepa: fui campeón de lucha de Cornualles dos años seguidos —replicó Jago. Luego se echó la cesta al hombro y empezó a descender por la abrupta pendiente que llevaba a la playa.

Charity andaba ocupada atándose las mantas a la cintura, así que no contestó. Cuando se aseguró de que quedaban bien sujetas, se recogió las faldas y avanzó con cuidado por el camino. Mientras seguía a Jago, el corazón le empezó a golpear con fuerza en el

pecho, y no por el esfuerzo. Charity estaba completamente segura de que, cuando su padre le sugirió que fuera de picnic a solas con el señor Carlyon, no imaginaba que su destino fuera una playa aislada.

Ella no temía que le hiciera daño o la obligara a hacer algo en contra de su voluntad. Confiaba plenamente en él. En realidad, no era a Jago a quien temía, sino a sí misma.

Veintiuno

George Barnet permanecía de pie en la cubierta del *Swan*, contemplando cómo el muelle de Dartmouth desaparecía tras el recodo del río. Lo último que necesitaba era un maldito viaje imprevisto a Falmouth, justo antes de una operación. Pero había asuntos que exigían su presencia. Y Jago Cardell era uno de ellos.

George había sido muy meticuloso al construir el personaje de Jack. Siempre había mantenido sus dos vidas perfectamente separadas. Los pocos que conocían su verdadera identidad estaban demasiado aterrorizados como para atreverse a revelarla. Él se había encargado de ello. No le había resultado difícil. Al fin y al cabo, su oficio era carnicero.

George no se hacía ilusiones: los demás miembros de la banda de Hope Cove no lo seguían por lealtad. Sin embargo, a él le divertía someterlos mediante el miedo, enfrentándolos entre sí para evitar que se volvieran contra él. George soltó una carcajada seca. Lo odiaban, sí, pero su temor era aún mayor. Y, además, les gustaba el dinero. Miedo y dinero. Los dos mayores alicientes de todos.

Y entonces apareció Jago Cardell. Desde el principio, había habido algo raro en él. Algo distinto. Pero George no había logrado identificarlo. Hasta la noche anterior.

La pasada noche, George había sentido el pavor del pescador cuando le amputó dos dedos. Pero al mirar a los ojos de Fred, no encontró solo miedo. También había esperanza.

Jago Cardell era una inspiración. Ese bastardo no había venido a unirse a él, sino a destruirlo.

George golpeó la barandilla, deseando tener la cabeza de Cardell en su mano. Primero se encargaría de él, y luego encontraría y destriparía a la perra que lo había delatado.

La señora Penna había preparado comida suficiente para alimentar a un ejército. Al llevarse el último trozo de queso a la boca, Charity temió por un instante que fuera a reventar.

Se habían sentado al pie del acantilado, en una oquedad natural que los protegía tanto del viento como de miradas indiscretas desde lo alto. Al principio, a Charity le había costado controlar los nervios, pero el trato relajado y afable de Jago pronto los devolvió a esa cómoda complicidad que ya habían compartido antes en el coche.

Ahora, mientras observaba cómo las olas lamían la orilla con suavidad, Charity experimentó una paz, una sensación de pertenencia que no había sentido en ningún otro lugar. Ni siquiera en Blackmore.

Jago se había dormido a su lado, con su cuerpo grande estirado, ocupando por completo una de las mantas. Según él, la marea había subido al máximo nivel y pronto empezaría a bajar, así que no corrían el riesgo de quedarse aislados. Aun así, Charity sabía que tendrían que marcharse pronto si querían regresar a la casa a una hora razonable. Pero, por el momento, el sol le calentaba el rostro y, cerrando los ojos, se entregó al inesperado placer de aquella tibieza.

Al cabo de un rato, Charity echó una mirada discreta a su acompañante para asegurarse de que seguía dormido; luego, con cautela, se desabrochó los tres primeros botones del vestido para

poder disfrutar de la caricia del sol. Soltó un suspiro y se recostó sobre las manos, dejando caer la cabeza hacia atrás.

Pero lo que Charity ignoraba era que Jago no solo estaba despierto, sino que la observaba a través de los párpados entreabiertos. Verla desabrocharse el vestido y apartar la tela para dejar expuestos su cuello y los hombros, le provocó de inmediato una dolorosa presión en los pantalones que estuvo a punto de hacerle gemir. Dios Santo, era preciosa. Jago se removió, inquieto, intentando ocultar su excitación, pero ese mismo gesto llamó la atención de Charity. Con un leve sobresalto, ella abrió mucho los ojos y buscó los de él. La expresión que Jago encontró en las profundidades de sus pupilas castañas fue su perdición.

Ella lo deseaba. Tanto como él a ella.

Sin pensarlo, Jago alzó la mano y la apoyó en el hombro de ella, atrayéndola hacia sí con suavidad, hasta que Charity terminó tendida sobre su pecho. Jago notó cómo el corazón de Charity retumbaba contra sus costillas, pero ella no apartó la mirada de la suya. Al cabo de un segundo, él levantó la mano para acariciarle la mejilla, y después deslizó los dedos por su nuca. Muy despacio, casi con reverencia, la atrajo hasta él, y los labios de Charity alcanzaron por fin los suyos. Fue apenas un roce. Pero bastó. Con un gemido, Jago se adueñó de su boca, sujetándole la cabeza y bebiendo de sus labios como si estuviera muriendo de sed. Charity le correspondió con igual pasión, buscando su boca, fundiéndose con él.

Poco a poco, Charity se acomodó por completo sobre él, apretándose contra el bulto duro de su entrepierna. Jago soltó un gruñido bajo, le sujetó los hombros y, al moverse, ella quedó debajo, con su cuerpo flexible adaptándose al de él. Jago inclinó la cabeza hacia el cuello de Charity, besando y acariciando con su lengua la piel desnuda bajo el escote del vestido. Ella emitió un jadeo y enredó sus dedos en el cabello de él, apretando su cabeza contra el pecho, buscando... algo.

Gruñendo, Jago forcejeó con los botones del vestido y apartó la tela hasta dejar los pechos de Charity ante su mirada ardiente. Después volvió a besarla, atrapando su lengua mientras sus dedos cubrían sus pechos, acariciando con el pulgar un pezón ya endurecido. Ella soltó un grito ahogado contra sus labios, sorprendida por aquel placer exquisito e inesperado. De forma instintiva, levantó las caderas, frotándose contra la dureza que sentía entre las piernas. De repente, Jago movió las manos y pasó los brazos por debajo de ella. Charity protestó con un gemido, hasta que, de pronto, sintió que los labios de Jago se cerraban sobre uno de sus pezones.

Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo, y Charity se aferró a los hombros de él mientras la sensación la atravesaba como un relámpago.

Casi sin darse cuenta, Charity notó que la mano de Jago descendía, buscaba el borde de su falda y luego ascendía por las pantorrillas, los muslos, más allá de la liga y la media, hasta la piel vulnerable de más arriba. Jago acarició con destreza esa carne delicada, sus dedos avanzando con roces leves e irresistibles hacia la parte superior de sus muslos. Sin pensar, Charity separó las piernas, ofreciéndole acceso a lo más íntimo de sí misma. De hecho, sentía que iba a morir si él no la tocaba ahí, en ese mismo instante.

Y entonces lo hizo. Los dedos de Jago se hundieron en ella.

—Estás tan caliente, tan húmeda... —murmuró él con voz ronca de deseo. Charity, impotente, alzó las caderas, sintiendo cómo se precipitaba hacia el abismo. La boca de Jago volvió a tomar la suya, mientras sus dedos la acariciaban con pericia, una y otra vez.

Charity se retorció debajo de él, buscando esa parte de su cuerpo que sabía que le traería la liberación.

—Por favor... —susurró contra los labios de Jago, deslizando las manos entre ambos y forcejeando con los botones de los pantalones de él. Jago gimió al notar cómo la mano de Charity se colaba dentro

y lo acariciaba, al tiempo que ella se arqueaba bajo los dedos ansiosos de él.

Jago echó la cabeza hacia atrás cuando los dedos de Charity rodearon su virilidad, y todo su cuerpo tembló, al borde de perder el control como un chiquillo. Ella lo acarició una vez, dos, marcando el mismo ritmo urgente que los dedos de él. La respiración de Jago salía entrecortada mientras separaba las piernas de Charity con sus rodillas y...

No podía. Él no podía hacerlo. No allí, no en ese momento. Sus dedos se quedaron inmóviles, intentando alejarse de la humedad de ella, pero Charity negó con un gesto y le sujetó la mano, manteniéndola en su lugar. Ella abrió los ojos de par en par y lo miró. Jago sintió cómo el cuerpo de Charity se tensaba en torno a sus dedos, y comprendió que ella estaba a punto de llegar a su clímax. Apretando los dientes para contenerse, Jago frotó con el pulgar el pequeño botón en la entrada de su sexo. Una vez, dos, y eso bastó. Al ver su rostro, al oírla gritar mientras el placer la arrasaba, Jago supo que nunca había vivido nada tan erótico.

Y entonces todo terminó. Charity, con el rostro encendido, mantuvo los ojos cerrados mientras Jago retiraba los dedos con delicadeza y le bajaba las faldas. Ella no se movió mientras él, con dolorosa lentitud, se ajustaba los pantalones. Pero cuando él intentó subirle el corsé, Charity le apartó la mano con brusquedad y retrocedió. Agachando la cabeza, se afanó en abotonarse el vestido.

—Charity, mírame —le suplicó Jago con la voz cargada de emoción. Ella negó apenas, casi imperceptiblemente, y siguió mirando su propio regazo, con las manos crispadas en la falda. Jago soltó un suspiro, se inclinó hacia delante y le cubrió las manos con la suya.

—Mírame, querida —repitió él.

Algo en su tono debió de convencerla, porque Charity levantó el rostro despacio.

—Lo siento tanto... —murmuró, rota—. Yo... te juro que nunca me había comportado de manera tan desvergonzada. Yo no... no he... —Calló, y las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Jago reprimió el impulso de besarle las lágrimas. Si Dios quería, llegaría el momento que él anhelaba tanto, pero esperaba que esto no se repitiera a menudo. Al contemplar los labios de Charity, hinchados por los besos, no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—¿Y ahora te parece adecuado reírte de mí? —le espetó ella—. Sin duda, eres el peor...

—Charity Shackleford, ¿quieres casarte conmigo?

Ella enmudeció de golpe y se quedó mirándolo.

Y siguió mirándolo.

Y justo cuando Jago estaba convencido de haberlo estropeado todo, Charity dijo, con toda naturalidad:

—Probablemente sea una buena idea y, a juzgar por mi conducta de hace un momento, convendría que no esperáramos demasiado.

Y entonces se arrojó en sus brazos.

A pesar de la intimidad que acababan de compartir, el trayecto de vuelta a Tredennick House transcurrió casi en silencio. Charity sentía que el rubor volvía a apoderarse de sus mejillas al recordar su entrega, tan atrevida. ¿Quién habría dicho que en el fondo era tan descarada como Tempy?

De pronto, Charity tuvo que reprimir una risita. La expresión en los ojos de Jago había sido de lo más gratificante. Y lo que ella le había dicho sobre no esperar demasiado no era una broma: la tentación de colarse en la cama de su prometido podría llegar a ser imposible de resistir.

—Quisiera que mantuviéramos nuestro compromiso en secreto hasta que haya hablado formalmente con su padre —anunció Jago de

repente, rompiendo el silencio. Charity lo miró, temiendo por un instante que se estuviera arrepintiendo, pero la mirada que él le dirigió estaba cargada de deseo, y sus temores se disiparon—. También deseo informar a mi padre de mis intenciones —continuó Jago antes de que Charity pudiera responder—, pero preferiría dejar ambas conversaciones para mañana, si te parece bien. —Hizo una pausa, y Charity intuyó que aún quería añadir algo más—. Tengo una cita con nuestros abogados en Falmouth mañana y pensé que quizá tú, tu padre y Percy quisierais acompañarme. Cuando termine mis asuntos, me reuniré con vosotros para almorzar.

—Me encantaría —respondió Charity, dedicándole una sonrisa—. Quizá así tenga ocasión de hablar con mi padre mientras estamos fuera.

—¿Crees que será menos severo conmigo en público? —replicó Jago con sorna.

—No creo que se muestre severo —contestó Charity—. Mi padre tiene muchos defectos, pero sé que quiere mi felicidad, ante todo. Si mi deseo es casarme contigo, él no se opondrá. —Lo miró de reojo, sonrojada—. Y ese es mi deseo.

—No hay nada que yo desee más —afirmó Jago—. Pero no solo está tu padre. ¿Qué hay de tu familia? Por ahora, ni siquiera saben que existo.

—Te querrán igual que yo —respondió Charity con sencillez.

Sus palabras hicieron que el corazón de Jago diera un salto en su pecho.

—Eso espero —replicó con voz ronca.

El resto del camino lo recorrieron en silencio, pero justo cuando Jago maniobraba para entrar en la finca de Tredennick, Charity tomó aire, consciente de que debía hacer la pregunta antes de entrar en la casa.

—¿Y tu padre, Jago? —preguntó con cautela—. Todavía no me conoce. ¿Cómo se tomará que quieras casarte? ¿No pensará que es muy precipitado?

—Si mi padre prefiere quedarse en la cama antes que bajar a cenar con nosotros, ese es su problema —contestó Jago con dureza. Luego suspiró—. Creo que la apoplejía que sufrió tras la muerte de mi hermana le ha trastornado la mente. Ya no es el mismo hombre que era antes de perder a Genevieve. —Negó con la cabeza antes de añadir—: Parece haber perdido toda empatía junto con el uso de las piernas.

Charity frunció el ceño, preguntándose si sería buen momento para decirle que Morgan Carlyon no estaba tan impedido como aparentaba, pero, cuando iba a abrir la boca, Jago detuvo el coche delante de la casa. Se volvió hacia ella y le tomó la mano.

—Me casaré contigo, Charity, piense lo que piense mi padre. Naturalmente, me gustaría contar con su bendición, pero si se niega, que así sea.

—¿Y si te deshereda? —no pudo evitar preguntar ella. Jago contempló el gran edificio de piedra gris y se encogió de hombros.

—Entonces confío en que, al menos, alguno de tus cuñados se apiade de mí y me dé un empleo.

Veintidós

Charity frunció el ceño al contemplar su vestido de noche, que empezaba ya a verse deslucido por el uso. Sin duda, no era la prenda que había imaginado llevar la noche de su compromiso, aunque, por el momento, este no fuera oficial. Sacudió el vestido con desgana y soltó un hondo suspiro. Cuánto habría dado porque el resto de su familia estuviera allí... Pero enseguida se reprendió a sí misma con severidad. Pronto lo sabrían, y podrían organizar otra celebración.

Después de dejar el vestido sobre la cama, Charity se preguntó si habría tiempo de limpiarlo antes de mañana por la noche. Ojalá para entonces Jago ya hubiera hablado con su padre y pudieran tener una cena de compromiso como correspondía.

Charity lanzó una mirada de fastidio al vestido y de pronto se le ocurrió una idea. Al día siguiente irían a Falmouth. Quizá su padre se animara a comprarle uno nuevo. Sin duda protestaría, pero seguramente no querría que ella llevase en una ocasión tan especial una prenda que ya empezaba a desprender un cierto olor a humedad.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

—Adelante —dijo Charity, sintiendo cómo la felicidad volvía a desbordarse en su interior.

Su padre entró, seguido de Freddy, y la sonrisa de Charity desapareció al recordar las cartas y la sugerencia del reverendo de reunirse en la biblioteca. En realidad, no había vuelto a pensar en ello en todo el día.

El sabueso la saludó con entusiasmo y Charity se agachó para acariciarlo, reacia de repente a enfrentarse al contenido de aquellas misivas. Tantas cosas habían cambiado desde que había salido por la mañana...

—Bien, Charity, el padre de Jago es un personaje de cuidado, y no exagero —comentó el reverendo, dejándose caer pesadamente en uno de los sillones junto a la ventana—. Será mejor que te sientes, muchacha —murmuró.

El ceño de Charity se acentuó y su euforia anterior comenzó a disiparse poco a poco. Con el pulso acelerado por la inquietud, ocupó la otra butaca.

—Las cartas eran para Genevieve, como sospechábamos —dijo el reverendo al cabo de un momento—. Las escribió un hombre que trabajaba en la mina. Se llamaba Stefan Petrock. Al parecer, eran... —Titubeó, buscando una palabra que no hiriera la sensibilidad femenina.

—Mantenían una relación clandestina —zanjó Charity en tono neutro.

El reverendo asintió.

—Parece que estaban enamorados y planeaban fugarse juntos. —Negó con la cabeza y soltó un suspiro—. No creo que tuvieran idea de lo lejos que está Escocia de Cornualles.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Charity.

—Por las fechas, diría que no mucho antes de que Genevieve fuera enviada a Londres.

— Así que su padre lo descubrió todo y lo cortó de raíz —concluyó Charity.

—¿Soy yo quien está contando esta maldita historia o tú? —replicó el reverendo, exasperado.

—Perdón, padre, continúe, por favor.

—Sí, bueno —gruñó él—, pero llevas razón. Su padre lo descubrió. Nuestra querida señora Penna fue quien los delató, aunque creo que después se arrepintió. Según Stefan, llegó incluso a hacer de intermediaria. Por lo visto, ella no esperaba que el señor de Tredennick reaccionara de forma tan violenta, sin embargo, su furia fue mayúscula. No mucho después, envió lejos a Genevieve.

—¿Jago lo sabía? —preguntó Charity, con un nudo repentino en el estómago. Sintió alivio cuando el reverendo negó con la cabeza.

—En sus cartas, Stefan le rogaba a Genevieve que hablara con él. Estaba convencido de que Jago intercedería. Pero, al parecer, ella se negó. No quería enfrentar a su hermano con su padre.

—Así que ese hombre detestable la echó de sus vidas —murmuró Charity.

El reverendo Shackleford asintió con una mueca.

—En la última carta, Stefan le aseguraba que la esperaría a su regreso. Solo faltaba un año para que Genevieve alcanzara la mayoría de edad. Después de eso, el padre ya no podría oponerse a su boda.

—Pero ella no volvió a casa —susurró Charity—. ¿Qué fue de Stefan?

El reverendo se encogió de hombros.

—Pensaba preguntarle a Jago, a ver si sabe algo.

A Charity no le gustaba la idea de interrogar al hombre con el que pensaba casarse. Y, en realidad, no tenía claro que Jago quisiera saber algo de la relación de Genevieve con uno de sus mineros.

—No tengo ninguna objeción —dijo Charity—, siempre y cuando no intente deleitar a su futuro yerno durante la cena con detalles escabrosos de la aventura de su hermana.

—¿Me tomas por un cabeza de chorlito? —protestó el reverendo, ofendido—. Puede que a veces carezca de modales, pero ni yo iría tan lejos como para anunciarle a un hombre en su propia mesa que su hermana era una descarada. —Mientras su padre se ponía en pie, Charity lo oyó murmurar—: Ya tengo bastante de eso en casa.

Charity se removió, recordando su propio comportamiento tan poco decoroso de esa tarde.

—Vamos, Freddy. —El reverendo llamó al sabueso desde la puerta—, aún queda luz para dar una vuelta por la terraza.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Charity se quedó sentada, invadida por una profunda tristeza por la hermana de Jago. Pensó en el comentario que su padre había susurrado al marcharse y, por primera vez, se sintió agradecida por la perspectiva tan poco convencional que él tenía de la vida. La verdad era que, a lo largo de los años, ella y sus hermanas se habían divertido a su costa.

Sin embargo, Charity recordó también todas las veces que su padre se había metido en asuntos que no eran de su incumbencia. Puede que no fuera un cabeza de chorlito, pero todo el que lo conocía coincidía en que Augustus Shackleford nunca desaprovechaba la ocasión de armar un buen revuelo.

Fiel a su palabra, su padre no volvió a mencionar a Stefan Petrock hasta que, después de la cena, todos estuvieron en el salón. Mientras Jago le ofrecía una copa de *brandy*, el reverendo se limitó a preguntar si los mineros de Wheal Tredennick estaban satisfechos.

—En general, sí —respondió Jago—. Me gusta pensar que tratamos a los trabajadores con respeto y consideración.

—Puedo dar fe de ello tras mi visita de hoy a la mina —intervino Charity con calidez.

Jago le dedicó una sonrisa agradecida.

—La mayoría llevan en la mina toda la vida, igual que sus padres antes que ellos.

—¿Así que no ha habido nadie que haya dejado su empleo en los últimos años? —preguntó el reverendo, con aparente indiferencia.

Jago frunció el ceño y, por un instante, Charity temió que le preguntase a su padre por qué le interesaba saberlo. Pero Jago se encogió de hombros y le respondió.

—Uno o dos. Normalmente son jóvenes que no están interesados en alquilar una vivienda y creen que pueden ganar más en otro sitio. —Dio un sorbo a su copa de vino antes de añadir—: Hubo un hombre que nos sorprendió un poco.

—Ah, ¿sí? —El reverendo fingió un interés educado.

—Stefan Petrock —reflexionó Jago—. Como el capataz actual ya está mayor, yo esperaba que Stefan lo sustituyera. —Se detuvo y negó con la cabeza—. Petrock parecía ilusionado y, desde luego, era muy inteligente. Pero, cuando regresé, descubrí que él se había marchado poco después de mi viaje a Salcombe. —Jago frunció el ceño—. No era propio de él, y reconozco que no me lo esperaba. Según Richard, decidió probar suerte en Devonshire. Por lo visto, había una mujer de por medio.

El reverendo soltó un suspiro.

—Los hombres son capaces de hacer las mayores tonterías por amor —afirmó—. Yo mismo...

Temiendo que su padre terminara metiendo la pata, Charity intervino.

—Jago tiene una cita en Falmouth mañana y pensaba que quizá querríamos acompañarlo. ¿Qué le parece, padre?

—Por mi parte, no hay inconveniente. ¿Y a ti, Percy? ¿Te apetece una excursión?

—Me encantaría —respondió el coadjutor—. La única vez que he pisado la ciudad fue en nuestra... accidentada llegada.

—Queda decidido, entonces —sonrió Jago—. Le pediré a la señora Penna que sirva el desayuno más temprano para que podamos salir antes de las diez. —Se puso en pie con intención de buscar al ama de llaves, pero antes miró de reojo a Charity y luego se dirigió al reverendo—. Mi cita es a las once y no durará más de una hora. Quizá podamos compartir una jarra de cerveza antes del almuerzo mientras la señorita Shackleford visita una o dos modistas. Aunque este es un lugar pequeño, estoy seguro de que quedará impresionada con la variedad de frivolidades disponibles.

—Me parece una idea excelente —aprobó el reverendo, siempre dispuesto a catar la cerveza local. Jago asintió con una leve sonrisa y se marchó en busca de la señora Penna.

—Me parece un plan admirable —secundó Charity. Y, aprovechando que Jago ya no estaba en la sala, añadió—: Como habrá notado, padre —dijo lanzando una elocuente mirada a su vestido—, empiezo a parecerme a esa pobre mujer que se sienta a la puerta del Red Lion en Blackmore.

Naturalmente, su padre no había notado nada, pero al mirarla, de pronto abrió mucho los ojos.

—¡Rayos y centellas, Charity! ¿Cuándo fue la última vez que te cambiaste ese... harapo que llevas puesto?

—Hace más de una semana, padre —respondió ella con pesar, mientras pensaba para sus adentros: «Ya le enseñaré yo lo que es un harapo». Intentar mostrar tristeza con los dientes apretados no era tarea fácil. El reverendo entrecerró los ojos y, por un segundo, Charity se preguntó si se había pasado un poco. Después de todo, su padre era mucho más hábil que ella en el arte de adornar

historias. Jago no tardaría en volver, así que decidió facilitarle las cosas—. La cuestión es, padre, que necesito de forma urgente un vestido nuevo.

A las once menos cuarto, el carruaje ya se acercaba a las afueras de Falmouth. Charity había pasado casi todo el trayecto medio dormida, después de una noche de sueño inquieto. En realidad, era de esperar: esa mezcla de entusiasmo y nervios no favorecía el descanso.

—Les espero aquí dentro de una hora —anunció Jago cuando bajaron del carruaje—. La calle principal está por allí. —Señaló una vía adoquinada que se alejaba del puerto—. Creo que se llevarán una grata sorpresa. —Esta vez, la sonrisa iba dirigida a Charity, y ella le dedicó una mirada radiante que no pasó inadvertida a la vista de lince de su padre.

—¿Debo entender que andas encaprichada del señor Carlyon? —le soltó el reverendo mientras subían por la empinada calle, mientras Freddy olisqueaba feliz los aromas que flotaban en el aire.

—¡Padre, qué cosas dice! —protestó Charity, sintiendo cómo las mejillas se le encendían.

—No sé yo si conviene que te involucres con alguien que quizá tenga más esqueletos en el armario que un enterrador —refunfuñó el reverendo.

Charity miró a su padre, alarmada por la vehemencia de sus palabras, sobre todo, teniendo en cuenta que esperaba que Jago le pidiera la mano en menos de una hora.

—Creo que el señor Carlyon es un hombre honorable —respondió ella con cautela—. Desde luego, no creo que esté al corriente de los negocios turbios en los que su padre puede estar o no metido.

—Coincido con la señorita Charity —intervino Percy, ganándose una mirada agria del reverendo—. Sin la intervención del señor Carlyon,

bien podríamos estar ahora en el fondo del puerto de Dartmouth.

—Y, además, padre —continuó Charity, animándose—. Si lo que le preocupa es escandalizar a la alta sociedad, nuestra familia probablemente tiene más esqueletos en el armario que toda la nobleza junta. De hecho, estoy convencida de que esos pavos rellenos nos condenarían al ostracismo si supieran la mitad de lo que hemos hecho.

El reverendo abrió la boca, pero la cerró de nuevo. La muchacha tenía razón. Ya había perdido la cuenta de las veces en que los Shackleford habían estado al borde del desastre, y la verdad era que Jago Carlyon le caía bien. Él y Charity harían buena pareja, siempre que lograran resolver el asunto del padre asesino, zanjar el tema de George Barnet, y que el muchacho pudiera soportar la afilada lengua de su hija.

Resignado, el reverendo se sentó en un banco cercano mientras Charity miraba el escaparate de una modista. Acariciando a Freddy, reflexionó sobre su situación. Sinceramente, opinaba que Dios estaba yendo demasiado lejos. Por supuesto, no esperaba que le sirvieran en bandeja ocho pretendientes perfectos, pero nunca había imaginado que el Todopoderoso pudiera tener esa inclinación por el drama. Quizás hablaría con él cuando volvieran a Blackmore.

George Barnet se apoyó en el muro del puerto y se limpió los dientes con la pluma de una gaviota. Desde que llegó el día anterior, no había dormido nada y ninguna de sus pesquisas por encontrar a Jago Cardell había tenido éxito. Con un gesto de fastidio, lanzó el improvisado mondadientes al agua y contempló el bullicioso muelle. Lo cierto era que se sentía incómodo, expuesto. Este no era su modo habitual de actuar. Unos dientes rotos por la mañana solían bastar para conseguir lo que necesitaba de la mayoría de la gente.

Empezó a lamentar no haber traído consigo a Will. Pero su segundo al mando debía asegurarse de que todo estuviera listo para la siguiente operación y, en realidad, George... bueno, sentía tanta

vergüenza como rabia por la forma en que Jago Cardell lo había engañado. Si no se encargaba pronto de ese bastardo, su reputación no se recuperaría jamás.

Negando con la cabeza, el contrabandista se apartó del muro y vaciló, sin saber adónde dirigirse. En realidad, estaba muerto de hambre, y recordó que antes había visto a un vendedor de empanadas. Eso y una jarra de cerveza le harían sentir mejor. Una vez que su atención ya no se centrara en su estómago, podría decidir qué hacer.

Sumido en sus pensamientos, caminó a zancadas por el muelle hacia la ciudad. Aún no había probado a preguntar en ninguna de las tabernas más alejadas del puerto. Por lo general, los menos afortunados solían quedarse en las zonas más conflictivas alrededor del puerto. Y los mendigos estaban más dispuestos a hablar a cambio de un trozo de pan.

Pero comprendió que iba a tener que ampliar la búsqueda.

Apretó los dientes y esperó a que pasara un carruaje, observando distraído cómo se detenía a unos metros de distancia. Al principio, no se fijó en el perro que saltó en cuanto el cochero abrió la puerta. Pero el siguiente en bajar fue un clérigo. Con el corazón latiéndole con fuerza, George retrocedió hacia las sombras y observó cómo bajaba el siguiente pasajero.

Era ella, la mocosa que lo había desenmascarado. George quiso levantar el puño en un gesto de victoria. La chica se volvió hacia el carruaje para hablar con otro fanático religioso que bajaba tras ella.

Segundos después, cuando el último pasajero salió al fin del coche, el corazón le dio un salto en el pecho. Al principio no estaba seguro, pero tan pronto como el hombre levantó la cabeza, George supo que había encontrado a su presa.

Veintitrés

—Bueno, hija, si este es el hombre a quien quieres, yo no tengo objeción alguna.

Si a las palabras de su padre les faltaba algo de delicadeza, Charity ni lo advirtió. En realidad, apenas era consciente de nada, salvo del rostro sonriente de su flamante prometido, que se levantó y le tendió la mano.

Charity soltó una carcajada espontánea y permitió que Jago la ayudara a tomar asiento. Percy, que se había autoproclamado porteador oficial de paquetes, fue el último en sentarse después de librarse de la montaña de bultos que llevaba.

—Me alegro muchísimo, señor —proclamó Percy, inclinándose hacia delante para estrechar la mano de Jago.

—Otro caso resuelto, Percy; solo quedan dos por casar —declaró el reverendo con alegría, tras haber dado ya buena cuenta de dos excelentes jarras de cerveza.

—Me he tomado la libertad de pedir una botella de champán —le dijo Jago con una sonrisa al coadjutor—. Espero que se una a nosotros.

—Por supuesto, será un placer —contestó Percy, radiante, y enseguida se volvió hacia Charity—. Querida, de verdad que me alegro mucho por usted. Creo que forman una pareja admirable y que se entenderán a la perfección.

—Gracias, Percy. —El rostro sonrosado de Charity irradiaba felicidad —. A excepción del padre de Jago, no le comunicaremos a nadie la noticia hasta que podamos informar al resto de la familia.

—Escribiré una carta esta misma noche —anunció el reverendo, justo cuando servían el champán junto con una generosa fuente de pan y queso recién cortados.

——Bueno, esto probablemente te costará un buen pellizco —le dijo Augustus Shackleford a Jago, tras brindar por la pareja—. Crucemos los dedos para que tu padre no te desherede cuando se entere del compromiso.

—¡Padre! —lo reprendió Charity, lanzando una mirada ansiosa a Jago. Para su sorpresa, él no mostró el menor enfado ante el comentario de su futuro suegro, y se limitó a sacudir la cabeza con tristeza.

—Mi padre ha cambiado mucho desde que me marché hace dos años —declaró Jago—. Confío de corazón en que la noticia de mi compromiso le anime a vivir de nuevo. —Tomó la mano de Charity y la llevó a sus labios—. Pero, sea cual sea la opinión de mi padre, solo a mí me corresponde buscar mi felicidad.

Charity sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, y le dedicó una sonrisa temblorosa.

—Por suerte, tengo otros yernos con buenas rentas —murmuró el reverendo con un suspiro, extendiendo el brazo para que le rellenaran la copa.

Una hora más tarde, ya estaban dentro del carruaje de camino a Tredennick. En cuestión de minutos, Charity se quedó dormida con

la cabeza apoyada en el hombro de Jago. Frente a ellos, el reverendo y Percy roncaban al unísono, con Freddy acurrucado felizmente entre ambos.

Jago bajó la vista hacia su prometida, sonrió y le acomodó la capa. Por suerte, los paquetes de Charity habían cabido en los compartimentos bajo los asientos. A todas luces, su padre había atendido la súplica de su hija sobre la necesidad de comprar un vestido nuevo. Jago tuvo que contener la risa. Charity ignoraba que él había sido testigo de la conversación. La verdad era que estaba deseando tener muchas discusiones como esa una vez se casaran.

De forma inevitable, pensó en su padre y en la reunión que había tenido con los abogados esa misma mañana. A pesar de sus exhaustivas indagaciones, el viejo señor Cuthbert no había podido averiguar exactamente qué había hecho Morgan Carlyon con las trescientas libras que faltaban. Lo único que sabía era la fecha en que el dinero había sido retirado del banco: dos semanas antes de la muerte de Genevieve.

Jago sentía la tentación de enfrentarse a su padre en cuanto llegara a casa, pero, teniendo en cuenta que esperaba anunciarle su intención de casarse, cualquier enfrentamiento tendría que esperar. Cansado, cerró los ojos justo cuando el carruaje daba un bandazo al pasar sobre un profundo bache. Mientras sentía cómo se sacudía todo su cuerpo, su último pensamiento antes de quedarse dormido fue que los paquetes de Charity debían de ser más pesados de lo que aparentaban.

Charity se contempló en el espejo con satisfacción. El vestido que había escogido en Falmouth era de un tono nacarado que, a su juicio, le sentaba muy bien. Era de un rico brocado de satén, con un escote atrevido y una falda que caía con soltura por debajo del pecho. A falta de una doncella, Charity se había limitado a recogerse el cabello castaño con una cinta a juego, como solía hacer en casa, y se había echado la melena ondulada sobre un hombro. Tanto ella

como su gemela tenían la suerte de poseer unos rizos naturales que habían sido durante mucho tiempo la envidia de sus hermanas, por lo que el efecto sobre el vestido resultaba bastante favorecedor.

No había visto a Jago desde su regreso de Falmouth y albergaba la esperanza de que, de algún modo, él hubiera convencido a su padre para aceptar el compromiso e incluso se animara a unirse a ellos aquella noche. Pero al recordar la forma en que el hombre la había mirado en la terraza, sintió un escalofrío. Dudaba mucho que Morgan Carlyon fuera a recibirla con los brazos abiertos.

Aun así, Charity enderezó los hombros y cogió su chal. Si el padre de Jago pensaba intimidarla para que huyera, se llevaría una sorpresa. Ninguna de sus hermanas había alcanzado la felicidad conyugal sin algún tipo de desafío, y si ella tenía que seguir sus pasos, que así fuera. El señor de Tredennick estaba a punto de descubrir que las mujeres Shackleford estaban hechas de otra pasta.

Mientras se colocaba la sedosa tela sobre los hombros, Charity vio las cartas de Stefan Petrock, que seguían abandonadas sobre la mesita. A juzgar por lo que Jago les había contado la noche anterior, parecía que Stefan no había podido soportar permanecer en Tredennick tras la muerte de su amada. Quizás eran demasiados recuerdos.

Charity cogió el paquete de cartas y lo guardó en su ridículo, decidida a devolvérselas a su padre para que las destruyera. En realidad, esperaba que el pobre hombre hubiera encontrado la felicidad en otro lugar.

Sin embargo, al apagar la vela y abrir la puerta, de repente se dio cuenta de que aún no tenían ninguna explicación de por qué el padre de Jago fingía su discapacidad y por qué había pasado tanto tiempo buscando las cartas de Stefan.

A menos que, en realidad, no fuera eso lo que buscaba.

Charity apartó de su mente cualquier pensamiento sobre conspiraciones. Era mejor centrarse en George Barnet. Una vez que el asesino de su hija estuviera entre rejas, tal vez Morgan Carlyon pudiera por fin dejar atrás el pasado y admitir que no era un inválido.

Mientras bajaba la escalera y cruzaba el vestíbulo, oyó de pronto voces que procedían del salón. Charity se detuvo. Una de las voces era la de Jago, pero no reconocía la del otro hombre. El corazón le empezó a latir con fuerza. Solo había una persona con la que su prometido podría estar discutiendo.

Charity apretó los dientes y se dirigió resuelta hacia la puerta cerrada, dudando apenas si era sensato interponerse entre padre e hijo. No, seguro que estaban discutiendo por ella. Enderezando la espalda, levantó la cabeza y empujó la puerta.

Ambos hombres se volvieron, sorprendidos. Era la primera vez que Charity estaba en la misma habitación que el padre de Jago, y el parecido era aún más impactante que cuando lo vio en la escalera.

—¿Esta es la muchacha? —comentó el hombre con frialdad.

—Sí, es mi futura esposa —respondió Jago, con una voz igual de gélida.

—Puede que esto les sorprenda, caballeros, pero en realidad tengo nombre —espetó Charity, cerrando la puerta tras de sí.

Hubo una pausa mientras Jago se pasaba la mano por la frente. Luego suspiró.

—Perdona mis pésimos modales, amor —dijo, inclinando la cabeza —. Es la primera vez en mucho tiempo que mi padre pisa el salón. Es evidente que el esfuerzo le ha afectado. —Se volvió hacia su progenitor—. Padre, permítame presentarle a mi prometida, la señorita Charity Shackleford.

Morgan Carlyon la observó impasible durante unos tensos segundos.

—No está mal —declaró al fin—, pero debes saber que el matrimonio requiere mucho más que unos brazos tentadores.

—Basta —gruñó Jago, con un enfado palpable—. Si no puede mantener la cortesía, le sugiero que vuelva a su dormitorio.

De forma inesperada, su padre soltó una carcajada carente de alegría.

—¿De veras crees que ella se adaptará a esto, tan lejos de su familia? —le espetó a Jago con desdén.

—Estoy justo delante de usted, señor Carlyon —intervino Charity, apretando los puños—, y puedo asegurarle que soy perfectamente capaz de responder por mí misma.

En ese instante, la puerta se abrió y entraron su padre y Percy. Por la expresión del reverendo, era evidente que había escuchado la disputa. Charity se preparó para que reprendiera con dureza al padre de Jago. Pero, para su sorpresa, su padre avanzó y realizó una leve reverencia.

—Es un honor conocerle, señor —declaró con naturalidad—. Permítame presentarme. Soy el reverendo Augustus Shackleford, a su servicio. Y este joven es mi coadjutor, Percy Noon. Veo que ya ha conocido a mi hija, Charity. —Soltó una risita—. También tenemos un perro llamado Freddy, que estoy seguro acabará por caerle bien cuando se acostumbre al olor. Ahora mismo disfruta de un espléndido caldo de cordero con la señora Penna en la cocina.

Charity lo miró boquiabierta, preguntándose si no estaría poseído por algún espíritu.

Por desgracia, el reverendo no había terminado.

—Debo agradecerle de corazón que nos haya acogido en su casa —prosiguió con entusiasmo—, y me alegra saber que Jago ya le ha dado la feliz noticia. —Abrió los brazos y desplegó una sonrisa beatífica—. Por lo visto, vamos a ser familia.

Morgan Carlyon parecía desear con todas sus fuerzas responderle de la forma menos amistosa, pero no halló el modo de hacerlo.

—¿Les gustaría que dijera unas palabras de agradecimiento? —continuó el reverendo Shackleford en medio del silencio sepulcral que se produjo a continuación—. Entiendo que a veces una noticia tan alegre puede resultar abrumadora. —Le dio una palmadita en la mano al hombre sentado antes de añadir—: Como sin duda sabrás, Morgan... No te importa que te llame Morgan, ¿verdad? Después de todo, somos casi familia. De hecho, me encantaría que me llamaras Augustus. ¿Por dónde iba? Ah, sí, como seguramente sabes, Morgan, nuestro Señor realmente obra de maneras misteriosas. Quiero decir, ¿quién hubiera pensado que un encuentro fortuito en Dartmouth daría lugar al enamoramiento de dos jóvenes?

El padre de Jago tenía los nudillos blancos, hundidos en los reposabrazos de su asiento. Sin duda, para evitar saltar sobre el señor Shackleford y estrangularlo delante de testigos.

—¿Qué dices, Jago? —le preguntó el reverendo—. ¿Tienes alguna objeción a que diga unas palabras?

—Como si pudiera impedírselo —respondió él, mirando a su futuro suegro con las cejas arqueadas, y luego se volvió hacia Charity—. ¿Es su comportamiento habitual?

Su futura esposa negó con la cabeza.

—¿Crees que quizá bebió demasiado a la hora del almuerzo, Percy? —le preguntó Jago al coadjutor.

—¡Padre nuestro! —gritó el reverendo de repente, haciendo que todos se sobresaltaran.

—¿Está chiflado? —le interrumpió Morgan Carlyon entre dientes—. Salga de mi casa ahora mismo y llévese con usted a su ramera.

—¡Que estás en los cielos! —continuó el reverendo, aún más alto.

Indignado más allá de lo razonable, el señor de Tredennick se puso en pie con rapidez y dio dos pasos hacia el reverendo.

—¡Cállese de una vez, clérigo del demonio! —rugió, pero se detuvo con brusquedad al darse cuenta de que el reverendo Shackleford había enmudecido y todos lo miraban fijamente.

—No sabía que había recuperado el uso de sus piernas, padre —comentó Jago con engañosa suavidad.

—Es un verdadero milagro —murmuró el reverendo con un guiño furtivo a Charity.

Morgan Carlyon se quedó mirando durante un segundo el rostro inexpresivo de su hijo antes de volver a desplomarse en su silla.

—La emoción debe de haber hecho que mis piernas funcionaran por un instante —respondió con un gemido forzado—. Está claro que mi ira hacia estos... intrusos —continuó, mirando con rabia el sereno rostro del reverendo Shackleford.

—¿Desde cuándo puede caminar? —le preguntó Jago con firmeza.

—Desde que llegamos, sin duda —apuntó el reverendo.

Jago negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué esperaba conseguir? Sabe que lo único que yo quería era que recuperara el uso de sus piernas. —Hizo una pausa, pero su padre permaneció en un frío silencio—. Creía que encontrar al asesino de Genevieve le permitiría al fin dejar atrás el pasado —declaró Jago con un profundo suspiro.

—Y, sin embargo, traes a estas... personas a mi casa —le espetó su padre—, recordándome a la hija que perdí para siempre.

—Charity fue quien descubrió la verdadera identidad de Jack —estalló Jago—. Y arriesgó su vida al hacerlo. Es a ella a quien debes darle las gracias cuando veas a ese bastardo en la horca.

—Bueno, esto ha sido muy esclarecedor, pero creo que ya he oído suficiente. —Una voz desconocida surgió de entre las sombras, y Charity contuvo el aliento, aterrorizada, cuando el protagonista de aquella conversación salió de detrás del biombo junto a la ventana, con una pistola en cada mano.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Morgan Carlyon, al parecer, sin darse cuenta de que las armas le apuntaban directamente.

—Soy el bastardo al que espera ver colgado —respondió George Barnet con calma.

—¿Cómo nos ha encontrado? —Quiso saber Jago, reprimiendo el miedo que amenazaba con abrumarlo.

—Ah, señor Cardell... —Barnet se giró hacia él—, aunque ese no es su verdadero nombre, ¿verdad? Yo, más que nadie, debería haberlo adivinado. —Se rio entre dientes y negó con la cabeza—. Por cierto, el maletero de su carruaje es de lo más incómodo. —Luego se dirigió a Charity—. Así que esta es la zorra que me descubrió. ¿Fue en la posada?

Charity lo miró en silencio, sintiendo el mismo terror que la había invadido la primera vez que lo vio.

—¿Qué, no me da las gracias por presentarle a su futuro marido? —se burló Barnet—. Es una pena que su compromiso vaya a durar tan poco, aunque sospecho que no todos los presentes lamentan la noticia. —Miró con curiosidad a Morgan Carlyon—. ¿Qué le pasa en las piernas, viejo?

—Sufrió una apoplejía después de que mataras a su hija —dijo Jago con voz ronca.

—Por eso vino usted a Dartmouth... —declaró Barnet—. Y yo que pensaba que solo le interesaba la recompensa... —Se encogió de hombros—. ¿Cómo se llamaba su hija? —le preguntó al padre de Jago.

—Genevieve Carlyon —respondió Jago con desdén—. Viajaba de regreso a casa en el *Endeavour.*

De repente, George Barnet se giró hacia Jago y lo apuntó con una de las pistolas.

—Vuelve a hablar y te volaré las pelotas. —Luego se volvió hacia Morgan Carlyon y miró con interés al hombre pálido y sudoroso—. ¿Era una de las pasajeras que empujaron por el acantilado? —Cuando Carlyon le respondió con un leve asentimiento, Barnet sonrió —. Bueno, lamento decírselo, señor Carlyon, pero se ha equivocado de hombre. ¿No es irónico? —Esta vez soltó una carcajada—. Quien hundió el *Endeavour* y arrojó a sus pasajeros por ese maldito acantilado, no fui yo.

Veinticuatro

Después de dejar el caballo al cuidado del mozo de cuadras, Richard Tregear se dirigió a grandes zancadas hacia la entrada de Tredennick House. Un contratiempo en la mina lo había retrasado de forma inevitable y, cuando al fin pudo ponerse en camino, la última luz del día se había esfumado, así que resultaba demasiado peligroso forzar la marcha de su montura en la oscuridad. Subió los escalones de la entrada y dudó antes de tirar del llamador. No tenía sentido molestar a la señora Penna, quien sin duda estaría ocupada supervisando los últimos preparativos de la cena de compromiso. Si encontraba la puerta cerrada, daría la vuelta y entraría por las cocinas. Probó el pomo con cautela y, para su alivio, la puerta no estaba cerrada con llave.

Una vez resguardado del frío, soltó un suspiro, se quitó el abrigo y lo colgó en la pequeña hornacina del vestíbulo. Al oír murmullos de voces, se encaminó hacia el salón, agradecido por comprobar que, al parecer, todavía no se habían sentado a la mesa. Estaba a punto de empujar la puerta, con una disculpa en los labios, cuando, de repente, escuchó la voz de Jago alzándose colérica. Se le hundió el ánimo, creyendo que su amigo estaba enfadado con el señor de Tredennick.

A continuación, oyó una voz masculina que no reconoció. No llegó a captar las palabras exactas, pero su tono de amenaza era

inconfundible. Richard se apartó de la puerta con cuidado y valoró sus opciones. Estaba claro que necesitaba buscar ayuda. ¿Dónde demonios se habían metido los lacayos? Retrocedió un paso más, meditó durante un instante y salió a toda prisa en dirección a las cocinas.

—¡Mentiroso! —escupió el padre de Jago, temblando de rabia.

—¿Por qué iba a mentir? —replicó Barnet con calma—. Créame, he hecho cosas mucho peores que arrojar a alguien por un maldito acantilado. —Sonrió de oreja a oreja—. Todo este tiempo han estado mirando en la dirección equivocada. —Se volvió hacia Jago—. ¿Le envió su padre? —lo provocó—. Se lanzó tras de mí como un héroe, dispuesto a engañarme con una sarta de embustes. Pero no es buen farsante, desde luego, no tanto como su padre. Ese sí que podría caerme bien.

—¿De qué demonios habla? —gruñó Jago, apretando los dientes.

—A menudo me he preguntado quién llevó a cabo ese trabajo —reflexionó Barnet—. No hay muchos comerciantes libres que se arriesgarían a ofenderme intentando operar en mi territorio. Pero nadie se fue de la lengua. Y nadie parecía saber tampoco quién había puesto el dinero, ni por qué, sobre todo, teniendo en cuenta que la bodega *del Endeavour* estaba vacía, y que cualquier contrabandista que se preciara de serlo lo habría descubierto con facilidad. —Inclinó la cabeza hacia Morgan Carlyon—. Quería acabar con alguien que iba en ese barco, pero ignoraba que su hija fuera uno de los pasajeros, ¿verdad?

Barnet alzó una ceja hacia Jago, que miraba a su padre con horror.

—Las trescientas libras... —murmuró Jago.

—Fue un encargo barato. Debían de ir justos de dinero —se burló Barnet—. En fin, por muy entretenido que haya sido este encuentro, creo que va siendo hora de irme. Aunque aún no he decidido a quién matar primero. —Frunció el ceño, como si lo pensara en serio.

—Solo tiene cuatro balas, pero somos cinco —soltó Percy de pronto.

—Ah, pero si sabe hablar... —dijo Barnet—. Y ya que ha tenido la gentileza de recordármelo, quizá le deje para el final. —Agitó la pistola que sostenía con su mano izquierda y le dedicó un guiño descarado a Charity, que no se había movido, paralizada de terror—. Pensaba llevarla conmigo, preciosa. Seguro que podríamos divertirnos antes de retorcerle ese cuellito tan bonito.

—Tengo dinero, puedes cogerlo —dijo Jago, desesperado—. Los de Aduanas saben quién eres, Barnet. Tarde o temprano te atraparán. Usa el dinero para comprar un pasaje a América.

—Ya tengo dinero de sobra, y más lugares donde esconderme de los que pueda imaginar —dijo Barnet riendo—. Esos malditos sabuesos no me van a detenerme. —Entonces apuntó a Jago.

Charity, por fin liberada de su miedo, se lanzó hacia Barnet.

—¡No! —gritó, y empujó el brazo del contrabandista hacia arriba, quien erró así el tiro. Jago reaccionó con rapidez, se arrojó sobre Barnet y lo derribó.

—¡Rayos y centellas! —exclamó el reverendo Shackleford, a la vez que se agachaba para recoger del suelo una de las pistolas. La otra estaba atrapada bajo los dos hombres que forcejeaban. El reverendo olfateó el cañón del arma: no olía a pólvora.

—¡La pistola está descargada! —avisó a Jago, justo cuando Barnet consiguió soltarse y golpeó a Jago en la cabeza con la culata.

Aturdido, Jago no pudo evitar que Barnet lo tumbara de espaldas y volviera a alzar la pistola, dispuesto a golpearlo de nuevo.

Temblando, el reverendo apuntó con el arma que tenía en la mano.

—Dios Todopoderoso, guíame... —susurró. De pronto, alguien le arrancó la pistola de las manos y, con incredulidad, el reverendo vio cómo Morgan Carlyon la apuntaba contra el costado de Barnet y disparaba.

Se produjo un silencio repentino cuando el contrabandista se desplomó sobre Jago.

A continuación, la puerta del salón se abrió de golpe y Richard Tregear irrumpió en la sala, seguido de cerca por dos lacayos y Freddy.

—Lo siento, padre —dijo Charity, aún temblando—, pero, diga lo que diga Dios, no puedo sentir más que alivio por su muerte.

—Dudo que ninguno de nosotros pierda el sueño por esa alimaña —resopló el reverendo—. Si alguien merecía acabar en el fuego eterno, ese era George Barnet. —Se encogió de hombros y dio un trago de *brandy*—. A mi parecer, les hemos ahorrado trabajo a los de Aduanas. —Hizo una pausa y suspiró—. Ahora bien, Morgan Carlyon es otro cantar.

Charity siguió la mirada inquieta de su padre hasta la puerta, por donde habían desaparecido Jago, Morgan y Richard, tras ocuparse de retirar el cadáver del contrabandista.

Jago había regresado un momento solo para decirles que la señora Penna les traería algo de comer.

—Avisaré a Philip Lander en cuanto amanezca —le dijo Jago a Charity, apretándole la mano—. Todo ha terminado, amor. Ya no tienes nada que temer. —Sin preocuparse de que su padre y Percy los vieran, ella se levantó y se refugió en los brazos de Jago, sollozando. Él la estrechó unos instantes y luego la apartó con suavidad—. Tengo que hablar con mi padre —susurró, esperando que ella lo comprendiera.

Charity asintió y lo vio marcharse.

Desde entonces, seguían sin noticias. A pesar de no haber probado bocado, ni siquiera Percy mostró apetito cuando la señora Penna les trajo una bandeja media hora después. El ama de llaves,

visiblemente afectada, no ocultó su desconcierto ante la aparición de un cadáver en el salón.

—¿Sabe dónde lo han dejado? —le preguntó Charity.

—Creo que en la leñera —contestó la señora Penna, estremeciéndose. Al ver a Charity tan pálida y con las manos temblorosas, añadió—: Le traeré un poco de leche caliente, querida, y un chorrito de *brandy* la ayudará a calmarse.

La mezcla la reconfortó, pero cuando pasaron otros tres cuartos de hora, Charity no pudo esperar más.

—Freddy tiene que salir —anunció—. Voy a buscar mi capa.

Atravesó el vestíbulo hacia la escalera y miró, preocupada, la puerta cerrada del pequeño salón. Si George Barnet decía la verdad, ¿qué motivo habría tenido el padre de Jago para hacer naufragar un barco? Negando con la cabeza, subió a su dormitorio y se echó sobre los hombros la capa de Genevieve.

Cinco minutos después, respiró aliviada al sentir el vigorizante aire frío en la cara. Liberó a Freddy de la correa para que el sabueso pudiera estirar las patas y luego hundió sus manos en los cálidos bolsillos de la capa. Después de echarse la capucha sobre la cabeza, se acurrucó en la suave piel que rodeaba el cuello.

De pronto, notó algo atascado en el fondo de uno de los bolsillos. Lo pellizcó entre los dedos y, tras forcejear un poco, logró sacarlo: era un pequeño papel doblado. Frunciendo el ceño, sacó la otra mano y, a la luz que se filtraba desde la ventana del salón, lo abrió.

A pesar de su enfado, Jago miraba a su padre con inquietud. Estaban sentados en la salita de Genevieve. No ardía ningún fuego en la chimenea, y el aire era frío y viciado. Sin embargo, Morgan Carlyon sudaba profusamente.

Jago maldijo en voz baja, se levantó y sirvió tres copas de *brandy*.

—¿Quieres que me marche? —preguntó Richard, tomando una de las copas.

—No hace falta —respondió Jago, entregando otra copa a su padre —. A estas alturas ya no hay secretos, y necesito que seas testigo.

El señor de Tredennick parecía no darse cuenta de lo que decían; apuró el *brandy* de un trago y se quedó sosteniendo el vaso vacío con manos temblorosas.

Jago se recostó en el sillón y bebió despacio, sin apartar la vista del rostro demudado de su padre.

—¿Por qué? —le preguntó al fin.

Por un momento, Jago creyó que su padre no respondería, pero al fin le dedicó una mirada atormentada y habló con un susurro.

—Johnson lo sabía.

—¿El capitán del *Endeavour*? —dijo Jago, conteniendo su impaciencia—. ¿Qué es lo que sabía?

—Que yo financiaba a los comerciantes libres de Helford.

—¿Tú hacías qué? —Jago lo miró, incapaz de ocultar el horror que sentía.

—¡Pensé que la mina estaba acabada! —gritó su padre, con una vitalidad que no había mostrado en mucho tiempo—. Todas están cerrando en Cornualles. ¿Por qué Wheal Tredennick iba a ser diferente? Lo hice por ti.

—No te atrevas... —le cortó Jago, poniéndose de pie y señalándolo con el dedo. Su padre se echó hacia atrás—. No te atrevas a usarme como excusa, bastardo egocéntrico. —Su voz se volvió gélida al añadir—: Siempre odiaste la mina. Estabas deseando pasarme las riendas. No tenías ni la más remota idea de si era rentable o no.

Richard intervino y puso una mano en el hombro de Jago.

—Tienes que escucharlo —le aconsejó en voz baja.

Jago apuró el *brandy* y volvió a sentarse, notando cómo el licor le quemaba la garganta.

—No sabía que Genevieve volvía a casa —musitó Morgan, deshecho.

—¿Quién lo hizo? ¿A quién pagaste para asesinar a más de cincuenta personas?

Morgan negó con la cabeza.

—Stefan se encargó de todo.

—¿Stefan Petrock? —Jago lo miró, atónito—. ¿Qué pintaba él en esto?

—Yo le pagaba —confesó Morgan, y su voz fue cobrando fuerza—. Él sabía lo que yo hacía. Sabía que, si lo descubrían, el castigo no recaería sobre mí.

—¿Qué fue de él? —preguntó Jago, con el estómago revuelto.

El señor de Tredennick empezó a reírse de forma extraña.

—Está dentro de un baúl en mi cuarto —consiguió decir, entre carcajadas—. El que está debajo de mi orinal.

Jago hizo una mueca de horror al saber que su padre había estado compartiendo su dormitorio con un cadáver durante casi dos años. Miró a Richard, cuyo rostro revelaba la misma conmoción.

Jago no sabía qué decir. Al ver cómo la risa de su padre daba paso a lágrimas de sufrimiento, comprendió que algo dentro del señor de Tredennick se había quebrado para siempre.

A pesar de la luz que se filtraba por la ventana, Charity no conseguía ver bien el contenido del papel. Lo acercó un poco más al cristal y por fin distinguió la firma: Stefan Petrock.

Con el corazón desbocado, llamó a Freddy y regresó a la casa, deteniéndose un instante al oír voces en la salita. Sacudió la cabeza y siguió hacia el salón, donde su padre y Percy habían terminado por rendirse ante el jamón y los encurtidos.

—Creo que he encontrado algo —les anunció Charity, sin aliento, blandiendo el papel en alto. Corrió a coger uno de los candelabros y lo colocó junto a su silla. Tras unos segundos de lectura, levantó la mirada—. Es una confesión.

Morgan Carlyon no sobrevivió a aquella noche. Jago no se sorprendió.

Cuando retiraron de su alcoba el baúl con el cuerpo de Stefan Petrock, Morgan no mostró ninguna reacción. Simplemente dejó que lo llevasen a la cama como un niño y, a la mañana siguiente, había muerto.

Para asombro de Jago, Charity, su padre y Percy lograron reconstruir las piezas que faltaban, y la compasión que vio en los ojos de Charity cuando le entregó las cartas y la confesión de Stefan le produjo un dolor difícil de soportar.

Morgan Carlyon se sirvió del amor de Stefan por Genevieve para arrastrar al joven a sus planes, prometiéndole que el dinero de sus actividades ilegales permitiría a Genevieve mantener su nivel de vida y que, cuando regresara, bendeciría su boda.

Al principio todo funcionó, pero la suerte se les acabó cuando Johnson, el capitán del *Endeavour,* averiguó quién estaba detrás de la oleada de robos de mercancías que llegaban a Falmouth desde el lejano oriente. Como el capitán era amigo de Morgan, le dio el beneficio de la duda cuando este fingió ignorancia y culpó a Stefan. Pero era cuestión de tiempo que la verdad saliera a la luz.

Morgan Carlyon chantajeó al amante de su hija para que se deshiciera de la amenaza. Por desgracia, ninguno de los dos sospechaba que sus socios contrabandistas no se detendrían con la

muerte de un solo hombre cuando tenían la oportunidad de eliminar a todos los testigos.

Tampoco sabían que Genevieve iba a ser una de las víctimas.

Según Stefan, aterrorizado por la posibilidad de que Jago comenzara a sospechar, Morgan culpó de los asesinatos al infame Jack y animó a su hijo a emprender una búsqueda inútil. Pero no había tenido en cuenta la conciencia de Stefan.

Nunca sabrían cómo había muerto Stefan. El cuerpo estaba demasiado descompuesto para averiguarlo. De hecho, lo único seguro era que Morgan Carlyon sufrió una apoplejía casi de inmediato y quedó postrado al menos durante unos meses.

¿Ocultó su recuperación para tener una coartada, si algún día encontraban el cadáver?

¿Le confesó Stefan que había escrito una confesión antes de morir? ¿Era eso lo que Morgan buscaba?

Todo indica que Stefan dejó su confesión por escrito como último recurso. Pero si lo hizo por miedo o remordimiento, solo él lo sabía, y ya no podía decirlo.

Veinticinco

El cadáver de George Barnet fue colgado en el muro del puerto de Falmouth como advertencia para otros comerciantes libres, aunque es discutible si tuvo el efecto deseado, sobre todo, porque a mediados de abril Napoleón había abdicado y la guerra en Europa había terminado por fin, lo que hacía que los productos procedentes de Francia fueran aún más fáciles de conseguir.

No obstante, su desaparición significaba que el reverendo, Percy y Charity por fin podían volver a casa.

Apenas habían pasado una semana en Tredennick, pero a Charity le había parecido casi toda una vida. Habían cambiado muchas cosas desde que dejaron Blackmore.

De hecho, sentada en el carruaje del nuevo señor de Tredennick, sentía como si estuviera dejando atrás una parte de sí misma y, aunque estaba deseando regresar a Blackmore y ver a su familia, ya sabía que su corazón pertenecía a Cornualles, al hombre del que se había enamorado de forma tan inesperada.

Sin prestar atención a los curiosos, Jago la había abrazado como si no pudiera soportar dejarla marchar y, aunque Charity se había deleitado con la fuerza de sus brazos, se había dado cuenta de que en realidad él tenía miedo. Miedo de que, una vez en casa, ella no quisiera volver y la perdiese para siempre.

Charity le había acariciado la mejilla, sonriéndole entre lágrimas.

—Solo son tres meses —le había susurrado ella—. Pasarán en un abrir y cerrar de ojos.

—Me parecerá una eternidad.

Charity casi se había echado a reír ante su susurro frustrado y negó con la cabeza.

—Tiene mucho que hacer, señor Carlyon, si quiere tener nuestra casa lista para mi regreso. Una vez que sea su esposa, sin duda tendrá otras cosas en la cabeza.

Charity había observado cómo el dorado de sus ojos se oscurecía ante su insinuación y se rio entre dientes.

—Esta será la primera y última vez que me dejes —había gruñido Jago, inclinando la cabeza para darle un último beso. Charity simplemente asintió y sonrió.

—Te amo, Jago Carlyon —murmuró ella.

Su respuesta fue besarla de nuevo, sintiendo de repente una desesperación por mantenerla a su lado a cualquier precio.

—Bueno, por mucho que no quiera poner obstáculos al amor verdadero —había comentado su padre con amargura desde el interior del carruaje—, a este paso voy a necesitar ir de nuevo al retrete antes de que nos pongamos en marcha.

Al cabo de dos días, el carruaje por fin se detuvo frente a la vicaría, y Charity aguardó con impaciencia divisar a su hermana gemela mientras el cochero maniobraba con cuidado por el estrecho sendero de regreso al pueblo. Sin embargo, parecía que Chastity aún no había vuelto de Torquay, y fue Prudence quien salió a recibirlos.

Tras fundirse en un fuerte y breve abrazo con su hermana, la menor de las Shackleford exclamó con fervor:

—¡Gracias a Dios que habéis vuelto! Si tengo que tranquilizar a nuestra madrastra una vez más, asegurándole que su jaqueca no es fiebre amarilla, te juro que me pondré a gritar... —Entonces dio un paso atrás y miró a Charity con ojo crítico antes de añadir—: No es que haya dudado nunca de tus talentos ocultos, querida hermana, pero ¿cómo demonios has conseguido seducir a un hombre en Salcombe?

Pasaron tres días más hasta que Grace llegó a casa con Chastity, y por lo que contaron, sus vacaciones habían sido de lo más tranquilas. Chastity, nada más llegar, anunció con vehemencia que aún no estaba preparada para ser madre y que estaba más que feliz de regresar a casa para descansar.

—No te imaginas lo fuerte que puede llorar un bebé —confesó—. Para ser tan pequeña, los alaridos de Henrietta se oían en toda la calle. Sin duda, ha salido a Hope.

Si le sorprendió el efusivo abrazo que su gemela le dio en cuanto cruzó el umbral, Chastity no lo demostró. Cogió a Charity del brazo y le preguntó con complicidad:

—¿Tan horrible ha sido pasar más de dos semanas con padre y Percy?

Como era de esperar, la noticia del inesperado compromiso de Charity alteró por completo los planes familiares. En vez de reunirse todos en Londres, la familia entera se congregaría en Blackmore para la boda.

Eso sí, el novio tendría que pasar antes por el interrogatorio exhaustivo de los cinco hijos políticos del reverendo, ansiosos por comprobar si estaba tan loco de remate como ellos.

Y así, mientras la primavera daba paso al verano, transcurrieron dos meses, tres semanas y cuatro días desde que Charity había abandonado Tredennick. No es que los hubiera estado contando, por supuesto...

Al ver acercarse el carruaje de Jago por la imponente entrada de Blackmore, Charity sintió que sus nervios se tensaban hasta el límite. Aunque agradecía que no estuviera toda la familia esperando en la escalinata, el rostro severo de Nicholas Sinclair bastaba para hacer huir a cualquier pretendiente. Allí estaban también su padre y Percy, junto a Grace y, por supuesto, Chastity.

Por una vez, Charity agradeció también la desbordante energía de su gemela. De hecho, fue Chastity quien la empujó con decisión hacia los escalones cuando el carruaje se detuvo.

Con una repentina timidez, Charity observó cómo Jago desplegaba su imponente figura al bajar del carruaje, pero la sonrisa que él le dedicó al verla disipó en un instante todos sus temores, y su gesto al abrir sus brazos fue todo el aliento que ella necesitaba para lanzarse a ellos.

En lo alto de la escalinata, el duque de Blackmore comentó con sequedad que, según su primera impresión, Jago Carlyon parecía ir bastante escaso de modales y que difícilmente podría estar a la altura de las normas de la alta sociedad.

Así que, en definitiva, encajaría en la familia a la perfección.

La boda tuvo lugar tres semanas después. Como siempre, fue celebrada por todos los habitantes de Blackmore, aunque los aldeanos coincidieron en que esta no había sido tan fastuosa como las dos anteriores a las que había asistido «Su Excelencia».

También hubo quienes expresaron cierta preocupación por que la señorita Charity hubiera elegido a un hereje de Cornualles, en vez de un buen mozo de Devon, pero la mayoría admitía que el novio no mostraba, al menos hasta el momento, ninguno de los arranques salvajes que suelen achacarse a los forasteros de más allá de sus fronteras.

Por supuesto, todos estaban convencidos de que detrás del compromiso de los ahora felices esposos, se escondía una historia

de lo más suculenta, pero decidieron, por unanimidad, dejar a un lado las habladurías y limitarse a disfrutar de la celebración. Al fin y al cabo, no tardaría mucho en correrse la voz... Bastaría con que el reverendo Shackleford se tomara unas cuantas jarras de cerveza en el Red Lion para que desvelara el misterio.

FIN

Contacta conmigo



Muchísimas gracias por leer *Charity*. Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Si quieres contactar conmigo, estaré encantada de saber de ti. No dudes en escribirme a través de mi página de Facebook o de mi sitio web:

Facebook: Beverley Watts – Romantic Comedy Author

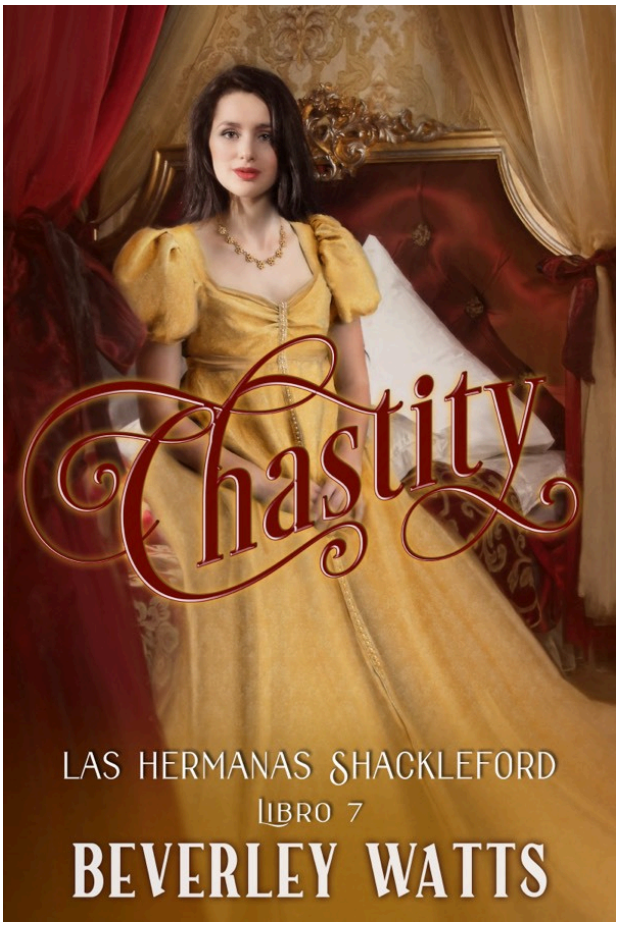
Sitio web: www.beverleywatts.com

Si quieres ser de los primeros en enterarte cuando se publique el próximo libro de «Las hermanas Shackleford», suscríbete a mi boletín y te mantendré al día de todas mis novedades.

Únete a mi boletín aquí: Suscribirse

Y, por último, muchísimas gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia.

Chastity



Las hermanas Shackleford, Libro 7

Sinopsis:

Séptima entrega de la serie «Las hermanas Shackleford».

Beverley Watts nos presenta una apasionante comedia romántica ambientada en la Regencia. Acompaña a las hermanas Shackleford en su entrada triunfal en una alta sociedad… ¡que no sabe lo que le espera!

A ojos de su familia, **Chastity Shackleford** es impulsiva, voluble, demasiado emocional y con tendencia a los arrebatos sentimentales. En resumen, solo se puede esperar un desastre si acepta la oferta del duque de Blackmore de acompañarlo a Londres para la Temporada. Pero ¿qué otra opción tiene ella, ahora que su hermana gemela y mejor amiga la ha abandonado para marcharse a lo más remoto de Cornualles?

Por supuesto, Chastity habría preferido que el desastre tardara un poco más en presentarse, pero al menos tenía la posibilidad de casarse con alguien que conservaba todos sus dientes. Que el caballero en cuestión estuviera acusado de asesinato era un pequeño inconveniente… pero, bueno, no se podía tener todo.

Cuando **Christian Stanhope** se vio obligado a huir tras ser acusado de un crimen que no había cometido, jamás pensó que volvería a pisar suelo inglés. Claro que tampoco imaginaba convertirse en el nuevo conde de Cottesmore.

Sin embargo, si quiere sobrevivir en el despiadado mundo de la aristocracia británica, limpiar su nombre es un requisito imprescindible. Y para eso necesita la ayuda de su antiguo primer teniente, Nicholas Sinclair, ahora duque de Blackmore. Pero antes debe convencerlo de que él no es el autor de un horrible asesinato cometido diecisiete años atrás.

Justo cuando Nicholas ya ha perdido la esperanza de dar con el verdadero culpable y llevarlo ante la justicia, la ayuda que necesita —o quizá un nuevo problema— llega de la forma más inesperada…

Chastity

Prólogo

Charity Shackleford había acusado a su hermana gemela, Chastity, de ser una romántica incurable. Y, desde luego, la propia Chastity le habría dado la razón sin dudarlo hace tres semanas, cuatro días y siete horas, aunque opinaba que las palabras de Charity habían sido un poco bruscas.

Pero tres semanas, cuatro días y siete horas era exactamente el tiempo que había necesitado para desterrar de su alma el último vestigio de romanticismo que pudiera albergar.

Y ahora, temblando a solas en la inmensa y fría cama del conde de Cottesmore, Chastity no podía evitar darle vueltas —con incredulidad, tenía que reconocer— al desafortunado incidente que la había llevado a su desdichada situación actual.

En realidad, podría decirse que ella estaba metida en ese aprieto por culpa de Charity, que le había sugerido aceptar la oferta del duque de Blackmore de asistir a la Temporada en Londres.

Además, tras haber pasado juntas prácticamente cada minuto de sus vidas desde que nacieron, Charity debería haber tenido el suficiente sentido común para comprender que dejar que su gemela se

enfrentara sola al mercado matrimonial era, sencillamente, una receta infalible para el desastre.

De hecho, Chastity estaba segura de que ella no se encontraría en aquel trance tan irritante si Charity no se hubiera enamorado de improviso y no hubiera abandonado Blackmore por las salvajes tierras de Cornualles junto a su flamante esposo.

Chastity apretó los dientes para que no le castañetearan, giró la cabeza y clavó la mirada en la puerta, apenas visible en la penumbra. No sabía qué sería peor: que el conde de Cottesmore la viera en su cama antes de meterse en ella, o que descubriera su presencia una vez entre las sábanas. «Lo segundo, sin duda», decidió Chastity, esperando de corazón que él no tuviera la costumbre de irse a dormir con una pistola.

Chastity decidió también que, en lugar de pensar en cómo podría darle muerte el conde —y, ya puestos, cómo se desharía después del cuerpo—, ella debería estrujarse el cerebro para encontrar la forma de persuadirlo de que asesinarla en su propio lecho no iba a ayudar en absoluto con el problema que tenían entre manos. O, mejor dicho, con el problema que ella tenía entre manos. Porque, siendo justos, él ignoraba por completo cuál era el trance que la afectaba.

El conde era un hombre de mundo. Seguro que la escucharía si ella le explicaba la razón de su inesperada presencia en su cama. Eso sí, tendría que convencerlo de que no estaba allí para atraparlo y obligarlo a casarse. Bueno, sí estaba allí para eso, pero era una simple cuestión de negocios.

Aun así, él necesitaba saber que ella había renunciado de plano a los asuntos del corazón, aunque, a decir verdad, no tenía nada de romántico morirse de frío en la cama de un lord. Y eso era lo que ocurriría si él se demoraba en llegar. Por otro lado, ella le ahorraría entonces el trabajo de hacerla desaparecer. ¿Cómo demonios se le había ocurrido creer que aquello podía ser una buena idea? Para ser since...

Los pensamientos de Chastity se detuvieron en seco al oír un ruido repentino al otro lado de la ventana...

Capítulo 1

Dos semanas antes

El baile celebrado en la casa londinense del duque y la duquesa de Blackmore para recibir el nuevo 1815 estaba considerado, con diferencia, el acontecimiento más prestigioso del año. Aunque la euforia que aún flotaba en el aire por el destierro de Napoleón a la isla de Elba contribuía sin duda al ambiente festivo, el éxito de la velada también se debía en buena medida a la popularidad y al peso que tenían en la nobleza Nicholas Sinclair y su bella —aunque poco convencional— esposa, Grace.

La circunstancia de que Su Excelencia fuese hija de un vicario de provincias parecía haberse olvidado o, si no se había olvidado, desde luego, se pasaba por alto. De hecho, todo el mundo coincidía en que Su Excelencia estaba sencillamente radiante, al igual que las hermanas de ella que habían acudido a la fiesta, tan poco convencionales como la duquesa.

Y si muchos de los caballeros lucían un ceño fruncido por la precaria situación económica de Gran Bretaña tras veintitrés años de guerra en Europa, en fin..., esas preocupaciones se ahogaban con facilidad en unas copas del magnífico vino de Oporto del duque.

Había que reconocer que, aunque los orígenes humildes de la duquesa de Blackmore solían ignorarse, la presencia del padre de ella en esa clase de eventos —o, mejor dicho, la inclinación del vicario a provocar incidentes desafortunados como aquel de la reina Carlota y el estanque de los patos— generaba, de forma inevitable, cierta preocupación en el resto de la familia.

Sin embargo, al vicario no le pareció en absoluto un desaire que lo desterraran al pequeño y encantador salón junto con Malcolm, el veterano ayuda de cámara del duque, tan lenguaraz como él. En

realidad, Augustus Shackleford ni siquiera debería estar en Londres, y estaba encantado de poder librarse de las tediosas y soporíferas conversaciones que tanto disfrutaba la gente de buena sociedad. Sobre todo, porque la mesa casi se vencía bajo el peso de una deliciosa selección de tartaletas y pasteles de la cocinera, y la jarra de vino de Oporto que aguardaba de forma provocadora en el aparador estaba a la altura de los estándares habituales de su yerno.

Naturalmente, también estaba presente Percy Noon, el sufrido coadjutor del reverendo, además de los dos Shackleford más jóvenes, Prudence y Anthony. Ninguno de ellos, para alivio de sus hermanas mayores, tenía el menor deseo de participar en las celebraciones. De hecho, Prudence había declarado que preferiría que le arrancasen las uñas de los pies con tenazas al rojo vivo.

Y, por supuesto, allí estaba también Freddy, el sabueso del vicario, tan contento debajo de la mesa, dispuesto a zamparse cualquier migaja que cayera a su alcance.

A punto de dar las doce, los tres hombres estaban de un humor especialmente jovial, y el reverendo estaba convencido de que aquella era, quizá, la mejor Nochevieja que había pasado en su vida. Para empezar, él no había visto a Agnes, su esposa, desde mucho antes de la cena, y estaba seguro de que ella seguiría charlando tan feliz con el resto de las damas durante horas sobre su última obsesión: la fiebre amarilla.

La única hija del vicario en edad casadera que seguía soltera era Chastity, y él no pensaba hacer nada que pusiera trabas a los planes de Grace de presentarla en sociedad.

Así que, en conjunto, el reverendo estaba más que contento de mantenerse apartado hasta que fuera necesario darle su bendición al desdichado que tuviera la mala suerte de acabar prometido con la mocosa cabeza hueca.

La mocosa cabeza hueca en cuestión estaba siendo escoltada en aquel momento a la pista de baile por el vizconde Trebworthy. El reverendo, desde luego, habría estado en la gloria, teniendo en cuenta que el joven era heredero de un ducado y, además, rico como Creso. Por desgracia, también era desgarbado, flacucho y le olía el aliento como una letrina. A decir verdad, Chastity tenía serias dudas de poder llegar viva al final del cotillón. Con obstinación, fijó la vista en el huesudo pecho del vizconde y se obligó a respirar por la boca. Con un poco de suerte, él la consideraría una mujer sin pizca de personalidad y se desharía de ella en cuanto terminara la pieza.

Por desgracia, no ocurrió nada parecido, así que Chastity alegó una sed repentina e insoportable y envió al vizconde en busca de un vaso de agua. En cuanto él se alejó, ella se escabulló de la pista sin perder un segundo, hasta que terminó por desplomarse sobre una silla de un tranquilo rincón.

Cómo echaba de menos a su gemela... Charity era la única de sus hermanas que no había podido reunirse con la familia por Navidad. La distancia y el estado de los caminos entre Falmouth y Londres convertían un viaje así en algo poco menos que imposible durante los meses fríos y lluviosos del invierno. ¿Por qué demonios tuvo Charity que elegir por marido a un oriundo del maldito Cornualles? Salvando el pequeño detalle de que Jago Carlyon era perfecto para su gemela, seguro que Charity podría haberse decantado por alguien igual de perfecto que no viviera tan condenadamente lejos.

Con un suspiro, Chastity observó la sala desde su apartada esquina. Según su carné de baile, tenía libres los dos siguientes. Era imprescindible pasar desapercibida durante lo que quedaba del *reel*[1] y el vals que venía después. La idea de estar tan cerca del vizconde diez minutos enteros le resultaba tan insoportable que Chastity ni se atrevía a considerarla.

Había que reconocer que, por el momento, Londres no estaba cumpliendo sus expectativas románticas. En realidad, la ciudad

estaba fracasando de forma estrepitosa, y le recordaba a cada paso por qué ella y Charity la habían odiado tanto de niñas. Leer las revistas y los panfletos de cotilleos de su madrastra desde la seguridad de Blackmore era una cosa, pero relacionarse de verdad con la buena sociedad era algo muy distinto.

Chastity llevaba casi tres semanas en Londres y había constatado que la mayoría de los miembros de la nobleza eran pavos reales vanidosos y engreídos, sin el menor parecido con lo que ella había imaginado cuando era una cría.

Al volver al presente, Chastity se dio cuenta de pronto de que el *reel* había terminado y de que los invitados ya se reorganizaban para el vals. Para su horror, vio al vizconde Trebworthy avanzando decidido hacia su rincón. ¡Maldita sea! La había encontrado. Chastity miró alrededor a la desesperada y, de golpe, reparó en un caballero alto, de pelo oscuro, apoyado con aire despreocupado en la pared a su izquierda. Estaba solo, bebiendo ponche. Desde su ángulo, ella no le veía el rostro, pero, en realidad, mientras no le oliera el aliento como un pozo negro, Chastity podía sobrevivir diez minutos frente a aquel desconocido.

Solo disponía de unos segundos para convencer al extraño de que bailara con ella. Sin darse tiempo a pensárselo, Chastity se levantó de un salto, fue hacia él y le dio un toque en el hombro. En cuanto el caballero giró la cabeza y le clavó unos ojos azul hielo, Chastity se quedó sin habla. ¡Dios santo! Era un Adonis, de cabello negro como el azabache.

Demasiado tarde, Chastity se preguntó qué hacía un hombre de una belleza tan excepcional, solo, al fondo de un salón de baile, pegado a la pared. La expresión de él le dio la respuesta al instante. Era una mezcla de aburrimiento desdeñoso, pero sus ojos... Ay, los ojos. Eran del color del invierno. Y tan fríos que Chastity dio un paso atrás sin poder evitarlo. ¿Cómo se le había ocurrido llamar la atención de un individuo tan misterioso?

Por el rabillo del ojo, Chastity vio al vizconde Trebworthy detenerse en seco, trastabillando. Él se quedó inmóvil un segundo; luego se dio la vuelta y casi echó a correr en dirección contraria. «Cobarde de pacotilla...», pensó Chastity, pasando por alto que, menos de treinta segundos antes, ella le habría dado las gracias al Todopoderoso por aquella huida.

—¿Puedo ayudarla?

Chastity se dio cuenta de que el Adonis le estaba hablando. Y no solo eso: él la miraba con sus increíbles ojos como si ella fuese algo asqueroso que él acabara de encontrar pegado a la suela de su reluciente bota hessiana[2].

Lo cual hacía que las siguientes palabras de Chastity resultaran aún más absurdas. De hecho, a ella le costó creer haberlas pronunciado:

—Me preguntaba si tiene usted este baile comprometido, señor.

Él alzó una ceja con gesto incrédulo.

—¿Me está haciendo una proposición, señora? —Su voz era grave, ronca y, muy probablemente, el sonido más cautivador que Chastity había oído en su vida.

—Yo... No estoy segura de qué implicaría exactamente una proposición, señor —acertó a decir, colorada hasta las orejas—. Yo solo... Solo le estoy pidiendo diez minutos de su tiempo.

Chastity notó que empezaban a atraer miradas curiosas, y estaba completamente segura de que, si él no le ofrecía el brazo enseguida, se moriría de vergüenza. ¿Qué se le había pasado por la cabeza para actuar así? Aquello la perseguiría para siempre. Para siempre. Si alguien había oído su petición, estaba arruinada. Bajo el vestido lila pálido, el sudor le corría por la espalda.

Su mortificación duró poco porque, un segundo después, él esbozó una sonrisa perezosa y le tendió la mano. Si su voz era cautivadora, aquella sonrisa era sencillamente devastadora. Chastity sintió cómo

el corazón le golpeaba contra las costillas, y una vocecita dentro de su cabeza le gritó que escapase a toda prisa. Tras lanzar una mirada frenética a su alrededor y comprobar el interés con que todos los observaban, Chastity supo que no tenía elección: tenía que apechugar. En verdad, su estupidez no tenía parangón.

Chastity se mordió el labio, inclinó la cabeza a modo de asentimiento y puso la mano sobre la de él para dejar que la condujera al centro de la pista. Al principio, él no dijo nada, y se limitó a atraerla hacia sí cuando sonaron las primeras notas del vals. El alivio de Chastity al comprobar que él bailaba bien rozó lo histérico. Diez minutos; solo tenía que superar los siguientes diez minutos. Eso no era nada... Chastity clavó la vista en el pecho de él mientras giraban por el salón. El mantra que resonaba dentro de su cabeza era tan insistente que ella no se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—Si esto no es de su agrado, *milady*, con gusto prescindiré del resto del baile.

Alarmada, Chastity lo miró, aterrada ante la idea de haberlo ofendido y de que él estuviera a punto de dejarla plantada, sola, en mitad de la pista.

—Yo... Yo... Le ruego que me disculpe, señor —balbuceó—. Sé que mi conducta hasta ahora ha dejado mucho que desear. Yo no... Es decir... No suelo pedirles a desconocidos que bailen conmigo.

—Me alegra oírlo —respondió él—. Deduzco que usted buscaba escapar del vizconde Trebworthy.

—Oh, no, en absoluto —mintió ella, desesperada.

Para sorpresa de Chastity, él soltó una risita.

—He tenido la desgracia de estar lo bastante cerca como para percibir el aliento del individuo, así que cuenta usted con todas mis simpatías. Ese hombre necesita con urgencia un buen dentista.

Más tranquila al ver que, al fin y al cabo, él parecía tener un lado humano, Chastity esbozó una sonrisa tímida.

—¿Tiene usted nombre, señor? —le preguntó ella con cautela cuando pareció que él ya había dicho todo lo que pensaba decir.

Si alguien de su familia la estaba espiando, esperaría que ella supiera cómo se llamaba el caballero. Y Chastity no tenía dudas de que, como mínimo, una de sus hermanas la vigilaba.

—Yo soy... —empezó a decir ella para presentarse, pero se calló enseguida, temiendo que fuera una metedura de pata hacerlo en primer lugar.

—Usted es la señorita Chastity Shackleford —declaró él, interrumpiéndola.

Chastity se quedó sin saber qué decir, sorprendida de que él la conociera. Por algún motivo extraño, aquello la volvió más valiente y le lanzó una mirada que rozaba el desafío mientras aguardaba a que él le revelara su identidad. Sin embargo, el extraño la observó impasible durante unos segundos eternos e incómodos, y la osadía de Chastity empezó a desvanecerse. De algún modo, ella había cruzado una línea imaginaria al haberle preguntado su nombre. Los preciosos ojos de él se mostraban inexpresivos, excepto por un brillo ligeramente burlón que despertó en Chastity un deseo irrefrenable por saber quién era ese caballero y por qué la miraba con tanto desdén. Ella no creía que se debiera a su atrevimiento de antes.

Pese a su confusión, Chastity casi sintió pena cuando la música cesó.

—Gracias por el rescate —murmuró ella contra el pecho de él, dispuesta a liberarse de sus brazos—. Ha sido muy amable al apiadarse de mí, señor.

Él dejó escapar una risa breve, y la amargura que contenía hizo que Chastity alzara la vista, desconcertada. Entonces ella se dio cuenta de que él aún la retenía contra sí, y un estremecimiento de alarma le agitó el estómago.

—Me han llamado muchas cosas, señorita Shackleford —comentó él con sequedad—, pero, que yo sepa, nunca «amable».

Chastity soltó un suspiro cuando él aflojó por fin su agarre y dio un pequeño paso atrás. Ella estaba a punto de despedirse con una reverencia cuando él habló de nuevo.

—Sin embargo, si usted decide considerar que mis actos lo son, quizá yo pueda permitirme pedirle que los retribuya con un pequeño favor.

Él la miró con el mismo brillo burlón en los ojos, y Chastity sintió cómo se le evaporaba el último resto de audacia.

—Naturalmente, estaré encantada de ayudarle, si puedo —dijo ella con un tono vacilante que contrastaba con la cortesía de sus palabras.

La sonrisa de él se volvió casi feroz ante la evidente incomodidad de Chastity.

—Entonces, quizá tenga usted la amabilidad de informar a Nicholas Sinclair de que Christian Stanhope ha regresado y que está a la espera de lo que disponga.

Y dicho eso, él realizó una reverencia baja e impecable, se dio media vuelta y se marchó.

[1] Baile tradicional de origen escocés e irlandés muy animado, habitual en reuniones sociales de la época.

[2] Botas altas de montar, de origen alemán (asociadas a los húsares de Hesse), muy populares entre los caballeros a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Serie «Las hermanas Shackleford»

Libro 1 – **Grace**
Libro 2 – **Temperance**
Libro 3 – **Faith**
Libro 4 – **Hope**
Libro 5 – **Patience**
Libro 6 – **Charity**
Libro 7 – **Chastity**
Ya disponible para reservar
Libro 8 – **Prudence**
Próximamente
Libro 9 – **Anthony**
Próximamente

Título original: Charity

Diseño de la portada: Midnight Muse

Tipografía: Covers By Karen

Edición en papel: 2026

© 2023, BaR Publishing

© 2026, BaR Publishing

© 2026 Rosa María Calvo Luque para Coralia Press, por la traducción

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y hechos representados en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

BaR Publishing no se hace responsable de la permanencia o precisión de las URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea, o siga siendo, exacto o apropiado.

Las designaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos los nombres de marcas y productos mencionados en este libro y en su cubierta son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas comerciales y marcas registradas de sus respectivos propietarios. Ni la editorial ni el libro están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas referenciadas en el libro ha avalado esta publicación.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del copyright.

Sobre la autora



Beverley Watts pasó ocho años enseñando inglés como lengua extranjera a estudiantes militares internacionales en el Britannia Royal Naval College, el principal centro de formación de oficiales de la Marina Real en el Reino Unido. Para ella, en todo ese tiempo, no hubo ni un solo día aburrido y muchas de sus experiencias en el centro no solo fueron memorables, sino que también podrían ser dignos de aparecer en una novela. Su primera obra, *An Officer And*

A Gentleman Wanted, está inspirada, de forma muy libre, en sus aventuras en la academia.

Beverley disfruta especialmente escribiendo libros que hacen reír, y tiene en su haber dos series de comedias románticas, tanto contemporáneas como históricas, además de una serie de *cosy mystery* con un toque de humor.

Vive con su marido en un apartamento con vistas al mar en la hermosa Riviera Inglesa. Entre ambos tienen tres hijos adultos, dos preciosos nietos y un auténtico zoológico doméstico que incluye cuatro perros rescatados en Rumanía y de raza indefinida, llamados Florence, Trixie, Lizzie y Aggie. Hasta hace poco también compartían su hogar con una adorable *Chichon* llamada Dotty, que sirvió de inspiración para Dotty en *The Shackleford Diaries*.

Puedes descubrir más sobre los libros de Beverley en: www.beverleywatts.com

Sin título

Índice